



Lord Acton

ESCRITOS SOBRE LA GUERRA CIVIL Y LA CONSTITUCIÓN DE LOS ESTADOS CONFEDERADOS DE AMÉRICA



IN ITINERE

Editorial Digital

ESCRITOS SOBRE LA GUERRA CIVIL Y LA CONSTITUCIÓN DE LOS ESTADOS CONFEDERADOS DE AMÉRICA

**John Emerich Edward Dalberg-Acton
Lord Acton**

**Edición y presentación de Antonio Lastra
Traducción de Alfredo Bergés y Antonio Lastra**

In Itinere
Oviedo, 2015

© 2015 In Itinere

© el autor

In Itinere

Seminario de Historia Constitucional «Martínez Marina»

Campus de «El Cristo», s/n. 33006 Oviedo (Asturias-España)

<http://www.initinere.com>

historiaconstitucional@gmail.com

Ediciones de la Universidad de Oviedo

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo

Campus de Humanidades. Edificio de Servicios. 33011 Oviedo (Asturias)

Tel. 985 10 95 03 Fax 985 10 95 07

<http://www.uniovi.es/publicaciones> servipub@uniovi.es

ISBN: 978-84-16664-00-9

D.L. AS 4111-2015

Todos los derechos reservados. De conformidad con lo dispuesto en la legislación vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Presentación	5
Nota a esta edición	25
Bibliografía escogida	29
1. Informes sobre la Guerra Civil en América	35
2. Reseña de <i>La segunda guerra de independencia</i> <i>en América</i> de Hudson	147
3. La Guerra Civil en América: su lugar en la historia	153
4. Correspondencia Acton-Lee	177
5. Reseña de <i>Historia de cuatro años de guerra civil en</i> <i>los Estados Unidos de América</i> de Sander	187
6. Reseña de <i>La lucha intestina de la Unión</i> <i>norteamericana</i> de Blankenburg	191

PRESENTACIÓN

«El poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente» es la máxima más célebre de lord Acton, para quien servía, sin poner demasiado énfasis sobre ello, como una pauta para comprender el curso ordinario de los acontecimientos. En la misma carta al obispo anglicano e historiador del Papado Mandell Creighton donde se encuentra esa frase, lord Acton cifraba la ética de la historia —de la escritura de la historia, de la historiografía en sentido estricto, que incluye también la escritura constitucional— en no ser «misterioso ni esotérico» y no apelar a un «código oculto» ni a «secretos morales», sino a un código «común».¹ Es difícil saber, sin em-

1 Véase 'Acton-Creighton Correspondence' (1887), en *Selected Writings of Lord Acton*, ed. de J. Rufus Fears, Liberty Fund, Indianápolis, 1985-1988, 3 vols., vol. II, p. 383. (En adelante, *SW*, volumen y número de página.) Acton había reseñado los dos últimos volúmenes de la *History of the Papacy during the Period of the Reformation 1464-1518* de Creighton, cuyo subtítulo era *The Italian Princes*. El contexto de la cita, sobre el que se proyecta la sombra de Maquiavelo, era la «presunción favorable» de Creighton respecto al poder en el sentido de que ningún gobierno, temporal o eclesiástico, obra mal deliberadamente. Acton replicó que, «si hay una presunción, es la contraria, contra quienes ostentan el poder, [una presunción que] aumenta conforme aumenta el poder. La responsabilidad histórica tiene que compensar la falta de responsabilidad legal. El poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente. Los

bargo, qué podía significar un código común para un historiador capaz de renunciar a todo cuanto en el catolicismo no fuera compatible con la libertad y a todo cuanto en la política no fuera compatible con la religión católica, y de ascendencia medio alemana —casi un extranjero, nacido en Nápoles y enterrado en Baviera—, en la Inglaterra victoriana del siglo XIX: la biografía de lord Acton se teje, en efecto, con costuras que no siempre aciertan a ocultar los desgarros (la exclusión de los estudios universitarios en Inglaterra, el problema teológico-político europeo, la influencia difusa en el gabinete de gobierno, la oposición al primer Concilio Vaticano y casi la excomunión, la tardía aceptación académica en Cambridge...).

Lord Acton murió en 1902, el mismo año en que nació Karl Popper. En una sola generación, el liberalismo dejaría de ser la fuerza política progresista por antonomasia y, en su lugar, el marxismo interrumpiría la escritura de la historia de la democracia como una historia de la libertad: que la historia de todas las sociedades es historia de luchas de clases —el enunciado del materialismo histórico o dialéctico que lord Acton consideraba, sin conocerlo, refutado por la propia existencia y el funcionamiento de la democracia— se convertiría en la norma historiográfica mientras una historia de la conciencia de clase rastrearía, por debajo de la historia de las luchas de clases, las filiaciones de los individuos al mismo tiempo que ponía en tela

grandes hombres son casi siempre malos, incluso cuando ejercen influencia y no autoridad; aún más si añadimos la tendencia o la certeza de corrupción por la autoridad. No hay peor herejía que la de que el oficio santifica a quien lo ostenta. Ese es el punto en el que la negación del catolicismo y la negación del liberalismo se encuentran y celebran su gran fiesta y el fin aprende a justificar los medios». Sobre Maquiavelo, cuya idea central, según Acton, era que la ley moral no obligaba al poder del Estado, véase su introducción a la edición de *El príncipe* publicada por L. A. Burd en Oxford en 1891 (SW II, 479-491).

de juicio su singularidad. No es extraño que los liberales del siglo xx que no querían conceder a la economía la primacía de las consideraciones y desconfiaban del papel asignado por la escolástica marxista a la superestructura, coartados como estaban fatalmente por la libertad de valoración de las nuevas ciencias sociales, mantuvieran su atención puesta en lord Acton y en su propósito de entender la historia como historia de la libertad.

Pero leer a lord Acton es difícil. Primero por su estilo, despojado de cualquier tipo de *pathos* (en la época de Carlyle o de Renan, entre los contemporáneos a los que Acton leyó, o de Marx o de Nietzsche, a quienes no llegó a conocer), según la máxima de que la desaparición del estilo es la perfección del estilo, y, sobre todo, por el inmenso caudal de referencias en el que aún se conservaban autores y documentos —en un monumental trabajo de archivo— que no han prevalecido después y que, para el lector actual, son tan iluminadores como deslumbrantes. No hay una sola página de lord Acton que no nos obligue a revisar por completo nuestros planteamientos políticos y el lenguaje que usamos para exponerlos y defenderlos. Un ejemplo temprano de la aplicación de su conocimiento de los hombres y de las cosas, a contracorriente de la opinión predominante en la época, fue su relación personal con el general Lee —derrotado en la Guerra de Secesión americana— y su defensa de la Constitución de los Estados Confederados del Sur, que no lograrían determinar la política de contención seguida por Inglaterra durante el conflicto.² Los escritos de lord Acton

2 Sobre el clima de la época véase el extraordinario documento de LESLIE STEPHEN, *The «Times» on the American War: A Historical Study*, publicado en 1865 y reimpreso en 1915 (William Abbatt, Londres). El último editor lo considera «a Lincoln item». Acton no llegó a leer *La educación de Henry Adams*, publicada en 1907, cuyos capítulos sobre la Guerra Civil y la diplomacia en Inglaterra habrían aumentado la estima que sentía por el historiador de los Estados Unidos (véase *La educación de Henry Adams*, ed.

sobre ese conflicto y su reflejo en la escritura constitucional angloamericana son el objeto de esta edición.

Prácticamente olvidado durante la primera mitad del siglo xx, lord Acton recuperaría un lugar privilegiado entre las autoridades del liberalismo, en el inicio de la Guerra Fría y la división polar entre capitalismo y comunismo, gracias a la antología de sus escritos que editó Gertrude Himmelfarb en 1948, *Essays in Freedom and Power* (Ensayos sobre la libertad y el poder), y al libro que le dedicaría cuatro años después, *Lord Acton: A Study of Conscience and Politics* (Lord Acton: estudio de conciencia y política), que sigue siendo la mejor monografía publicada sobre el autor. Himmelfarb era la mujer de Irving Kristol, cuyo papel en la configuración de lo que, muchos años más tarde, se conocería con el nombre de *neo-cons*, fue extraordinariamente relevante. Pero tal vez sea muy pronto para escribir una historia de las ideas neoconservadoras y su ascendencia liberal. Como dijo lord Acton, nada resulta más irritante que los descubrimientos a los que nos arrastra el intento de establecer el *pedigree* de las ideas.³

de J. Alcoriza y A. Lastra, Alba, Barcelona, 2001, pp. 145-250). La correspondencia personal de Acton con Lee discurre en paralelo a la correspondencia impersonal de Marx con Lincoln. Véase ABRAHAM LINCOLN Y KARL MARX, *Guerra y emancipación*, ed. de A. de Francisco, Capitán Swing, Madrid, 2013, especialmente el artículo de Marx ‘El humanitarismo inglés y América’, publicado en junio de 1862, sobre el que volveremos después.

3 ‘Véase Sir Erskine May’s *Democracy in Europe*’ (1878), en *SW* I, 55. En el umbral del siglo xxi, Himmelfarb publicó una amplia reseña de la biografía de lord Acton escrita por Roland Hill en la que seguía defendiendo, cincuenta años después de haber rescatado el pensamiento de Acton para el liberalismo posterior a la Segunda Guerra Mundial y la experiencia totalitaria, su condición de contemporáneo. Véase GERTRUDE HIMMELFARB, ‘Lord Acton: In Pursuit of First Principles’, en *The New Criterion*, 18/10 (2000). Acton no habría podido equiparar liberalismo con capitalismo. El «Estado smithiano» —anotó en privado— es una «asociación para

Mucho más que irritante podría ser la adhesión del historiador de la libertad a la *Lost Cause* de la Confederación, lo que explica las escasas alusiones a los escritos que presentamos en la bibliografía de Acton, a pesar de que contienen *in nuce* sus primeras apreciaciones, prácticamente invariables a lo largo de su carrera, de la libertad y del poder. Cuando los redactó, Acton era un joven aristócrata que acababa de regresar a Inglaterra, donde no había podido estudiar por su condición de católico, para dedicarse al periodismo político tras haberse formado en Alemania junto al teólogo Ignaz von Döllinger, cuya influencia perduraría casi hasta el final de su vida.⁴ La separación de

propósitos privados, la riqueza, la felicidad y una vida cómoda. Mientras perseguimos esos fines del modo que nos parece mejor, pagamos a hombres de azul para que protejan nuestras casas, a hombres de rojo para que nos libren de nuestros enemigos, a un hombre de negro para que cuelgue a los culpables y a otro de púrpura y oro para que guarde las apariencias y ponga los puntos sobre las íes» (SW III, 580-581). Es significativo que, en su libro sobre el judaísmo, *The People of the Book. Philosemitism in England from Cromwell to Churchill* (Encounter, Nueva York, 2011), Himmelfarb —hermana del historiador del judaísmo Milton Himmelfarb— no mencione a Acton. Véase, sin embargo, la apreciación del *Nathan* de Lessing en el estudio de Acton sobre George Eliot (SW III, 480) y la línea general de su interpretación del judaísmo, expresada desde muy temprano en paralelo a su interpretación de la ciudad antigua: «Por desgracia, ha sido una práctica común recurrir a la autoridad de griegos y judíos. El ejemplo de ambos es igualmente peligroso, pues tanto en el mundo judío como en el gentil las obligaciones políticas y religiosas tendían a coincidir; en ambos, por tanto —tanto en la teocracia de los judíos como en la πολιτεία de los griegos—, el Estado era absoluto» ('Political Thoughts on the Church' [1859], en SW III, 31).

4 Véase 'Döllinger on the Temporal Power' (1861), en SW III, 67-127 (donde Acton opinaba que el «constitucionalismo, como se entiende de manera ordinaria, no es un sistema que pueda aplicarse a los Estados de la Iglesia», p. 119), y 'Döllinger's Historical Work' (1890), en SW II, 412-461, donde Acton no ocultaría que ya no podía contarse entre los discipu-

Döllinger, así como la distancia que Acton puso con Burke, a quien en su juventud había considerado «la ley y los profetas» y de quien lamentaría en su vejez que se hubiera convertido en un conservador a causa de «su noción de la historia, las exigencias del pasado, la autoridad del tiempo, la voluntad de los muertos [y la] continuidad», serían una muestra de la intransigencia con la que Acton obraría en las cuestiones más importantes y que lo llevaron a citar, en el último de los escritos que dedicaría a los Estados Unidos de América, el sombrío vaticinio del defensor de los derechos de los ingleses: «Nada menos que una convulsión que sacuda el globo hasta su centro podrá devolver a las naciones europeas la libertad que una vez las caracterizó».⁵ Solo una revolución podía hacerle bien al mundo y Acton creía haberla visto prefigurada en América.

Con apenas diecinueve años, en 1853, Acton había acompañado a lord Ellesmere a la Exhibición Industrial de Nueva York y había conocido a algunas de las personalidades más destacadas del Norte, especialmente durante su visita al Estado de Massachusetts y la Universidad de Harvard. No tuvo, sin embargo, ocasión de visitar el Sur ni conocer de primera mano

los de Döllinger y lo que decía de su maestro podía ser casi una confesión: «[...] estaba solo. [...] A lo largo de la inmensa distancia que recorrió, su movimiento iba en contra de sus deseos, sin seguir ningún propósito, sin obedecer ninguna teoría, sin otra atracción salvo la investigación histórica» (p. 461). Véase también la sección dedicada a Döllinger en la selección de los *Acton's Papers*, SW III, 665-674 («Estoy absolutamente solo en mi posición ética esencial y, por tanto, [soy] inútil. No porque necesite ayuda ni aliento, sino porque cualquiera que pregunte quién está de acuerdo conmigo se percatará de que nadie lo está y de que nadie discute mis opiniones con la energía con la que el Profesor [*i.e.* Döllinger] las discute», p. 674).

5 'Review of Bryce's *American Commonwealth*' (1889), SW I, 405. Véanse también la reseña de *Life and Times of Edmund Burke* de Thomas Macknight (1858) en SW I, 135-140 y las entradas sobre Burke de los *Acton Papers* en SW III, 539-541.

la «institución peculiar» de la esclavitud en las plantaciones. Ya entonces Acton observaría que la preferencia por un gobierno central o por el poder independiente de los Estados, que naturalmente hundía sus raíces en una estructura económica antagónica, dividía profundamente la vida política americana. Para quien se mostraría luego implacable con los *whigs* ingleses —de quienes había admirado su tenacidad en «corregir, remediar, modificar, adaptar perpetuamente», así como su compromiso con la conciliación, su evitación de los dogmas absolutos o su voluntad de no perseguir al partido vencido, pero cuya fase jurídica había quedado, en su opinión, definitivamente atrás—, los *whigs* americanos eran superficiales hasta el punto de no referirse a la historia más allá de la Revolución. *Vive moribus prateritis, loquere verbis praesentibus* podía ser una buena descripción de lo que había visto en un viaje, el único que haría a los Estados Unidos, que repetiría, en cierto modo, el que Tocqueville había llevado a cabo en una generación anterior.⁶ En diversos comentarios y en las lecciones que impartiría en Cambridge al final de su vida, Acton apreció favorablemente la influencia americana en el Continente hasta el estallido de la Guerra de Secesión, de la que empezaría enseguida a informar al público inglés en los periódicos católicos de los que fue editor entre 1861 y 1863. En el primero de esos informes (véase *infra*, cap. 1), Acton señalaría una suerte de decadencia constitucional de la sabiduría política de los americanos. En 1878, en su larga reseña de *The Democracy in Europe* (*La democracia en Europa*) de Thomas Erskine May, Acton escribiría que solo la Constitución francesa del año III y la de los Confederados ame-

6 Véase *Acton in America: The American Journal of Sir John Acton*, Patmos, Sheperdstown, 1979; una selección en *SW* I, 377-388. Compárese con *Tocqueville's Voyages*, ed. de C. Dunn Henderson, Liberty Fund, Indianapolis, 2015.

ricos se habían enfrentado a los males de la democracia con los antidotos que la propia democracia proporciona. Que los males de la democracia solo se curan con remedios democráticos es una frase que se ha repetido hasta la saciedad en el argumentario de la *Jeffersonian persuasion*, pero en Acton carecía de toda intención ideológica e incluso de justificación de una conducta errada o derrotada. Al igual que los revolucionarios de 1776, los confederados de 1861 habrían querido anticiparse a un «peligro constructivo».⁷ Con esta frase, que Acton reiteraría en sus comentarios, se refería retrospectivamente a los efectos que los revolucionarios temían de unas causas cuya existencia no era del todo real y que para los confederados, sin embargo, había adquirido unas dimensiones innegables. Retrospectivamente, Acton lo resumiría, como solía hacer, mediante dos citas contrapuestas de las que no daba la referencia exacta. La primera provenía de una carta de Leibniz («el filósofo más sabio del viejo mundo») a Arnauld, de la que extraía una frase de lo que en el original era una larguísima secuencia argumental, mucho más metafísica que política: «*Il faut toujours être content de l'ordre du passé, parce qu'il est conforme à la volonté de Dieu absolue, qu'on connoît par l'événement*» (Hay que estar siempre contentos con el orden del pasado, porque es conforme a la voluntad de Dios absoluto, que se conoce por el acontecimiento). La segunda provenía del inicio del ensayo sobre la política de Emerson: «*Institutions are not aboriginal, though they existed before we were born. They are not superior to the citizen. Every law and usage was a man's expedient to meet a particular case. We may make as good; we may make better*» (Las instituciones no son originales, aunque existan antes de que nacióramos. No son superiores al ciudadano. Cada ley y uso fue un recurso del hombre

7 SW I, 81-82. Sobre el «constructive danger», véase SW I, 404 y SW III, 518.

para resolver un caso particular. Podemos hacerlo igual de bien; podemos hacerlo mejor).⁸ Por su posición en la vida —las *connections* de las que Burke había hablado como de una necesidad social—, Acton habría tenido que estar completamente de acuerdo con Leibniz y, de hecho, lo estuvo de una manera exotérica mientras creyó estar de acuerdo con los *whigs* y con Burke, con Döllinger o Gladstone y, sobre todo, con Ranke, con quien aprendió que el historiador está autorizado a restaurar *lost debates* y exhibir *le désintéressement des morts*. Pero, a pesar de no querer ser misterioso ni esotérico, su legado está lleno de advertencias sobre el enigma que constituía una personalidad disociada por su catolicismo y su liberalismo, su estudio de la historia y su intransigencia ética, contrastada una y otra vez por la inmensa extensión de los materiales que había reunido en su peregrinaje por todos los archivos europeos —llegaría a decir que la tarea de archivo era «una forma de debilidad mental»— y que ofrecían una visión distinta y mucho más profunda de los *arcana imperii* y el epifenómeno de la libertad. En una de las anotaciones privadas, Acton escribiría lo siguiente:

Nosotros mismos nos hemos encontrado en el curso de nuestra carrera con la calumnia y suscitado la censura. Estamos seguros de encontrárnoslas en el futuro. Hemos hablado sin

8 *SWI*, 404. Véanse G. W. LEIBNIZ, *Discourse de Métaphysique et Correspondance avec Arnauld*, ed. de G. Le Roy, Vrin, París, 1957, p. 199, y *The Essays of Ralph Waldo Emerson*, ed. de A. R. Ferguson y J. Ferguson Carr, Harvard University Press, Cambridge, Mass., y Londres, 1987, p. 335. El pasaje completo de Emerson dice: «Al tratar con el Estado, debemos recordar que sus instituciones no son originales, aunque existan antes de nazcamos; que no son superiores al ciudadano, que cada una de ellas fue una vez el acto de un hombre: cada ley y uso fue un recurso del hombre para resolver un caso particular; que todas son imitables, todas alterables; podemos hacerlo igual de bien; podemos hacerlo mejor».

seguir a nadie de las divisiones o partidos en los que nuestro cuerpo se divide y, en ocasiones, enfurecido a cada uno de ellos, a veces a casi todos. Que hayamos ofendido susceptibilidades, herido el prejuicio y contradicho tantas opiniones queridas equivale a decir que hemos trabajado en serio e intransigentemente.⁹

Ese trabajo serio e intransigente consistía en reunir en sí mismo la fuente de ideas que no estaban en él, sino que se vertían de todas partes y de manantiales muy remotos. Para Acton, el principio de selección, si no las fuentes, debía ser la conciencia de uno mismo, y no las manifestaciones de los contemporáneos de quienes desconfiaba o simplemente creía que no existían para un historiador riguroso, lo que motivó que una de sus corresponsales lo recriminara por su «elaborada indiferencia, su desagradable aislamiento, su miedo a las influencias personales». A esa misma corresponsal —Mary Gladstone, hija del primer ministro inglés de quien Acton era una especie de consejero informal— le confesaría que su proyectada e inacabada *Historia de la libertad* no era otra cosa que «una serie de eternas tiras de papel puestas en innumerables libros y grandes resmas de papel depositadas en cajas negras».¹⁰ Que Acton no llegara a escribir su gran obra no tiene que ver tan solo con una idiosincrasia propia de quien, en el centro mismo de la sociedad, era potencialmente un excéntrico, ni con que supiera demasiado para escribir, como pensaba de Döllinger, sino con una profunda adhesión al enunciado mismo de la libertad que habría tenido que historiar. Acton estaba de acuerdo con Emerson.

9 Véase 'Acton on Himself', en *SW* III, 661.

10 Véase 'Acton on Himself' en *SW* III, 664.

Estar de acuerdo con que las instituciones no eran originales suponía que no lo fueran ni la Iglesia ni el Estado. La indescriptible confusión, de la que probablemente no llegaría a reponerse nunca, que Acton hubo de sentir cuando el Concilio Vaticano I proclamó el dogma de la infalibilidad papal era exactamente la misma confusión que el historiador de la libertad encontraría en la época moderna al darse cuenta de que la noción de que la ley no está por encima del Estado, sino por debajo, era una noción perfectamente clásica a la que la antigüedad había tratado de oponer sin éxito la filosofía y la modernidad —cuyo éxito era, precisamente, lo que había que determinar— el cristianismo, que no podía disociarse de su forma institucional por antonomasia. La Iglesia, por tanto, no podía entenderse a sí misma como una teocracia. Que el gobierno llegara a ser absoluto en términos despóticos, como los del Estado, o paternos, como los de la Iglesia, era irrelevante para Acton, quien trataría, en su lección inaugural como profesor de historia en Cambridge, de distinguir entre una historia hecha (*history made*) y una historia por hacer (*history making*), una historia moderna en su conjunto que era «cuestión de vida o muerte». «Si rebajamos nuestra pauta en la historia, no la levantaremos en la Iglesia o el Estado.» Himmelfarb observaría que la lección de Acton suscitó un estupor generalizado en su momento.¹¹ Acton había sido nombrado por el primer minis-

11 Véase 'The Study of History' (1895), en *SW* II, 504-552. «Church or State» son las últimas palabras de la lección de Acton, cuyo motivo describe así: «Empezando con el movimiento religioso más fuerte y el despotismo más refinado que se conozca [el desarrollo del pensamiento religioso] ha llevado a la superioridad de la política respecto a la divinidad en la vida de las naciones y termina en la exigencia igual de cada hombre a que nadie le impida cumplir su deber con Dios, una doctrina cargada de tormenta y estragos, que es la esencia secreta de los Derechos del Hombre y el alma indestructible de la Revolución» (p. 517).

tro, lord Salisbury (que había sucedido a su viejo amigo Gladstone), para que ocupara la plaza de *Regius Professor* vacante en Cambridge a la muerte de John Seeley, que había empezado su carrera con un libro titulado *Ecce Homo*, inmediatamente tachado de ateo, y que había sido un firme defensor del Imperio británico. En su lección inaugural en una universidad que había vetado su ingreso medio siglo antes, Acton diría que es muy difícil que los prejuicios del presente no influyan en el historiador, que, sin embargo, es libre respecto a los prejuicios particulares de las épocas pasadas.

Que Acton apoyara la causa del Sur y juzgara que su Constitución había sido el último baluarte de la causa misma de la libertad puede desde luego ofender susceptibilidades, herir los prejuicios y contradecir las opiniones más queridas de quienes creen que la esclavitud es una iniquidad carente de todo misterio. Pero sería una calumnia pensar que Acton fuera partidario de la esclavitud y una censura omitir sus argumentos. Marx juzgó que el «humanitarismo inglés» que se compadecía de la suerte de las «damas de Nueva Orleans» no buscaba otra cosa que fomentar un *coup d'État* «con vistas a restaurar el orden en los Estados Unidos y salvar, allí también, la civilización». Esa no era en modo alguno la intención de Acton, que la expondría en su informe de julio de 1862 sobre la guerra en América — prácticamente al mismo tiempo que el informe de Marx— y que citamos por extenso:

Para nosotros es más importante reconocer la vitalidad que investigar la naturaleza de las causas que dan al patriotismo de los Estados esclavistas tanto vigor y resistencia. Nuestro juicio puede estar condicionado por consideraciones relacionadas con la cuestión en disputa, aunque no las defiendan conscientemente ninguna de las partes contendientes, y nuestra visión de la cuestión general puede ser independiente de la opinión que

nos formemos de las medidas particulares o de los hombres. La causa sureña está ligada a una legislación infame e inmoral para la mayor seguridad del dueño de esclavos y los defensores de la Unión están movidos por el empeño justo y honorable de mantener la integridad, el poder y la reputación de su país. Pero la teoría del Norte atribuye una autoridad arbitraria al gobierno en tanto que representante de la voluntad popular y convierte la Constitución en una violación permanente de los principios del derecho y en un sistema organizado de revolución. Si Calhoun hubiera logrado sustituir esa tiranía democrática por un orden político y constitucional, se podría haber preservado la libertad y grandeza de los Estados Unidos. Pero ha prevalecido la interpretación absolutista, la Constitución se ha hecho incompatible con la libertad y el autogobierno se ha vuelto inalcanzable si no es a través de la independencia. La esclavitud en los Estados sureños se opone menos a los principios de moralidad política que las ideas norteamericanas de libertad. Además, su preservación no es completamente opcional; el Norte ha rechazado deliberadamente la institución de la libertad. La sujeción de un hombre a otro no es incompatible con la naturaleza de la sociedad, se trata de una condición de vida transitoria, pero legítima, y debería ser regulada por el Estado, que gobierna por igual sobre el amo y el esclavo y protege a uno de la opresión y al otro de la venganza. El sometimiento absoluto del individuo al Estado está en contra de las leyes de la moralidad política y de la noción de política. No queda lugar para un tercer poder que proteja el derecho contra la fuerza ni para hacer valer los requerimientos del deber contra las tentaciones del interés y de la pasión. Una comunidad que incluye la esclavitud puede desarrollar la libertad política más completamente que otra que tolera una soberanía absoluta. Por tanto, el único elemento determinante en la guerra americana que, por comparación, convierte a los demás en insignificantes, es la defensa de los derechos de autogobierno en contra de la teoría de que hay un poder supremo, irresistible y libre de responsabilidad legal. La fidelidad a nuestras institu-

ciones debería decidir el bando por el que los ingleses toman partido en semejante controversia.¹²

«La fidelidad a nuestras instituciones», a las tradiciones humanas en un sentido particular, era demasiado convencional como para no reconocer en ella un motivo exotérico. La contraposición, sin embargo, entre «la sujeción de un hombre a otro» (*i. e.* la esclavitud, pero también lo que el humanitarismo marxista consideraría *entfremdete Arbeit*) y «el sometimiento absoluto del individuo al Estado» no lo era, porque Acton estaba recusando con ello la categoría de la «soberanía absoluta» y «la teoría de que hay un poder supremo, irresistible y libre de responsabilidad legal» que, en su opinión, era la aspiración inherente a cualquier institución que estuviera en condiciones de alcanzar el poder. El lugar que la Guerra Civil americana ocupaba en la historia de la libertad, según Acton, estaba determinado por esa contraposición, como lo estaba la existencia misma de una constitución como institución humana: no se trataba solo de la garantía de los derechos ni de la separación de poderes —como establecía la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789—, sino del lugar que una constitución, como cualquier otra institución, podía ocupar en la historia de la libertad.¹³

12 *SW* I, 319. Véase *infra*, p. 91.

13 Véase *Historia e historiografía constitucionales*, ed. de J. Varela Suanzes-Carpegna, Trotta, Madrid, 2015, p. 53, donde el profesor Varela discute con Michel Troper el punto de partida de la disciplina de la historia constitucional. En la medida en que la Constitución confederada de 1861 «aseguraba las libertades individuales», podría formar parte tanto de la historia constitucional como de la historia de la libertad. Acton consideraba que una obra como la *Verfassung und Demokratie der Vereinigten Staaten* (Constitución y democracia de los Estados Unidos, 1873-1891) de Hermann von Holst «no era superior al espíritu de partido» (*SW* III, 680).

En la historia constitucional, la Constitución de los Estados Confederados de América podría entenderse como una enmienda a la Constitución de los Estados Unidos de América de 1787, pero también como una especie de tributo: los secesionistas reclamaban como propias las objeciones que Jefferson o Madison habían hecho a la consolidación del poder federal y habían levantado a la memoria de Calhoun un monumento que el tiempo demostraba que no era provisional. La apropiación paulatina del concepto de «nación» en el lenguaje de Lincoln, en detrimento de la «Unión», o la estrategia de la *hard hand of war* de los generales del Norte podían corroborar, en efecto, el temor de Acton a una usurpación del gobierno: «Un ejército poderoso, una flota que absorbe prácticamente toda la marina mercante, grandes arsenales militares, una ley marcial, una deuda nacional, elevada fiscalidad, altas cuotas —todo lo que todos los estadistas constitucionales tenían por objetivo impedir— se han establecido sin resistencia y transformado el gobierno», como escribiría en su Informe de julio de 1862 (véase *infra*; Acton no llegaría a informar de las campañas finales de Grant y Sherman).

George Anastaplo, uno de los constitucionalistas más prudentes y liberales que haya existido, biógrafo de Lincoln —sobre quien Acton mantuvo siempre sus prejuicios, incluso literarios— y discípulo de Leo Strauss, lo que le permitió introducir las pautas del derecho natural en una atmósfera historicista, examinaría el lugar de la Constitución confederada en la historia constitucional con la perspectiva de una escritura constitucional no menos atenta que la de Acton a la concentración del poder y las amenazas a la libertad: en sus escritos reiteró con frecuencia que el poder legislativo debe predominar sobre el ejecutivo y el judicial si la separación de poderes ha de tener un significado.¹⁴ En el terreno existencial, desde luego, la enmien-

14 Sobre Anastaplo, véase el número monográfico de la revista *Diàlegs*.

da xxii de la Constitución de los Estados Unidos, que limita el mandato del presidente, podría verse como una consecuencia del asesinato de Lincoln y del *impeachment* de Johnson, pero en el terreno intelectual advierte que los temores de Acton no eran del todo infundados: la suspensión lincolniana del *habeas corpus* no tenía precedentes en la historia constitucional inglesa. En cualquier caso, una abrumadora mayoría de los artículos de la Constitución confederada repetía casi literalmente la Constitución de 1787, hasta donde la imitación permitía incluir la evitación de la concentración del poder. En esa evitación, los confederados creían estar preservando el espíritu, si no la letra, de la Constitución original. Sin embargo, como Anastaplo vio con agudeza, enumerar las restricciones del gobierno confederado no equivalía a eliminar los poderes implícitos. La restricción del gobierno discurría en paralelo, por otra parte, a la reducción semántica del significado de la frase «Nosotros, el pueblo», que se dividía en «el pueblo de los diversos Estados». ¿No era esa división del pueblo algo más amenazador para la libertad que el mantenimiento de los poderes implícitos del gobierno? Naturalmente, Anastaplo consideraba que la amenaza más seria para la libertad era la protección de la peculiar institución de la esclavitud. La soberanía estatal se correspondía con el poder de cualquier ciudadano sobre sus esclavos. «Ese poder —explica Anastaplo— podría verse como una forma de la libertad de expresión al servicio del individualismo radical.» ¿No era el individualismo radical, además de una consecuencia de la división del pueblo, algo más amenazador para la libertad

Revista d'estudis polítics i socials (Barcelona, en prensa). Sigo aquí su *The Amendments to the Constitution. A Commentary*, Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1995, pp. 125-134 (comentario a la Constitución de los Estados Confederados de América), 344-361 (texto de la Constitución).

que la restricción del gobierno? El individualismo radical coadyudaba a la defensa del gobierno local, pero tenía que restringir necesariamente —como la Constitución confederada establecía— la libertad de comercio, lo que llevaría a incluir entre sus artículos la prohibición de la trata internacional de esclavos. Cuanto más radical fuera el individualismo, más habría que sacrificar la igualdad en beneficio de una libertad entendida como el privilegio de unos pocos ciudadanos, en su mayoría propietarios de esclavos. Lincoln consideraría que ese privilegio sobre el que se fundamentaba la secesión, al margen de la ley por definición, era la esencia misma de la anarquía. Como Lincoln y Anastaplo argumentaron, la Constitución de 1787 se fundamentaba en la Declaración de Independencia, que establecía la igualdad de la naturaleza humana. Al no poder basarse en la igualdad de la naturaleza humana, la Constitución confederada no podía fundamentar la secesión en la Declaración de Independencia: la paradoja misma de una unión nacida de la separación semántica de la historia europea era irresoluble para los «rebeldes». Anastaplo observó que la Constitución confederada apelaría menos a las «leyes de la naturaleza» de la Declaración de Independencia que al «favor y guía de Dios Todopoderoso». El modo como el mandamiento divino tendía a ser interpretado como una serie de tradiciones humanas era evidente en la apropiación casi literal del *Bill of Rights* en la Constitución confederada: esos derechos dependían —explicaba Anastaplo— «de asociaciones históricas y formulaciones tradicionales», y tanto la historia como la tradición dependían a su vez, para mantener su autoridad, de «la tendencia natural de los seres humanos a identificar el bien con lo antiguo». En el fondo, los «rebeldes» querían mantener una posición en la vida; la tendencia natural a identificar el bien con lo antiguo, a diferencia de lo eterno, no tenía en cuenta lo que realmente

significaba que algo fuera natural más bien que antiguo. La esclavitud podía ser tan antigua como lo era la institución de la esclavitud, pero no sería nunca natural: no lo era desde luego hasta el punto de que los «rebeldes» creyeran que los esclavos podían ejercer su derecho natural a la revolución para asegurar la libertad. Anastaplo añadiría que la Constitución confederada guardaba silencio sobre el «general Welfare» que la Constitución de 1787, en dos ocasiones (el Preámbulo y la sección 8 del Artículo 1), incluía entre sus propósitos. La intención original de los Fundadores no podía ser un gobierno débil si, entre sus competencias, figuraba la de fomentar el bienestar general o lo que, en la actualidad, llamaríamos el Estado del Bienestar. La esclavitud impedía que el bienestar fuera general, por mucho que mantuviera las «bendiciones de la libertad» para unos pocos. Como Lincoln había observado, la Constitución de 1787 no incluía el término «esclavitud»: esa reticencia constitucional era el fruto de una perspectiva que despejaba el futuro. La mención explícita de la esclavitud en la Constitución confederada alteraba el equilibrio necesario entre la reticencia y la literalidad de la escritura constitucional americana. Tampoco los términos «soberanía» y «nación» eran constitucionales, y la relación que se pueda establecer entre ellos y la esclavitud era determinante para saber cuál sería el lugar de la democracia americana en la historia de la libertad.

Mucho antes de que la *Historia de la libertad* quedara definitivamente inacabada, lord Acton empezó a referirse a ella en privado como la «*Madonna* del futuro», tomando prestado el título de un célebre relato de Henry James publicado en 1873, en el que se cuenta la historia de un artista que ha dedicado toda su vida a pintar un retrato, que habría de ser su obra maestra, y que a su muerte se revela trágicamente como un lienzo en blanco. Hill comenta en su biografía que la comparación era

inapropiada y probablemente injusta, aunque lo cierto es que, en el momento en que, en el relato, el narrador le advierte al artista que la mujer que le sirve de modelo es demasiado vieja como para servir de *Madonna*, es posible vislumbrar algo de lo que angustiaría a Acton durante toda su vida y le llevaría a pensar que había malgastado su vida «You have *dawdled!* She's an old, old woman —for a Madonna! [...] Still, she has *de beaux restes*.»¹⁵

15 RONALD HILL, *Lord Acton*, pp. 8-9. Véase HENRY JAMES, 'The Madonna of the Future', en *Complete Stories 1864-1874*, ed. de J. Strouse, The Library of America, Nueva York, 1999, pp. 730-767, pp. 752-753.

NOTA A ESTA EDICIÓN

Para el historiador de la libertad que lord Acton quiso ser, la irrupción de la democracia en el mundo moderno no fue un fenómeno completamente nuevo ni irresistible como había temido Tocqueville. Católico y liberal, miembro circunstancial de la Cámara de los Comunes y renovador en los últimos años de su vida de la historiografía moderna en Cambridge, decepcionado con la promulgación del dogma de la infalibilidad papal en el primer Concilio Vaticano y consejero del primer ministro Gladstone en el momento de expansión imperial de Gran Bretaña, lord Acton fue capaz de encontrar en la democracia una afinidad esencial con la causa liberal. En la estela de Edmund Burke, lord Acton observó con atención la democracia en América y vio en la Secesión y en la Constitución Confederada de los Estados del Sur una oportunidad para oponerse a la centralización y la burocracia de la administración del poder. Los seis documentos que integran esta edición compaginan la escrupulosidad del historiador con el afecto personal y ofrecen un contrapunto a la escritura constitucional americana. Son, en todos los casos, escritos de juventud (Acton tenía treinta y cinco años cuando se publicó el último) redactados antes de que una sensación de soledad y aislamiento se sobrepusiera al gran proyecto de redactar una *Historia de la libertad*, de la que los documentos que presentamos podrían haber sido una parte.

1) Los Informes sobre la Guerra Civil en América (*Reports of the Civil War in America*) se publicaron por entregas en el *Rambler* entre marzo de 1861 y enero de 1862 y en *Home and Foreign Review* entre julio de 1862 y octubre de 1863; es posible que algunos pasajes fueran escritos en colaboración con Richard Simpson, con quien Acton editaría ambas publicaciones. 2) La reseña de *La segunda guerra de independencia en América* (*Second War of Independence in America*) de Eduard Marco Hudson apareció en el número 2 de *Home and Foreign Review* en abril de 1863. 3) ‘La Guerra Civil en América: su lugar en la historia’ (‘The Civil War in America: Its Place in History’) es la pieza central de nuestra edición. Se publicó el 20 de enero de 1866 en el *Bridgnorth Journal*, dos días después de que Acton lo dictara en la Institución Literaria y Científica de Bridgnorth —la demarcación electoral que representaba en el Parlamento—, y le franqueó las puertas de la confianza de Gladstone. 4) El breve intercambio epistolar entre el matrimonio Acton y el matrimonio Lee se publicó por primera vez en las *Selections from the Correspondence of the First Lord Acton*, editadas por John Figgis y Reginald Laurence en 1917. Es el tipo de documento personal que Acton prefería a los documentos impresos. 5) La reseña de *Historia de cuatro años de guerra civil en los Estados Unidos de América* (*Geschichte des vierjährigen Bürgerkrieges in der Vereinigten Staaten von Amerika*) de Constantin Sander se publicó en *Chronicle* el 30 de marzo de 1867. 6) La reseña de *La lucha intestina de la Unión norteamericana* (*Der innern Kämpfe der nordamerikanischen Union*) de Heinrich von Blankenburg apareció en el número 51 de *North British Review* en octubre de 1869. Todos estos documentos han sido recogidos por J. Rufus Fears en su edición en tres volúmenes de los *Selected Writings of Lord Acton*, vol. I, *Essays in the History of Liberty* (Liberty Fund, Indianápolis, 1985, pp. 263-377). Hemos seguido para su ordenación la cronología estricta de su redacción y publicación.

En otros textos, antes y después de los que aquí recogemos, lord Acton elogiaría la Revolución americana y su influencia en el curso de los acontecimientos en Europa, si bien la defensa del Sur le daría a su escritura uno de los primeros motivos para su razonada historia de la libertad. Al final de su vida, el viejo «rebelde» por el que Acton aún se tenía observaría que, en última instancia, «el proceso de desarrollo por el que la América de Tocqueville se convirtió en la América de Lincoln» no podía ser descrito adecuadamente en términos europeos. Esa conversión había exigido la derrota de la causa confederada, cuyo esquema de gobierno, según Acton, habrían tenido que adoptar los Estados Unidos.¹⁶

Agradecemos a los profesores Joaquín Varela Suanzes-Carpegna e Ignacio Fernández Sarasola la oportunidad de ofrecer a los lectores este episodio de la historiografía constitucional. En la Presentación he hecho libre uso, y corregido algunos errores de apreciación, de pasajes de ‘Una nota sobre la *Societas Erasmi* de Ralph Dahrendorf’, publicado en *La filosofía y los dioses de la ciudad* (Aduana Vieja, Valencia, 2011) Esta edición forma parte del proyecto de investigación ‘Hacia una Historia Conceptual comprehensiva: giros filosóficos y culturales’ (FFI 2011-24473) del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

16 SWI, 396.

BIBLIOGRAFÍA ESCOGIDA

Fuentes

LORD ACTON, *Essays in Freedom and Power*, ed. de G. Himmelfarb, The Free Press, Glencoe, 1948.

— *Essays in Church and State*, ed. de D. Woodruff, Hollis & Carter, Londres, 1952.

— *Essays in the Liberal Interpretation of History*, ed. de W. H. McNeil, The Chicago University Press, Chicago y Londres, 1967.

Acton in America: The American Journal of Sir John Acton, Patmos, Sheperdstown, 1979.

Selected Writings of Lord Acton, ed. by J. Rufus Fears, Liberty Fund, Indianapolis, 1985-1988, 3 vols.

Estudios

GERTRUDE HIMMELFARB, *Lord Acton. A Study in Conscience and Politics*, The University Press of Chicago, Chicago, 1952.

ROBERT SCHUETTINGER, *Lord Acton. Historian of Liberty*, Open Court, La Salle, 1976.

ROLAND HILL, *Lord Acton*, Yale University Press, New Haven y Londres, 2000.

CHRISTOPHER LAZARSKI, *Power Tends to Corrupt: Lord Acton's Study of Liberty*, Northern Illinois University Press, Evanston, 2012.

Glaube, Gewissen, Freiheit: Lord Acton und die religiösen Grundlagen der liberalen Gesellschaft, ed. de C. Bohr et al, Springer, 2015.

Traducciones al español

LORD ACTON, *Ensayos sobre la libertad y el poder*, trad. de P. Nuez, Unión Editorial, Madrid, 1999.

— *Ensayos sobre la libertad, el poder y la religión*, trad. de M. Álvarez Tardío, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales/Boletín Oficial del Estado, Madrid, 1999.

Literatura de referencia

ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *La democracia en América*, ed. de E. Nolla, Trotta/Liberty Fund, Madrid, 2010.

JOHN CALHOUN, *Libertad y unión. La teoría de la Confederación*, ed. de C. Closa, trad. de A. Elvira, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2010.

ABRAHAM LINCOLN, *El Discurso de Gettysburg y otros escritos sobre la Unión*, ed. de J. Alcoriza y A. Lastra, Tecnos, Madrid, 2005.

— Y KARL MARX, *Guerra y emancipación*, ed. de A. de Francisco, Capitán Swing, Madrid, 2013.

LESLIE STEPHEN, *The «Times» on the American War: A Historical Study* (1865), William Abbatt, Londres, 1915.

HENRY ADAMS, *La educación de Henry Adams*, ed. de J. Alcoriza y A. Lastra, Alba, Barcelona, 2001

CARL SCHMITT, 'Historiographia in nuce: Alexis de Tocqueville', en *Ex Captivitate Salus. Experiencias de la época 1945-1947*, ed. de J. A. Pardos, Trotta, Madrid, 2010.

DON E. FEHRENBACHER, *Constitutions and Constitutionalism in the Slaveholding South*, University of Georgia Press, Athens, 1989.

GEORGE ANASTAPLO, *The Constitution of 1787. A Commentary*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1989.

— *The Amendments to the Constitution. A Commentary*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1995.

ANTONIO LASTRA, *Constitución y arte de escribir*, Aduana Vieja, Valencia, 2009.

— *La filosofía y los dioses de la ciudad*, Aduana Vieja, Valencia, 2011.

— *La necesidad logográfica*, Aduana Vieja, Valencia, 2014.

Historia e historiografía constitucionales, ed. de J. Varela Suanzes-Carpegna, Trotta, Madrid, 2015.

**ESCRITOS SOBRE LA GUERRA CIVIL
Y LA CONSTITUCIÓN DE LOS ESTADOS
CONFEDERADOS DE AMÉRICA**

1

INFORMES SOBRE LA GUERRA CIVIL EN AMÉRICA

Marzo, 1861

La Unión norteamericana

Casi todos los que en los últimos años han visitado y estudiado los Estados Unidos han quedado impresionados por el declive de la autoridad federal y la decadencia de la sabiduría política y creído que la Unión, tarde o temprano, se disolvería en tres grandes fragmentos: una confederación atlántica, una confederación de los Estados del Golfo y una confederación con su centro en California. La ruptura entre el Norte y el Sur ha llegado antes de lo que se esperaba y mucho antes de que el Lejano Oeste haya desarrollado las primeras condiciones de separación. Rumores de deslealtad a la Unión han llegado desde San Francisco, que se rige por reglas diferentes tanto a las de los Estados esclavistas como a las de los Estados libres, porque importa trabajadores de China, pero esos rumores carecen de un fundamento serio.

Es evidente que faltan las condiciones primordiales de subordinación política y permanencia en un país donde el primer ministro electo se expresa con un lenguaje como el del señor Seward en una cena pública el 23 de diciembre:

Que ningún Estado puede adoptar una constitución que vaya a perdurar más de veinticinco años sin enmendarla ni renovarla se ha vuelto tan cierto que, en nuestro propio Estado, la constitución que adoptamos hace veinte años contiene una disposición por la que el próximo año, sin ningún tipo de apelación al pueblo, se reunirá una convención en el Estado de Nueva York y hará una nueva constitución.

Una afirmación de este tipo en boca de un gran orador no revela una madurez política mayor que la de un patriota de Charleston en el otro bando, que dijo, hablando del poder federal: «Nuestro gobierno no es un gobierno. De hecho, nunca ha sido otra cosa que una agencia y es una gran presunción que pretenda comportarse como uno de los viejos gobiernos europeos y hablar de traición».

Siendo esas las opiniones constitucionales de los dirigentes, no hay nada en los últimos años de lo que podamos sorprendernos demasiado. La peculiaridad principal es que el partido desunionista era fuerte en el gabinete del señor Buchanan y que el retiro del general Cass le confirió una especie de predominio en el gobierno. Con consejos así de divididos, el presidente no pudo adoptar medidas activas para salvar la Unión y el señor Buchanan, además, declaró expresamente que consideraba que su deber era no hacer nada. En un documento del 14 de diciembre que señala el 4 de enero como día de ayuno y oración para la preservación de la Unión, traza una imagen vigorosa de las calamidades que la amenaza de la secesión ya había deparado a la sociedad americana.

La unión de los Estados está en el momento presente amenazada por un peligro alarmante e inminente; el pánico y una angustia de carácter aterrador predominan por todo el país, nuestra población trabajadora está sin empleo y, en consecuencia, desprovista de los medios para ganarse el pan; la esperanza, de hecho, parece haber abandonado a los hombres, todas las clases se encuentran en un estado de confusión y consternación y se desprecian por completo los consejos más sabios de nuestros hombres mejores y más puros.

En un mensaje fechado el 8 de enero dice:

Las consecuencias necesarias de una alarma ocasionada de este modo han sido de lo más lamentables. Las importaciones se han desplomado con una rapidez desconocida hasta el momento en la historia de nuestro comercio exterior, excepto en tiempos de guerra. El erario se ha quedado inesperadamente sin los medios con los que había contado razonablemente para cumplir con los compromisos públicos. Se ha detenido el comercio, paralizado las fábricas, los mejores valores públicos de repente se han hundido en el mercado, todo tipo de propiedad se ha depreciado en mayor o menor medida y se ha despedido a miles de hombres pobres que dependían de su trabajo diario para su pan de cada día... A medida que la perspectiva de una solución incruenta se desvanece, la angustia pública se agrava cada vez más.

Si el conflicto político ha de acabar en guerra civil, mi decidido propósito era no desatarla ni proporcionar una excusa para ello mediante un acto del gobierno. Mantengo inalterada mi opinión de que la justicia, así como la buena política, nos exige seguir buscando una solución pacífica a las cuestiones en litigio entre el Norte y el Sur. Abrigando esa convicción, me he abstenido incluso de mandar refuerzos al comandante Anderson, que está al mando de los fuertes del puerto de Charleston, hasta que se haga evidente la necesidad imperiosa de hacer tal

cosa, para que no se considere una amenaza de coacción militar y ofrecer así una provocación o, cuando menos, un pretexto para un estallido por parte de Carolina del Sur.

Esa política impotente comenzó a dar frutos antes de terminar el año. La Convención de Carolina del Sur se reunió el 17 de diciembre y el 19 revocó, por voto unánime en una cámara de 169 miembros, el decreto por el que el Estado se había adherido a la Unión. En un manifiesto publicado después de transcurrido algún tiempo, la Convención justificó su secesión por la conducta de los Estados del Norte en los siguientes términos:

Esos Estados se han arrogado el derecho a decidir sobre lo adecuado de nuestras instituciones domésticas y negado los derechos de propiedad establecidos en quince Estados y reconocidos por la Constitución. Han denunciado la institución de la esclavitud como pecaminosa, han permitido entre ellos el establecimiento público de sociedades cuyo objeto declarado era perturbar la paz y la prosperidad de ciudadanos de otros Estados, han alentado y ayudado a miles de nuestros esclavos a abandonar sus casas y, por medio de emisarios, libros e imágenes, incitado a los que se quedan a una insurrección servil.

Del nuevo presidente dicen:

Se le ha de confiar la administración del gobierno común, porque ha declarado que el «gobierno no puede perdurar permanentemente medio esclavo y medio libre» y que la opinión pública tiene que basarse en la convicción de que la esclavitud se dirige a su extinción definitiva... Las garantías de la Constitución, en consecuencia, dejarán de existir, los derechos iguales de los Estados se perderán, los Estados poseedores de esclavos

ya no tendrán el poder de autogobierno o autodefensa y el gobierno federal se habrá convertido en su enemigo.

Al mismo tiempo, Carolina del Sur recomendaba a los Estados que se separaran con ella del gobierno federal de los Estados Unidos como modelo de su futura confederación y proponía un Congreso de los Estados del Sur en Montgomery, Alabama. Llegó a Charleston un aluvión de felicitaciones de los gobiernos de la mayoría de los otros Estados esclavistas, se convocaron convenciones para reunirse en muchos de ellos y por todo el Sur los hombres comenzaron a armarse, los gobiernos requisaron los arsenales y provisiones del gobierno federal y comenzaron a suscribir empréstitos y a prohibir el pago en efectivo para que todas las monedas depositadas en los bancos estuvieran disponibles en los momentos de necesidad.

Misisipí y Florida se separaron el 10 de enero, Alabama el 11 de enero, de Georgia se esperaba que detuviera el movimiento, pero Georgia se separó el 19 de enero por una mayoría de 208 a 89 y la oposición se mostró conforme con la validez del decreto cuando se aprobó. Carolina del Norte decidió por voto unánime apoyar a los otros Estados secesionistas en caso de que estuvieran insatisfechos, pero Carolina del Sur declaró su decisión definitiva e irrevocable y rechazó tomar en consideración cualquier oferta de concesión o cualquier término de compromiso.

Luisiana se separó el 26 de enero por una votación de 113 a 17; Texas el 4 de febrero, por una votación de 154 a 6.

Entretanto, formaban un grupo aparte los Estados fronterizos, que no requieren esclavos para su propio trabajo, pero los crían para exportarlos al Sur y están, por consiguiente, tan interesados en la esclavitud en calidad de productores como los Estados algodoneros en calidad de consumidores, y dependen

no del trabajo esclavo sino del comercio de esclavos. Reconocieron que estaban obligados a compartir su destino con el Sur, pero al no estar interesados en la secesión, trataron de impedir-la y es de los Estados fronterizos, de Virginia especialmente y de Kentucky, de donde han procedido sobre todo los intentos de conciliación.

Las actuaciones de los Estados esclavistas no encontraron resistencia; en ningún lugar se recurrió a la violencia. No se hizo nada para proteger los derechos y la propiedad de la Unión. Estados Unidos carecía de fuerza militar en el Sur. Pero en el mismo Charleston, el corazón y centro del movimiento secesionista, pareció por algún tiempo que iba a tener lugar un conflicto.

26 de diciembre. El comandante Anderson, oficial de los Estados Unidos al mando, ha ocupado con todas las fuerzas a su disposición el Fuerte Sumter, que domina la entrada del puerto. En ese momento acudían unos comisionados de Carolina del Sur a negociar con el presidente la entrega de todos los materiales de guerra por parte de los Estados Unidos. En Washington se enteraron de lo que había sucedido y de que el gobernador Pickens había respondido izando inmediatamente la bandera de Carolina del Sur sobre el arsenal y los otros fuertes que Anderson había desmantelado y que inmediatamente fueron puestos en estado de defensa.

27 de diciembre. El secretario de Guerra, Floyd, propuso al gabinete la destitución del comandante Anderson por un acto de agresión injustificable. Floyd era uno de los que había preparado el camino en Washington a la secesión, y la explicación que se dio de un enorme fraude, descubierto recientemente en el departamento de Floyd, aunque no se ha podido establecer

ningún vínculo con él, era que se trataba de un intento de estrechar lazos con el partido secesionista. Se rechazó la moción de Floyd por un empate en el gabinete y el 29 de diciembre Floyd dimitió. No se destituyó a Anderson y, sin embargo, el señor Buchanan no pudo enviarle los refuerzos que pedía urgentemente. El señor Buchanan rompió las negociaciones con los comisionados del Sur.

La posición del comandante Anderson en la bocana del puerto de Charleston con un pequeño contingente, y en el supuesto de que no podía aumentar, era extremadamente crítica. El gobierno de Charleston mostró la máxima determinación, aunque no se cometió ningún acto de hostilidad contra la guarnición del Fuerte Sumter y el gobernador Pickens se comportó de manera cortés con el comandante Anderson. Se ejercieron influencias de todo tipo sobre el presidente para persuadirlo a enviar un contingente. Por fin se organizó una expedición privada y el general Scott decidió enviar un buque para alivio del contingente en el Fuerte Sumter. El señor Thompson, secretario del Interior, dimitió en ese mismo momento, el 8 de enero.

Mientras tanto, se designó una comisión de treinta y tres miembros, uno por cada Estado, para idear medios para salvar la Unión. El 18 de diciembre, el señor Crittenden, de Kentucky, propuso una enmienda de la Constitución que, adoptando la línea del viejo Compromiso de Misuri, 36° 30', prohibía la esclavitud al norte de esa línea y privaba al Congreso de toda autoridad sobre la cuestión de la esclavitud al sur de esa línea. Propuso una modificación de ese plan el señor Rice, de Minnesota, que desea unificar todo el territorio al norte de la frontera en un solo Estado libre y unificar todo el territorio al Sur en un solo Estado esclavista con el poder de subdividirse con posterioridad. El señor Douglas propuso un plan, el 24 de diciembre, cuya característica principal era el proyecto

de una colonización negra. La comisión de los treinta y tres miembros hizo un informe votado por la mayoría en el que se reconocían las reivindicaciones del Sur, pero se condenaban sus procedimientos. Hubo un informe minoritario aprobado por los miembros del Norte y otro de los miembros del Sur que solicitaba una convención de todo el pueblo y adoptaba el plan del señor Crittenden. Un miembro informó en representación propia de que nada que no tuviera en cuenta la esclavitud sería satisfactorio. Además está el plan de los Estados fronterizos, que limita la esclavitud al territorio al sur de la línea de Misuri, deja abierto para los Estados futuros que se formen en ese distrito el adoptar o rechazar la esclavitud y requiere que el Congreso prohíba el comercio exterior de esclavos para tener el monopolio en la exportación de esclavos.

24 de enero. El expresidente Tyler le ha llevado al señor Buchanan las resoluciones de la Cámara Legislativa de Virginia, que proponen una convención de acuerdo con la línea de Misuri y dejan que los Estados, a medida que surjan, determinen la extensión de la esclavitud al sur de esa línea. En un mensaje, el señor Buchanan ha recomendado este plan, que el señor Crittenden acepta, y se ha nombrado una comisión para encontrar el modo de preservar la paz.

La desaparición del Congreso de tantos estadistas del Sur ha dado una mayoría a los proteccionistas en Washington, y se ha introducido un proyecto de ley para hacer más completa la dependencia económica del Sur respecto al Norte. Por supuesto, se ha suspendido por completo el comercio de los puertos del sur, Charleston, Mobile, Nueva Orleans, y los republicanos esperan matar de hambre al Sur para que se rinda. Reclamando los impuestos de los ingresos pueden bloquear los puertos y obligar a que el algodón llegue al norte por ferrocarril

y eliminando los aranceles al azúcar extranjero pueden parar el principal mercado del azúcar desarrollado en los Estados esclavistas. Ese es el punto sobre el que gira principalmente toda la revolución. Es un intento por parte del Sur de emanciparse económicamente del Norte.

Un orador de Nueva Orleans dijo en 1855:

Ha llegado el momento en que debemos mirar a nuestro alrededor y ver en qué relación estamos con el Norte. Desde el sonajero con el que la enfermera deleita el oído del niño nacido en el Sur hasta el sudario que cubre la figura fría del muerto, todo nos llega del Norte. Nos levantamos entre sábanas hechas en telares del Norte, secamos nuestras barbas en toallas del Norte y nos vestimos con prendas tejidas en telares del Norte, comemos en vajillas del Norte, barremos nuestras habitaciones con escobas del Norte, cavamos en nuestros jardines con palas del Norte y amasamos nuestro pan en bandejas o fuentes de madera o estaño del Norte. La misma madera que alimenta nuestros fuegos la cortamos con hachas del Norte, con mangos de nogal, traídas de Connecticut y Nueva York.

Un periódico de Charleston dice:

Parece ser, cuando menos, razonable que, rodeados de materias primas libres de los costes de transporte a las ciudades del Norte, las manufacturas del Sur deberían no solo competir, sino mantener con éxito una posición superior a la de las que están muy alejadas de la región de cultivo del algodón.

En la convención comercial del Sur, en 1855, se propuso una resolución:

Que esta convención recomiende a cada uno de los Estados del Sur fomentar el establecimiento de un comercio directo

con Europa, mediante la exención del pago de impuestos por un tiempo limitado sobre los bienes importados o permitiendo a los importadores una desventaja o recompensa equivalentes, o de cualquier otro modo que los legisladores de los respectivos Estados consideren conveniente.

Se ha considerado que la secesión es el mejor modo, puesto que el modo que realmente sería el mejor, la transformación gradual de la esclavitud y el fomento del trabajo libre, ofrece dificultades reales de la mayor magnitud y es desagradable en todos los sentidos para los dueños de esclavos. Su cálculo, basado en el axioma de la omnipotencia del algodón, es que Europa estará interesada en establecer un comercio libre directo con ellos. Por medio de impuestos directos pueden abrir sus puertos al comercio europeo y, de ese modo, despertar el interés de Inglaterra en mantenerlos abiertos y escapar de los ingresos por cuotas de la Unión.

El Congreso en Montgomery ha elegido al señor Jefferson Davis, uno de los ministros del presidente Pierce, para ser presidente de la Confederación del Sur.

Septiembre, 1861

La Guerra en América

Tras la investidura del señor Lincoln en Washington, durante seis semanas se dudó de si la secesión del Sur se llevaría a cabo sin guerra. Los Estados fronterizos, especialmente Virginia, se emplearon a fondo en preservar la paz y el gobierno de los Estados Unidos no tenía una política para hacer frente a una contingencia de la que no había ejemplo en su historia.

Pero los Estados secesionistas no vacilaron ni por un momento en su determinación, rechazaron tomar en consideración cualquier término de acuerdo y no buscaron la reparación de las injusticias ni la alteración de las leyes, sino la separación del Norte. Cuando las provisiones se estaban agotando en el Fuerte Sumter, se decidió que se debía intentar proveer a la guarnición de víveres, para que la Unión no se sometiera al ultraje ni pareciera que renunciaba a sus derechos. Con la aparición de la flota federal, los confederados comenzaron el bombardeo del fuerte; el gobierno en Washington no había tomado una decisión respecto a la guerra, la flota no tomó parte en la defensa y Anderson se rindió el 13 de abril.

15 de abril. El señor Lincoln ha emitido una proclama en la que hacía un llamamiento para una milicia de 75 000 hombres con el fin de retomar los fuertes y la propiedad de los Estados Unidos y «suprimir las agrupaciones» en el Sur. Al mismo tiempo ha convocado una sesión extraordinaria del Congreso, que se reunirá el 4 de julio. Aunque esto era de hecho una declaración de guerra, la fuerza demandada era manifiestamente inadecuada para la tarea de someter a los Estados del Sur y el presidente ignoraba del todo la magnitud de la empresa que estaba acometiendo. Pronto se hizo evidente que no había previsto el efecto que tendría la caída del Fuerte Sumter en los Estados. La demanda de hombres estaba dirigida a todos y cada Estado tenía que tomar una decisión. La declaración de una política de coerción puso en contra de la Unión a los Estados esclavistas centrales, que no estaban dispuestos a adherirse a los Estados plantacionistas. Misuri rehusó suministrar tropas. Igualmente se opuso Kentucky y se declaró neutral. Arkansas, Tennessee, Carolina del Norte se adhirieron sucesivamente a la Confederación del Sur. Pero sobre todo, el Estado que por un tiempo

parecía mantener el equilibrio entre el Norte y el Sur, y había sido el cuartel general de la negociación, y que debe convertirse inevitablemente en el centro de la guerra, se declaró en contra de la Unión, bloqueó el astillero naval en Norfolk y confiscó el arsenal de los Estados Unidos en Harper's Ferry. Pero Virginia estaba dividida. La parte occidental del Estado no está interesada en el comercio de esclavos y, al estar prácticamente rodeada de los Estados de la Unión, tenía grandes incentivos para ir con el Norte. Esa política se hizo paulatinamente más segura y definitiva y, cuando llegó el momento decisivo, muchos condados occidentales declararon que no seguían al resto del Estado. Así, por una extraña complicación, la revolución que se había hecho en nombre de la unidad soberana de los diversos Estados ha llevado, en un caso visible, a la destrucción incluso de esa autoridad y unidad territorial que todas las partes conceden a cada Estado. Esa división de opinión explica por qué Virginia estaba tan ansiosa de intervenir entre las partes contrapuestas y prevenir la ruptura. La posición de Maryland era incluso más peculiar. Lo era porque Maryland, que es famosa en la historia como una colonia católica y como el primer lugar donde la libertad religiosa se estableció en los tiempos modernos, es el Estado esclavista más al norte y no es un gran productor ni un gran consumidor de trabajo esclavo. Sus intereses, por tanto, no están ligados de ningún modo con los del Sur, pero los instintos de todos los dueños de esclavos están en contra del gobierno de los abolicionistas y las simpatías de Maryland están políticamente en contra del absolutismo democrático. De ahí que esa convergencia de opiniones hostiles haya confundido a Baltimore, que de todas las grandes ciudades americanas es la más cercana a la capital. El Estado votó de hecho por mayoría a favor de la Unión, pero se acompañó la votación con un sincero llamamiento al presidente para que desista de las medidas

coercitivas. El sentimiento en la misma Baltimore está rotundamente en contra del gobierno. Las tropas federales fueron atacadas a medida que marchaban a través de la ciudad y hubo derramamiento de sangre, la gente destruyó los puentes y cortó la línea de ferrocarril. Durante algún tiempo tenían que ir de Filadelfia a Washington sin pisar Baltimore. Al final, los disturbios fueron tan grandes que se tomaron medidas severas contra los secesionistas y se estableció un gobierno militar. A medida que se concentraban alrededor de Washington grandes masas de tropas, las regiones de Maryland se mantenían en calma, pero su lealtad a la Unión se ha hecho cada vez más dudosa.

Los Estados del Noreste, sin embargo, respondieron enérgicamente al llamamiento del presidente. Massachusetts, la casa del abolicionismo teórico, doctrinario y, en memorables ocasiones anteriores, el defensor más destacado de los principios centralistas a través de su gran representante Daniel Webster, fue el más rápido de todos en enviar regimientos para proteger la capital. Nueva York vaciló por un momento; se albergaban dudas de si el interés exportador no se sometería al poder del algodón, pero no duraron mucho tiempo. Con entusiasmo se ofrecieron al gobierno federal los recursos del Estado de Nueva York con su población de aproximadamente cuatro millones y su enorme riqueza hasta que, por último, cuando en la excitación de la contienda quedó en el olvido lo que está en juego y el interés fue silenciado por la pasión, Nueva York se convirtió en el centro del movimiento a favor de la Unión. Es curiosa, aunque quizá en este tiempo vana, la especulación de si en algún día futuro la gran ciudad, que es lo suficientemente rica y fuerte como para gobernar la Unión, no se convertirá en la sede del gobierno. Washington fue una creación artificial y sentimental, nunca ha prosperado y es probable que se convierta en una ciudad fronteriza en una frontera insegura y a la vista de un vecino

amenazante. En una guerra prolongada será una base muy mala de operaciones y, si la Unión se divide definitivamente, se hará insoportable para los federalistas gobernar la mitad norte desde la antigua capital de una confederación más grande. Cualesquiera que sean los resultados militares de la guerra, no puede haber duda alguna en cuanto a sus resultados constitucionales. Los que vengan después del señor Lincoln, del señor Seward y del general Scott ejercerán una autoridad menos extensa, pero sin duda mucho más grande que sus predecesores en el cargo. El poder de un gobierno que ha librado una gran guerra, ha dirigido un ejército de 500 000 hombres, ha introducido un sistema de fuerte tributación directa y ha creado una deuda nacional de proporciones europeas, pertenece a una categoría completamente distinta del que se concedió celosamente a Washington y que sus sucesores hasta Buchanan solo han incrementado mediante la corrupción y el servilismo. El aumento del poder central será el resultado del principio de la democracia pura y de la supremacía absoluta del pueblo, ya que esa es la cuestión en litigio entre el Norte y el Sur. Consecuentemente el poder incrementado requerirá un control incrementado. Entraría en conflicto con el principio democrático, motivo principal de la guerra, de que al Estado se le debe permitir separarse de la nación y de que el gobierno debe tener una voluntad distinta a la del pueblo. Hasta ahora el pueblo ha ejercido su poder sobre el ejecutivo mediante el derecho de elección. Pero la garantía de que el hombre de su elección continuará siendo el órgano de su política consistía únicamente en la mediocridad de sus poderes y en la esperanza de reelección. Incluso de común acuerdo se ha renunciado a esta última garantía, como se ve a partir de la declaración abnegada del señor Buchanan y a partir de la disposición en la Constitución de Montgomery. Durante su permanencia en la Casa Blanca, el presidente es realmente

inviolable y está más allá de todo control. En el desolado escenario de su autoridad ni siquiera hay la restricción constitucional de la turba. En ese alejamiento de la vista pública hay algo autocrático y sospechoso. Ha sido una de las características del absolutismo europeo no poder gobernar desde una capital, a no ser que fuera un despotismo militar. El Escorial, Versalles, Potsdam son signos comunes de esta verdad general y el pueblo se hizo consciente de ella cuando llevaron a Luis XVI a París. En una democracia no cabe confiar en un poder semejante, como el que poseerá el gobierno de los Estados Unidos, fuera de la vista, de todo alcance, de la verdadera soberanía. Sobran motivos para que resulte probable que la futura capital será una de las grandes ciudades y es difícilmente concebible que alguna ciudad vaya a disputar el premio con Nueva York, que es lo suficientemente grande como para silenciar la envidia y no representar intereses particulares. El vigor con que apoya a la Unión es particularmente valioso, porque posee en su gran población irlandesa los mejores materiales para un ejército regular.

El rechazo de los Estados esclavistas a proporcionar su contingente obligó al Gobierno a solicitar más que su proporción justa de hombres a los Estados que se mantenían fieles. En esos Estados no había dificultad en obtenerlos y se formaron inmediatamente numerosos regimientos de voluntarios, que se comprometieron a servir durante tres meses. Esto pasó a mitad de abril; por tanto, el periodo de servicio expiró en julio, en el preciso momento en que debían actuar. Dado que un gran ejército regular es contrario a la naturaleza de la democracia, tanto por razones políticas como por la incoherencia de la sumisión a una disciplina severa por parte de hombres que poseen una soberanía individual, el único recurso es un ejército de voluntarios que sirvan por un periodo limitado. Pero la intolerancia a

la disciplina disminuye la eficiencia de los voluntarios y los oficiales al mando en Washington depositaban muy poca confianza en ellos. Cuando comenzaron las hostilidades y las fuerzas confederadas ocuparon la línea del Potomac, por un momento la capital estuvo expuesta a un gran peligro. Se evitó el peligro con la rápida llegada de los regimientos recién reclutados, pero no estaban listos para continuar la guerra y el 3 de mayo el presidente Lincoln solicitó un incremento de 23 000 hombres para el ejército regular. El general Scott no quería invadir el Sur hasta que se organizara una fuerza regular y eso sería mucho tiempo después de que los voluntarios, a los que el momento de excitación los había llamado a las armas, hubieran regresado a casa.

Mientras tanto, el Congreso del Sur se reunió en Montgomery el 29 de abril. Había sido elegido con el propósito de lograr la independencia del Sur y ha demostrado ser de lo más útil para ayudar al gobierno a preparar los medios de defensa. En su mensaje, el señor Davis solicitó un préstamo de 50 000 dólares y repitió los viejos argumentos de Calhoun para demostrar que la secesión es un derecho constitucional. En ese momento solo podía anunciar la adhesión de Virginia, pero poco tiempo después la sabiduría de su política para precipitar la crisis quedó demostrada con la separación de la totalidad de los seis Estados esclavistas centrales respecto al Norte. Cuando el Fuerte Sumter fue atacado, el señor Davis era el gobernante de siete Estados con un área de 560 000 millas cuadradas y una población de cinco millones. El resultado de la declaración de guerra fue separar de la Unión seis Estados más con un área de 315 000 millas cuadradas y una población de seis millones y medio. A consecuencia de este cambio de coyuntura, se anunció que se trasladaría la sede del gobierno a Richmond. Ya se habían dirigido comisionados rumbo a Europa para hablar en

favor de los intereses de la nueva Confederación a las grandes potencias y, especialmente, a Inglaterra y Francia.

Se ha dado gran importancia a la opinión de este país. Considerando la secesión como rebelión, la gente del Norte esperaba el apoyo de la simpatía inglesa en su lucha e imaginaba que la política de no injerencia no impediría el ejercicio de nuestra influencia moral a su favor. Hubo mucha duda y vacilación, y una ignorancia considerable en Inglaterra en cuanto a la naturaleza de la disputa. Nuestra antipatía por la monarquía absoluta no se extiende a la democracia absoluta, y el liberalismo vulgar y superficial del país estaba del lado del Norte. El gobierno logró impedir un debate al que los partidarios del Sur le instaron en más de una ocasión. El gobierno reconoció los derechos del Sur como beligerantes y proclamó el 13 de mayo una neutralidad completa. Indudablemente ese era el único camino prudente y no justificaba la animadversión mostrada por los federalistas contra Inglaterra. Una guerra con Inglaterra habría suscitado un sentimiento mucho más fuerte que el mostrado por la preservación de la Unión, y una gran parte de los secesionistas se habría unido a su bandera en la presencia de un enemigo común. Había dos razones concluyentes, por tanto, en contra de una injerencia a favor del Sur: la certeza de la guerra y el peligro de someter a revisión la secesión. Es así porque no cabe ninguna duda de que tanto nuestros intereses como nuestros principios políticos están al lado del Sur. Esto lo entendieron los ministros: creían que los secesionistas tenían razón en su interpretación de la Constitución, una cuestión en la que los ministros pueden estar equivocados, pero que no tiene importancia alguna. La gran dificultad de la cuestión de la esclavitud era una razón más para una extrema cautela en la expresión de su opinión, pero es justo decir, por un lado, que el gobierno no se dejó llevar por un grito que habría sido po-

pular y, por otro, que sus puntos de vista americanos estaban en afortunada oposición a los principios que lord John Russell estableció en sus despachos italianos.

En la primera semana de mayo, Washington estaba protegido contra cualquier ataque que los confederados estuvieran entonces en condiciones de hacer, pero la presencia de un cuerpo del Sur en Harper's Ferry y en los cerros inmediatamente opuestos a la capital era una constante amenaza. Era necesario por el honor del Norte y la seguridad permanente de la sede del gobierno expulsar al enemigo de la línea del Potomac. El 23 de mayo los federalistas ocuparon el margen derecho del río y los secesionistas se retiraron, aunque seguían conservando Harper's Ferry. Mientras las tropas federales los iban rodeando gradualmente en ese momento, y se producían continuas escaramuzas a lo largo de la primera línea de avanzada, el primer encuentro serio tuvo lugar en Great Bethel, cerca de Richmond, el 9 de junio, y terminó con el rechazo de los federalistas. El 16 Harper's Ferry fue evacuado.

4 de julio. El Congreso se ha reunido en Washington y recibido el mensaje del presidente. En ese documento moderado, pero muy torpemente escrito, el señor Lincoln repasaba los acontecimientos de su administración y justificaba su política. Al principio había intentado no utilizar medidas coercitivas contra la secesión, sino dejar que el tiempo acabara con ella. «Solo trataba de mantener los lugares públicos y la propiedad que aún no habían sido arrebatados al Gobierno y percibir los ingresos, confiando para el resto en el tiempo, la discusión y las urnas.» El Fuerte Sumter no podía ser reemplazado antes de que se agotaran las provisiones, retirar la guarnición habría sido fatal para la posición y las reclamaciones de la Unión; se decidió, en consecuencia, abastecer la guarnición. Cuando se

anunció esa decisión, y antes de que se pudiera ejecutar, el fuerte fue atacado y capturado. Esto obligó a la Unión a tomar la decisión de la espada: «Esta decisión abarca más que el destino de los Estados Unidos. Presenta a la familia entera del hombre la cuestión de si una república o democracia constitucional —un gobierno del pueblo por el mismo pueblo— puede o no mantener su integridad territorial contra sus enemigos domésticos... Nos obliga a preguntarnos: ¿Hay en todas las repúblicas esa debilidad inherente y fatal? ¿Un gobierno tiene que ser necesariamente demasiado fuerte para las libertades y demasiado débil para mantener su existencia?» Aquí tenemos la medida de la visión política de un hombre que, en la gran crisis de América, era el gobernante del Estado. Es llamativo que el problema que plantea sea precisamente el planteado por el protestantismo.

El señor Lincoln procede a exponer su teoría de la Constitución, que desde luego admite una mejor defensa. La Unión, según su último presidente, existía antes que los Estados que la componen. Las colonias formaban la Unión y la Unión las convirtió en Estados, dando a cada uno de ellos toda la independencia y libertad que tienen. Ese es el resultado radicalmente consecuente de una teoría democrática según la cual el todo es el autor de las partes y el amo absoluto de ellas. A la vista de semejante doctrina, es obvio que los derechos estatales son la única garantía para la libertad y que los Estados del Sur solo necesitan admitir la interpretación del señor Lincoln como la verdadera interpretación de la Constitución original para justificar su secesión. La conclusión del mensaje fue la solicitud de 400 000 hombres y 400 000 000 de dólares. El Congreso inmediatamente aprobó la cifra de 500 000 hombres (40 000 para el ejército regular) y de 500 000 000 de dólares. Mientras el gobierno trataba de atender las demandas del partido a favor

de la acción y de aplastar la oposición de diez u once senadores occidentales con la actividad de sus preparativos, encabezados por el señor Breckinridge de Kentucky, cuya actitud delataba el carácter real de neutralidad de su Estado, y mientras en el valle del Misuri cuerpos dispersos luchaban con escaso derramamiento de sangre y éxito variado para poner a prueba la lealtad vacilante de los unionistas, el ejército de los Estados Unidos emprendió un avance general contra los secesionistas.

La cordillera de los Apalaches atraviesa Virginia en dos líneas paralelas de colinas. Los Allegheny forman, en su vertiente noroccidental, que desciende gradualmente hacia el valle del Ohio, el rico distrito agrícola de Virginia occidental, que ha seguido en el presente conflicto el instinto natural de su posición geográfica. Beverly está en este lado. Las montañas Blue Ridge corren paralelas a los Allegheny y abandonan Virginia a la altura de Harper's Ferry, por donde pasa el Potomac en su confluencia con el Shenandoah. El territorio entre esas dos alineaciones montañosas es el gran distrito del valle de Virginia y aquí, en la carretera de Beverly a Harper's Ferry, está la ciudad de Winchester. Al este de las montañas Blue Ridge, en la línea de Harper's Ferry a Richmond, está el cruce del ferrocarril de Winchester, cerca de la brecha de Manassas, a treinta millas de Washington. Los federalistas, dueños de ambos márgenes del Potomac, operaban en tres cuerpos, separados por las dos cadenas de colinas. Estratégicamente, la clave de la posición sureña estaba en el cruce de Manassas, donde se podían enviar desde el Sur tropas a raudales, y aquí se habían fortificado entre bosques tupidos y un río profundo al frente. El general Johnston estaba en Winchester con los cuerpos que habían evacuado Harper's Ferry y había diversos regimientos más allá de los Allegheny. La tarea de los federalistas era despejar Virginia occidental de esas tropas, repeler a Johnston y luego caer sobre el enemigo en

Manassas. El 12 y 13 de julio el general M'Clellan atacó a los secesionistas cerca de Beverly, los repelió después de una resistencia insignificante y se hizo dueño de Virginia noroccidental. La importancia militar de esta victoria categórica quedó reducida por el hecho de que la fuerza sureña ya estaba en pleno repliegue en Winchester. El día 17, el general Patterson, que estaba al mando de una fuerza de 20 000 federalistas en Harper's Ferry, avanzó hacia el valle de Virginia amenazando con separar al general Johnston de Manassas. Al mismo tiempo el ejército principal, bajo el mando del general M'Dowell, avanzó desde su posición en los cerros opuestos a Washington saqueando y sembrando la destrucción a su paso: «Para horror de toda persona sensata —dice el general con evidente ironía— varias casas estaban abatidas y otras en llamas por el acto de algunos de los que, ese ha sido el alarde de los leales, vinieron a proteger a los oprimidos y a liberar al país de la dominación de un partido odiado». El 18 el general M'Dowell tuvo su primer encuentro con el enemigo en Bull Run, el arroyo que cubría su posición, y sus tropas fueron repelidas. Se envió una bandera blanca por los muertos y heridos, pero los oficiales sureños no la admitieron en sus líneas. Mientras tanto, el presidente obligó al general Scott a dar a M'Dowell órdenes de atacar, y el 20 se realizó un reconocimiento de la posición del enemigo. Durante todo el día se oyeron los trenes que se dirigían al cruce de Manassas y el comandante federal tuvo conocimiento de que el encuentro del 18 había dado la alarma y de que Johnston había escapado de Patterson sin disparar un tiro y llevado a cabo una reunión de tropas con Beauregard y Lee. El general Patterson no había sido capaz de atacarlo porque, en ese preciso instante, quince de sus regimientos declararon que su tiempo de servicio había expirado y rehusaron ir al combate. Por la misma razón el ataque de M'Dowell no tuvo éxito. Avanzó temprano el 21 de julio con

la intención de flanquear por la izquierda al enemigo, que salía de sus líneas a su encuentro. Dos horas después de que empezaran los disparos, regimientos de voluntarios comenzaron a marcharse a medida que se acababa su tiempo, pero M'Dowell mantenía la lucha hasta bien avanzado el día cuando su ejército se desorganizó y huyó. La pérdida fue de menos de 1500 hombres. Algunos cuerpos de tropas europeas cubrían la retirada y no hubo persecución. Los oficiales hicieron dos intentos en vano de reagrupar al ejército y, a las once en punto de la noche, Washington se había llenado de fugitivos del campo de batalla a treinta millas de distancia. La victoria no fue seguida por un avance y parece que los generales sureños ignoraban la magnitud de su éxito. El Congreso inmediatamente aprobó la cifra de 80 000 más y amenazaba con proclamar la emancipación de los esclavos. La derrota, que tuvo lugar en el momento en que muchos miles de hombres enrolados por tres meses se iban, dañó seriamente la posición del Norte. En el ejército del Sur, por el contrario, todas las tropas se comprometían a servir mientras durara la guerra. Había un contraste en el modo como se recibió la noticia, lo que muestra la diferencia de carácter de ambos bandos. En el Norte había recriminación, nerviosismo insólito y máxima exageración. El comandante en jefe negó la responsabilidad por el avance y se publicó su propio plan de operaciones. Planeaba dedicar el verano a hacer eficiente al ejército y luego invadir el Sur en la línea del Misisipi, mientras la flota mantenía un bloqueo estricto. Pero no se le permitió llevar a cabo su intención: «Hay caballeros en el gabinete —dice— que saben de la guerra mucho más que yo y que tienen mucha más influencia de la que yo tengo a la hora de determinar el plan de la campaña... Haré, o lo intentaré, todo lo que se me ordene hacer, pero no deben hacerme responsable... He vivido lo suficiente como para saber que el resentimiento humano es un fundamento muy malo para una política pública».

M'Clellan sucedió a M'Dowell en el mando y Banks sucedió a Petterson. En Virginia occidental, Rosecrans perseguía el éxito de M'Clellan, mientras en Pennsylvania hubo disturbios entre la milicia disuelta que fueron apaciguados con dificultad.

El presidente de la Confederación del Sur llegó de Richmond en el día de la batalla a tiempo para tomar el mando del centro. El despacho en el que anunciaba su victoria en un reñido campo de batalla era llamativo por la ausencia de triunfo o exaltación y fue recibido en la Cámara Legislativa de Richmond con el espíritu en el que fue escrito. El señor Memminger de Carolina del Sur, después de leer el anuncio de la victoria que habían conseguido, añadió: «Pero la victoria ha tenido un coste que traerá dolor a muchas familias, humedecerá con lágrimas ardientes las mejillas de muchas viudas y huérfanos y traerá aflicción y desolación a muchos hogares felices, y presumo, señor, que el Congreso estará poco dispuesto en una ocasión semejante a seguir con su actividad habitual». Luego el señor Memminger presentó tres resoluciones. La primera, «que reconocemos la mano del Más Alto Dios, del Rey de reyes, del Señor de los señores en la gloriosa victoria con la que Él ha coronado nuestras armas en Manassas, y se invita a la gente de estos Estados confederados, mediante oficios apropiados en los *sabbats* siguientes, a ofrecer sus acciones de gracia y oraciones conjuntas por esa poderosa liberación». En segundo lugar, «que lamentamos profundamente la necesidad que ha bañado el suelo de nuestro país con la sangre de tantos de nuestros nobles hijos y ofrecemos a sus respectivas familias y amigos nuestras más cálidas y cordiales condolencias». La tercera resolución tenía en cuenta a los heridos, y luego el Congreso se pospuso. Toda nuestra información concerniente a los Estados del Sur viene a través del Norte y es muy escasa. Cabe dudar que sea una desventaja para ellos.

La historia natural de las confederaciones es tan poco conocida que puede arrojar algo de luz sobre los acontecimientos en América recordar los aspectos característicos en el movimiento similar que tuvo lugar no hace muchos años en los cantones suizos. Los radicales suizos, como los republicanos en los Estados Unidos, mantienen el principio del derecho absoluto de las mayorías sobre cada cantón independiente y sobre toda corporación. Pero, de hecho, la teoría de que una minoría no tiene derecho alguno que la mayoría no pueda violar o abolir es equivalente al derecho de la fuerza. Los radicales suizos estaban, por tanto, perfectamente justificados por sus propios principios a rechazar la voluntad de la mayoría legal cuando iba en contra de ellos: lo que podían aprobar mediante una votación lo invertían con la autoridad de la ley; cuando la votación iba en su contra formaban un tumulto, desequilibraban el gobierno y aprobaban sus medidas. La insurrección organizada de los cuerpos francos se convirtió, en consecuencia, en una institución regular en la realidad constitucional. Que la Iglesia Católica sería odiada por un partido semejante no debe ser deducido meramente del hecho de que llamaran a Strauss y a Zeller, los más capaces de los ateos alemanes, para ocupar cátedras en sus universidades. La Iglesia tiene derechos que son inviolables y enseña el deber moral de respetar los derechos de otros. Por tanto, por razones políticas, así como religiosas, su existencia era intolerable para los radicales. En Argovia los católicos estaban oprimidos, una gran fuerza llegó de Berna para sofocar su resistencia y, en presencia de un gran ejército radical, se decretó la abolición de los monasterios. La Dieta declaró el acto ilegal, pero los vencedores eran demasiado fuertes como para someterlos. En oposición a esos procedimientos, los católicos celosos de Lucerna decidieron llamar a los jesuitas. Se superó la oposición del partido moderado y se aplicó el decreto el 24

de octubre de 1844, a pesar de las advertencias del secretario de Estado, a quien los acontecimientos que siguieron y cumplieron su profecía lo llevaron al exilio y que desde entonces ha ejercido, al amparo del Barón Bach, una poderosa influencia católica en el ministro del interior en Viena: «Están ustedes prendiendo —dijo el secretario de Estado— un fuego en la gente que no se extinguirá y se convertirá en ocasión para intrigas políticas y una agitación que mantendrá a nuestro pueblo en constantes disturbios. Llamen a los jesuitas y abrirán de par en par a nuestros enemigos un terreno ventajoso que de otro modo nunca obtendrían, donde nos veremos obligados a estar siempre en armas contra ellos sin poder contar con el apoyo de nuestros amigos políticos». Hasta ese momento, las potencias europeas habían sustentado a los cantones católicos e Inglaterra había amenazado a Suiza con la revocación de su neutralidad si rompía los tratados a los que los católicos apelaban. Metternich mantenía el mismo lenguaje, pero hizo todo lo que pudo para impedir la admisión de los jesuitas. «La agitación contra ellos —dijo Metternich— sería un pretexto para otros propósitos y acabaría en guerra civil.» Pero el dirigente del partido extremista en Lucerna, Joseph Leu, estaba decidido. «Los radicales —dijo— aman el mal y odian el bien, por encima de todo odian a los jesuitas, por eso lo mejor que podemos hacer es llamarlos.»

Al poco tiempo Leu fue asesinado en su cama y un cuerpo franco marchó contra Lucerna. Un distinguido oficial suizo que residía por entonces en la ciudad ha descrito en un relato sobre estas interacciones su sentimiento sobre esa ocasión:

Sin compartir los prejuicios que sigue la sociedad, tomé por inoportuno e imprudente el decreto del Gran Consejo que admitía a los jesuitas en el cantón de Lucerna. Los jesuitas no eran la causa, sino una ocasión bienvenida para atacar la Suiza central. Si no hubiera sido por su admisión, le habría resulta-

do imposible al radicalismo despertar un espíritu fanático semejante en contra de sus pacíficos conciudadanos. Fue de lo más imprudente poner en manos del enemigo un estandarte en torno al cual se podían reunir... Yo no era lucernés, no estaba ligado por una obligación positiva; mi vida, mi reputación militar, la existencia de mi familia estaban en juego y era muy poco probable que esos sacrificios no se hicieran en vano. Pero ¿de qué lado estaba el derecho? Al respecto no cabía duda alguna, porque esas teorías según las cuales la minoría debe someterse a la mayoría cuando la mayoría es radical, mientras que en el caso contrario la minoría radical puede tomar las armas, me parecen demasiado inconsistentes.

Y así este honorable soldado asumió el mando y salvó Lucerna. No debemos ser malentendidos cuando decimos que los jesuitas desempeñan en la historia de la disputa entre la Suiza católica y la radical un papel idéntico al que le corresponde a la esclavitud en la contienda norteamericana. Los jesuitas ya eran tolerados en Friburgo y los que respondieron al llamamiento de Lucerna eran solo un puñado. Pero luchar por el autogobierno de los Estados sureños y de los cantones católicos valía tanto la pena como lo valía por los veinte chelines del señor Hampden.

«Cuando la ley está subyugada y carece de autoridad, en ese Estado —dice Platón (*Leyes* IV 7)— veo la ruina muy cerca, pero, donde la ley es la dueña del gobierno y el gobierno es siervo de la ley, allí veo seguridad y todas las cosas buenas que los dioses otorgan a los Estados.»

Como la Dieta terminó aprobando la supresión de los monasterios y se anunciaron nuevas invasiones de cuerpos francos, los siete cantones católicos amenazaron con separarse de la Confederación y formaron una liga entre sí para protegerse mutuamente de la violación de su territorio o de sus derechos federales. La respuesta fue, como en América, que la Dieta

podía haber sido injusta, pero que no podía decirse que no estuviera legitimada. Como eso no convenció a los católicos, se puso en pie un ejército de 100 000 hombres contra ellos, fomentado por lord Palmerston y el *chargé d'affaires* inglés, el señor Robert Peel, y se puso al mando al general Dufour, un viejo oficial imperial y amigo de Luis Napoleón. El *Journal de Genève* dice: «A nuestro respetado conciudadano, el coronel Dufour, lo han puesto en una posición muy dolorosa con su nombramiento como general de las tropas federales. Desaprueba, tanto como nosotros, la guerra que va a dirigir. Así lo ha expresado antes y después de su nombramiento, pero considera que es su deber como soldado y servidor de la Constitución obedecer el llamamiento y hacer ese penoso sacrificio.»

Tras una breve campaña, los católicos fueron derrotados y su liga disuelta. Aunque en principio la analogía es perfecta, hay que tener en cuenta la siguiente diferencia entre la política del *Sonderbund* y la de los Secesionistas; a saber: que los primeros estaban preparados a ceder siempre y cuando se garantizaran sus derechos, mientras que los últimos han buscado la independencia incondicionalmente, no como alternativa a la reparación. Poco después de estos acontecimientos, un político que nunca se desvió de su amor a la libertad, aunque no siempre tuvo el mismo éxito a la hora de definir la libertad, el conde de Montalembert, pronunció en el debate sobre la cuestión suiza en la Cámara de los Pares el más elocuente de sus discursos:

La lucha en Suiza no ha sido ni a favor ni en contra de los jesuitas, ni a favor ni en contra de la soberanía nacional, sino a favor vuestro y en contra vuestra. Ha sido una lucha a favor de una libertad salvaje, intolerante, irregular, en contra de una libertad tolerante, regular, legal, de la que ustedes son los defensores y representantes en el mundo... Hablo ante los representantes del orden social, regular y liberal que ha sido de-

rrotado en Suiza y está amenazado en toda Europa por una nueva invasión de bárbaros... El año pasado se cometió un crimen por parte de monarquías absolutas, este año se ha cometido por parte de presuntos liberales que no son otra cosa que tiranos de la peor calaña. Entonces, como ahora, ¿qué es lo que hemos visto? El abuso de la fuerza, la supresión de la libertad, del derecho por medio de una violencia brutal e impía, de la violación de la fe jurada, de la superioridad de los números elevada a dogma y de la deshonestidad a modo de arma y ornamento de la violencia... El crimen del año pasado (la incorporación de Cracovia), un crimen de fuerza, se cometió en nombre de la fuerza. Este año se ha cometido un crimen de despotismo, con la hipocresía como añadidura, en nombre de la libertad.

Enero, 1862

América

El progreso de los acontecimientos durante el otoño ha confirmado la creencia, surgida con los desastres del verano, de que no está en poder de los Estados norteos aplastar la resistencia sureña. En ningún momento han obtenido una ventaja decisiva. El 21 de octubre se encontraron con un rechazo sangriento en Leesburg, que fue seguido por el cierre efectivo del Potomac por parte de las baterías confederadas. Al oeste, los ejércitos federales no hicieron progresos y una expedición naval, que zarpó el 29 de octubre y forzó la entrada de Port Royal el 8 de noviembre, desembarcó a 15 000 hombres sin ningún resultado considerable. Al mismo tiempo, ni siquiera el éxito militar, aunque se hubiera obtenido, habría sido suficiente para restaurar la Unión. La posibilidad de obligar a los Estados secesionistas a volver a su antigua posición bajo la constitución

de 1787 dependía de la existencia de un partido unionista en el Sur. Al principio, había muchos sureños que desaprobaban las medidas extremas de esa facción que había preparado durante una serie de años la separación de los Estados esclavistas y que habrían aceptado un acuerdo con el Norte. El modo como el señor Jefferson Davis ha neutralizado esa tendencia y obligado a sus partidarios no solo a renunciar a la oposición, sino a contribuir activamente en el éxito de su audaz plan parece ser un triunfo de la habilidad propia de un estadista. La posición que asumió de inmediato imposibilitó que el Norte ofreciera aquellos términos que el partido moderado en el Sur habría aceptado como garantía de sus intereses. Desde el principio declaró la separación irrevocable, el éxito de sus armas pronto puso fin a cualquier aspiración unionista a la que el ataque al Fuerte Sumter hubiera podido ofender. La oposición ha tenido tan poco fundamento, tan poco estímulo de la política del Norte o del progreso de la guerra, que no ha dado señal alguna. Políticos que no eran partidarios entusiastas de la secesión obtuvieron altos cargos, no se utilizaron medidas coercitivas, no se suspendió la ley, se han hecho enormes sacrificios con espíritu alegre y no se requiere a ningún soldado en ninguna otra parte que ante el enemigo.

El señor Peyton, que salió de los Estados del Sur, describe en el *Nashville*, el 26 de octubre, el estado del sentir público en términos que llevan el sello de la verdad:

No hay desavenencias en Carolina del Norte... El pueblo de Carolina del Norte está unido y entusiasmado en su apoyo al gobierno confederado y decidido a no deponer sus armas hasta que la independencia de la Confederación sea reconocida por nuestro enemigo. Antes de que el Estado se separara, había en Carolina del Norte, como en todo Estado sureño, y como habrá siempre en todo gobierno popular, un sentimiento público

dividido con respecto a la política más prudente que debe seguirse para reparar los agravios sufridos a manos del Gobierno de los Estados Unidos, pero la proclamación del señor Lincoln, en contravención de toda ley y autoridad, por la que solicitaba 75 000 hombres aparentemente para «tomar, ocupar, y controlar» unos pocos fuertes y una armería en Harper's Ferry —una fuerza tan desproporcionada para el objetivo anunciado— generó en todo el pueblo la percepción del peligro que corría y se aprobó el Decreto de Secesión por votación unánime de la Cámara Legislativa y fue ratificado después por una convención estatal que representa la soberanía del pueblo. Esa acción tuvo lugar el pasado mes de abril y desde entonces no he oído nunca, en mi estrecha relación con la gente, la menor expresión de una opinión opuesta, sino, al contrario, un sentimiento universal de conformidad respecto a su corrección, justicia y necesidad.

Antes de irme de América, el Estado había enviado al centro de la guerra en Virginia con todo su armamento y equipamiento a 33 000 tropas voluntarias, infantería y tiradores y un espléndido regimiento de caballería compuesto de 1094 jinetes. Había 6000 tropas en la costa del Estado y campos de instrucción establecidos en Raleigh, Ridgeway y Gareysburg, y el número de voluntarios que se ofrecía era tan grande que el general Martin, comandante en jefe de las fuerzas del Estado, bajo órdenes de su excelencia el gobernador, ha emitido una proclama informando al pueblo de que no se necesitaban ni se podían recibir más tropas.

Un viajero inglés presenta un testimonio idéntico:

Unas pocas palabras sobre la coerción en general en la causa confederada. Por amplia experiencia la niego rotundamente. Estuve en todos los Estados que el señor Johnson menciona y, lejos de haber coerción, puedo presentar mi testimonio de que nunca hubo un pueblo más unido ni una determinación más firme en pueblo alguno de lograr su independencia. Un caba-

llero de Luisiana me dijo: «Los nortños no saben lo que han emprendido; para tener éxito, tiene que ser una guerra de exterminio, no solo de todo hombre, sino de toda mujer y niño». Para juzgar la unanimidad de sentimiento en los Estados a la que el señor Johnson alude, solo es necesario recorrerlos. Se ven banderas secesionistas enarboladas en cada casa, mujeres y niños vitoreando y ondeando a los trenes que pasan llenos de soldados y, desde todas partes, el envío de ropa y suministros a los parientes y amigos en el ejército. Viajé con un caballero que estaba a cargo de 100 cajas de un regimiento de Alabama y sé por experiencia propia que todas las cocheras estaban cargadas de contribuciones similares, que no eran tanto artículos de lujo como verdaderos artículos de primera necesidad hechos en casa, como géneros de punto, ropa sencilla, en cuya labor patriótica están ocupadas ahora la mayoría de las mujeres sureñas.

No puedo dar mejor prueba de la ausencia de coerción, ni un ejemplo más contundente de la confianza del pueblo en el gobierno, que el hecho de que los títulos confederados se toman a su valor nominal por toda la Confederación. Que el señor Johnson lo contraste con el hecho de que el Banco de Washington ha rechazado los títulos de tesorería nortños y con el informe de que por esta razón va a ser suspendido como institución desleal.

Mientras que en los Estados nortños el gobierno ha suspendido el *habeas corpus*, ha suprimido el juicio por jurado, ha interferido en la libertad de prensa y ha encarcelado en masa tanto a hombres como a mujeres por delitos políticos, incluso por sospecha, el gobierno sureño ha mantenido tanto el *habeas corpus* como el juicio por jurado... Es imposible viajar por sus Estados sin reconocer la ley y el gobierno admirables que han mantenido desde su separación y es asimismo imposible negar por entero la simpatía a un pueblo que, separado, o muy cerca de ello, de todos los recursos extranjeros, sin nada salvo sus propias energías y su voluntad, ha mantenido hasta el momento

con éxito una defensa de la independencia que está decidido a lograr.

Con estos sentimientos, lamento profundamente la prolongación de esta contienda, tan preñada de desastres para los combatientes, tan fértil en pérdidas y desgracias para el mundo entero. Desafortunadamente la prolonga el Norte con la idea errónea de que aún hay un fuerte sentimiento unionista en los Estados sureños. Ah, el deseo en ellos es padre del pensamiento, que de otro modo no se sustenta. Solo se necesita ir allí para descubrir que el sentimiento unionista ha dejado de existir y ha sido sustituido por una amargura de odio a la que no habría dado crédito si no me hubiera convencido personalmente de ello.

Hay otra ayuda igualmente falaz con la que ha contado el Norte; a saber: las desavenencias, por no utilizar peores términos, entre la población esclava, cuando la realidad es que nunca se ha encontrado en un estado más pacífico. En lugar de ser un elemento de debilidad en la causa sureña, ha mostrado ser un elemento de fuerza a medida que todos los plantíos y cultivos siguen de forma ininterrumpida pese a la fuga de población blanca hacia el escenario de la guerra. En el Sur su límite es, no respecto a los hombres en el ejército, sino al número de armas para equiparlos... Un miembro de su gobierno me dijo: «Contaremos con Inglaterra para que sea nuestro taller y nuestro transportista, no tenemos interés en ser una potencia manufacturera ni naval. Por eso estamos sorprendidos, en estos días de independencia de las nacionalidades, de que no nos deis ánimos para lograr la nuestra, de la que os beneficiaréis en gran medida.»

El desembarco de la expedición cerca de Beaufort en Carolina del Sur y la ocupación de la inhóspita costa del cabo Hatteras no lograron despertar simpatías. Antes de finales de noviembre una persona muy sensata en Nueva York había llegado a esta conclusión:

Pienso que el movimiento costará mucho más de lo que redundará en beneficio y al final será un fracaso. Ya estamos en disposición de juzgar que el Norte no encontrará ningún elemento unionista en esa región y en disposición de prever que el efecto de la expedición será incrementar y enfurecer el elemento desunionista. Tengo la sensación de que el Norte también se llevará una gran decepción en lo referente a obtener cualquier fuerza o ayuda por parte de los negros en esa región, salvo, quizá, del uso de unos pocos centenares de trabajadores, y pienso que el elemento negro, por el contrario, será una carga y un impedimento intolerables para el Norte si los negros participan en masa. Hay que alimentarlos y gobernarlos, y no creo que se les pueda alimentar y gobernar sin la institución de la esclavitud. Es bastante probable que veamos la verdad de esta máxima: si el Norte deroga la esclavitud, el Norte la restablecerá de nuevo. Considero la invasión del Sur un error militar.

El gobierno de Washington ha descubierto por fin la futilidad de las esperanzas basadas en la existencia de esas simpatías y, en consecuencia, la desesperanza en una contienda en la que no tienen perspectivas políticas o militares de éxito. Esta convicción le obliga a buscar en otra parte los medios para salir de la guerra con ventaja o, al menos, con honor y aquí se le abren dos caminos, que han dividido a los unionistas con la misma determinación con la que están unidos los separatistas.

El partido republicano está compuesto por dos elementos estrechamente vinculados: el partido del «destino manifiesto», que desea la exclusión de Inglaterra del continente, y los abolicionistas. Su punto de unión es la teoría de que el poder central, como órgano de la voluntad popular, goza de una autoridad ilimitada. Son los demócratas consecuentes, porque no toleran barreras al poder soberano y exigen la libertad absoluta del pueblo representado en el poder absoluto de su gobierno.

La división de poderes, autoridades intermedias, uniones morales, corporaciones, poderes locales, derechos conjuntos y la protección de minorías son cosas aborrecibles para este sistema, que convierte al poder central en un poder absoluto sobre los diversos Estados y sobre los derechos de los individuos y origina todas esas medidas vejatorias e inquisitivas que son tan repugnantes a nuestras nociones de autogobierno y libertad. Es obvio, en consecuencia, por qué el único poder europeo que ha adoptado la causa del Norte es Rusia, por qué el partido democrático es su amigo en Inglaterra, por qué cuenta con la simpatía de Francia.

En estas cosas, que son los principios elementales de los gobiernos, el Sur ofrece el mayor contraste. Su gobierno central es más poderoso que el de la vieja Unión, por la misma razón que no es absoluto. Sus poderes están claramente delimitados y restringidos, pero dentro de sus límites es independiente del capricho popular. Los derechos de los diversos Estados y las diferentes clases e intereses del Estado están más allá del control del gobierno confederado, pero no es el juguete o el instrumento de la voluntad colectiva del pueblo. El presidente es elegido para un largo periodo y, en lugar de ser una nulidad y la criatura de un partido o la víctima de un arreglo, se escogió al hombre más capaz y decidido, y gobierna visiblemente su país con una voluntad fuerte. Esta organización más elevada y libre del Sur no es mérito de sus dirigentes, sino el resultado de las circunstancias de la comunidad. La frontera de la Confederación sureña está trazada con exactitud siguiendo los límites de la esclavitud y la libertad, no porque la preservación de la libertad esté en juego, sino porque la esclavitud produce esa forma de sociedad en la que el Estado debe construirse sobre los principios políticos de Montgomery, no sobre los de Washington. La esclavitud se opone a la democracia, primero, porque establece desigualdad

entre los hombres y, segundo, porque acostumbra a los hombres a mandar sobre otros hombres que no pueden gobernarse a sí mismos. Que la tiranía es la consecuencia es una verdad general, pero en el presente conflicto la esclavitud solo ha mostrado su influencia benéfica sobre los asuntos públicos. Las gradaciones en la población —dueños de esclavos, el blanco medio y esclavos— convierten a la sociedad de inmediato en aristocracia.

A pesar de la esclavitud, por tanto, hay una afinidad natural entre la Confederación sureña e Inglaterra, mientras que la democracia absoluta del Norte es hostil a ambas por naturaleza y por su doble tendencia a anexionarse posesiones inglesas y emancipar a los negros. Esos dos principios se contradicen entre sí también en otro punto. El antagonismo a la esclavitud debería ser un vínculo con este país, no solo con un sector particular. En consecuencia, es en este punto donde los republicanos se han dividido. Una facción, encabezada en el Senado por Charles Sumner, que, por encima de cualquier estadista americano, goza de la amistad de hombres públicos ingleses, exige el principio de la abolición, claramente la causa de la guerra y sin duda el sostén más fuerte en la simpatía europea. Otra facción, representada por el secretario de Estado, desea no pasar a extremos en contra del Sur, sino poner en primer plano la causa de la libertad y la gloria de América. Esa división, al extenderse por la administración y confundir a un presidente inepto para una situación tan ardua, ha paralizado al gobierno y desviado el sentir público de la causa general mediante la excitación de nuevas pasiones. Esto está claramente descrito en el discurso pronunciado por el señor Sumner en Nueva York, en el que dijo:

Ustedes tienen la conciencia de una buena causa, que es de suyo un arma. Sin embargo, hasta el momento, e igualmente en

los próximos días, la ventaja no ha estado de nuestro lado. La explicación es fácil. Los rebeldes están combatiendo en casa, en su propio suelo, fortalecidos y enloquecidos por la esclavitud, que es para ellos un aliado y un fanatismo. Más enteramente agitados que nosotros —mucho más decididos, con cada tendón estirado al máximo—, los rebeldes utilizan sin límite todos los recursos que Dios y la naturaleza han puesto en sus manos, levantando en nuestra contra no solo a toda la población blanca, sino alistando el alarido de guerra de los indios, navegando por el mar en barcos piratas para saquear nuestro comercio y, de un solo golpe, confiscando nuestra propiedad hasta la suma de cientos de millones de dólares, mientras que todo este tiempo sus 4 000 000 de esclavos, sin molestias en casa, sin ninguna traba, están contribuyendo con su trabajo a sostener la guerra, que sin ellos tiene que expirar pronto. A nosotros nos queda enfrentarnos a la rebelión tranquila y firmemente con una fuerza superior a la suya. Pero para ello se necesitará algo más que hombres y dinero. Nuestros batallones tienen que ser fortalecidos con ideas y tenemos que golpear directamente el origen y motivo principal de la rebelión. No digo ahora de qué modo y hasta qué punto, sino simplemente que debemos golpear. Puede ser mediante el sistema de un general de Massachussetts: Butler; puede ser por el sistema de Fremont, o puede ser por el magnífico sistema de John Quincy Adams. Razón y sentimiento convergen ambos en esta política que está simplemente conforme con los principios más comunes de la conducta humana. De ningún modo podemos hacer tanto a tan bajo coste. Para el enemigo un golpe así se convertirá en terror, para los buenos hombres en estímulo y para las naciones extranjeras que observan esta contienda en una prenda de algo más que un carnaval bélico. Ha habido el grito «Por Richmond» y aún otro peor, «Por Inglaterra». Mejor que cualquiera de los dos es el grito «Por la libertad». Que este grito se oiga por boca de sus soldados, sí, que resuene en los propósitos del gobierno, y la victoria tiene que ser nuestra. A esta señal venceremos. No es con poca

dicha como ahora anuncio que el gobierno ha adoptado por fin este grito. Lo encontrarán en las instrucciones del secretario de Guerra, fechadas por el Departamento de Guerra el 14 de octubre de 1861, y dirigidas al general al mando de las fuerzas que acaban de efectuar un desembarco exitoso en Carolina del Sur. Aquí están las palabras importantes: «Sin embargo, sacad en general provecho de los servicios de cualquier persona, ya sean fugitivos del trabajo o no, que puedan ponerse a disposición del gobierno nacional; emplearéis a dichas personas en los servicios para los que sean más idóneos, como empleados ordinarios o, si circunstancias especiales parecen requerirlo, en cualquier otra función, en una determinada organización, en pelotones, compañías, o de cualquier otro modo que consideréis más beneficioso para el servicio. Esto, sin embargo, no significa armarlos de forma generalizada para el servicio militar. Aseguraréis a todos los amos leales que el Congreso les proporcionará una compensación justa por la pérdida de los servicios de las personas así empleadas». Estas palabras no tienen la forma positiva de una proclamación, pero analícenlas y las encontrarán llenas de sentido. En primer lugar, con ello se declara la ley marcial, dado que los poderes confiados a la discreción del general se derivan de esa ley y no del último Decreto de Confiscación del Congreso. En segundo lugar, no se entregará a los esclavos fugitivos. En tercer lugar, serán tratados como libres todos los que entren en el campamento. En cuarto lugar, podrán ser empleados en los servicios para los que sean idóneos. En quinto lugar, podrán ser empleados en pelotones, compañías, o de otra forma, con la única limitación de que esto signifique «armarlos de forma generalizada para el servicio militar». En sexto lugar, por medio del Congreso se han prometido compensaciones a los amos leales, sin decir nada de los amos rebeldes. Todo esto es poco menos que una proclama de emancipación... Como tal, no yerro cuando llamo a esto el acontecimiento más importante de la guerra, el más importante porque se entiende que tiene la sanción del presidente, así como del secretario de Guerra y, por

tanto, señala la política de la administración. Es justo que esa política se aplique primero a Carolina del Sur. Como esta gran rebelión comenzó allí, también debe hacerlo el gran remedio.

El mejor comentario a este discurso lo ofrece el consejo dado a la Unión por el más ardiente de sus partidarios ingleses:

Consideramos... que, si el gobierno federal se propone con honestidad y decisión mantener la integridad de la Unión, lo quiera o no está obligado en última instancia, aunque sea lentamente, a proclamar una cruzada en contra de la esclavitud, llamando a sus estandartes a los negros de todos los Estados invadidos y recompensando su alianza con una libertad inmediata e irrevocable... El inmovilismo y fracaso de las fuerzas federales en prácticamente todo ha mostrado algo más que falta de preparación. Ha mostrado también la parálisis de consejos divididos y propósitos inciertos. Ha mostrado que los comandantes han tenido miedo a moverse porque les estaba prohibido emplear sus tropas auxiliares adecuadas y más eficientes.

El general Fremont representaba esta política en el campo de batalla y el secretario de Guerra en el gabinete. El primero, como candidato de los abolicionistas en 1856, había dado el impulso principal al movimiento secesionista y, cuando obtuvo el mando del ejército de Misisipi, emitió por su propia autoridad una proclama abolicionista que el presidente desautorizó. Se tomó la decisión de deshacerse de este general incómodo, cuya posición en el oeste, junto a su popularidad en el país, hacía su continuidad en el mando peligrosa para el gobierno, que no estaba dispuesto a dar el paso irremediable de emancipar a los negros. Varios cargos de insubordinación e ineptitud militar vinieron en ayuda del presidente en este plan. El secretario de Guerra visitó el ejército oriental y el general adjunto elaboró un informe sobre la conducta de Fremont, que fue hecho público

para justificar su destitución y entregado a Fremont el 2 de noviembre, en un momento en que sus puestos de avanzada entablaban combate. La agitación entre los oficiales era muy grande y se manifestó una disposición a apoyar a Fremont en contra del gobierno federal. El general puso fin a su propuesta, pero parece haber actuado de forma que no aplacara la irritación ni sacrificara parte del apego a su persona, que, en caso de una crisis entre visiones opuestas del partido republicano, podría serle útil. Se ha retirado a Nueva York, donde se ha rodeado de sus amigos, pero desaprobaría cualquier declaración por el momento.

Sin embargo, no había nada para limitar el celo de sus partidarios en el Oeste. En St. Louis, se acordó un homenaje y se emitió una circular que declara que «el noble defensor de una nación libre momentáneamente ha sido víctima de las intrigas egoístas de una camarilla corrupta. Un gobierno débil ha arrebatado al heroico pionero su espada, hasta el momento intachable... En sustitución de la espada arrebatada hay que poner en su mano otra espada para que la empuñe por la destrucción de la falsedad y de la intriga y la reorganización de un país grande y libre». No parece haber nombres responsables vinculados a esta actuación, pero en una gran reunión de alemanes en Cincinnati, celebrada veinticuatro días después de la retirada de Fremont, el señor reverendo Conway usó este lenguaje contundente:

He sentido la poderosa mano de la esclavitud lo suficiente como para saber que este gobierno no es lo suficientemente fuerte como para preservar la Unión y al mismo tiempo la esclavitud africana y, mientras esta administración se está ahora forzando contra su naturaleza en su labor imposible e indeseable, el pueblo estará en este conflicto como Isacar antaño, un burro robusto que se dobla bajo el peso de dos fardos: entre una

administración imbécil por un lado y una rebelión gigantesca por el otro... Ahora que Fremont ha desplegado el estandarte de la libertad por encima de las partes contendientes —un estandarte más excelso que las Barras y Estrellas o las estrellas y barras—, ¡cuán miserables y despreciables parecen los estandartes izados por los generales pigmeos recién salidos del ala de la administración!... ¿Qué piensan ustedes de Dix, en el área de Wise, proclamando que su ejército tiene órdenes estrictas de preservar la esclavitud, incluso hasta el punto de llegar a la traición de negarse a recibir en sus filas, ya pertenezcan a traidores o a «cualquier otro hombre», a esos productores de maíz y constructores negros? Si hay algún hombre que no sabe que se trata de una mentira mezquina y maligna el decir que los esclavos fugitivos han sido espías en nuestra contra, hay que ponerlo tan pronto como sea posible en un asilo para idiotas en el South Bottom... Esa es pues, americanos, la política secreta, rastrera e infame que reemplaza la electrizante consigna entonada por Fremont en aras de esta gran nación.

El señor Conway procedió entonces a mostrar que «una conquista militar sobre el Sur, que preservara la esclavitud, sería una subyugación del Norte tanto como del Sur». A continuación declaró que «la nación debe abandonar el progreso pacífico de su destino, para ocupar y controlar los Estados rebeldes, convirtiéndose en un gobierno militar, no haciendo nada más que vigilar al monstruo, cuya alma es la esclavitud, y asegurarse de que no asoma de nuevo su horrible cabeza y se enrosca de nuevo en torno a los Estados nortños».

El general Halleck, sucesor de Fremont, emitió la orden —lo que es un triunfo para el Sur— de que no se admitan esclavos en el campamento, porque se descubrió que llevaban información valiosa a sus amos.

Se cree —y el discurso de Sumner confirma la creencia— que el secretario de Guerra tiene el apoyo de dos ministros en

el gabinete, mientras que tres están del lado del señor Seward. En todos los gobiernos absolutos los diversos ministros están nombrados por el jefe del Estado, no tienen ningún otro vínculo de unión ni ninguna otra condición de continuidad en el cargo. En un gobierno constitucional los ministros son necesariamente los dirigentes del partido que tiene la mayoría. Como son encumbrados al poder por su importancia parlamentaria, y no por su habilidad o experiencia administrativas, los ministros permanecen y caen juntos y son juntamente responsables de sus diversos actos. El principio de responsabilidad ministerial hace que sea necesario, así como lo hace la naturaleza de lo que Macaulay definió como el gobierno por la palabra. Un primer ministro solo puede cargar con el peso de los actos de los hombres que son de su confianza. Pero en los gobiernos absolutos el soberano no está protegido por la barrera de la responsabilidad ministerial. Él mismo asume las consecuencias de las faltas de sus servidores. En las monarquías, el soberano pierde el apoyo de la opinión pública, mientras que en América el presidente es él mismo susceptible de impugnación. Washington, París y San Petersburgo coinciden al respecto. En Berlín el sistema no es muy diferente y en Viena una ley para la responsabilidad de los ministros ha sido impracticable en la medida en que el ministerio no formaba un consejo con su propio presidente. El recurso de hacer que un archiduque haga las veces de presidente es solo un artificio para prolongar la transición. Exactamente por la misma razón, el partido liberal en Inglaterra recluta sus ministros de manera natural de las personalidades parlamentarias, y en 1812 los *whigs* rehusaron unirse en coalición con lord Wellesley y el señor Canning, a pesar de las ofertas más ventajosas, porque la propuesta consistía en que un partido debía nombrar una parte de la administración, el otro partido la otra parte, sin ninguna consulta previa y, en consecuencia, de un modo in-

compatible con el principio de que el jefe del Parlamento debe ser jefe en el gabinete. Por otro parte, el partido Tory, menos sensible a la estricta letra de la teoría del autogobierno, ha superado a sus adversarios en la administración, nombrando para los altos cargos a hombres de negocios en lugar de hombres de habilidad parlamentaria. En otros gobiernos esa diferencia produce contrastes aún mayores. En lugar de un ministerio compuesto de materiales homogéneos, cuyos miembros principales llegaron al cargo inevitablemente bajo la victoria de su partido, el jefe del Estado no sujeto a esa ley tiende de forma natural a seleccionar a sus ministros de la mayor diversidad de opinión. De este modo satisface las diferentes tendencias del partido a las que debe su encumbramiento, o las que vivamente desea conciliar, y al mismo tiempo preserva su propia independencia y escapa a la influencia predominante del hombre de gran genio, contrapesando un partido con otro y presidiendo consejos divididos. Así, la administración de Washington, la administración más capaz que ha conocido jamás América, incluía a Hamilton y a Jefferson, estadistas más enteramente opuestos entre sí en sus sentimientos políticos que otros dos hombres cualesquiera en la vida pública en Inglaterra, y en el diario de sus peleas, que (por una indiscreción a la que debemos las revelaciones más interesantes y sugestivas) ha sido publicado de las notas de Jefferson, es fácil ver que el presidente se alegraba de su odio recíproco, por ser, junto a su habilidad, el más seguro apoyo a su autoridad en declive. En el presente caso, parece que es la diferencia entre el señor Seward y el señor Cameron lo que da al señor Lincoln su importancia, y no es de sorprender que no le haya acarreado la acusación de debilidad su reticencia a ponerse enteramente del lado de ninguno de los dos.

Simultáneamente con la destitución de Fremont, M'Clellan sucedió a Scott como comandante en jefe. M'Clellan

anunció, en una carta a los ciudadanos de Filadelfia, que la guerra no podía ser larga, pero sí desesperada. En el mismo esfuerzo esperanzador, el señor Cameron habló en Nueva York y el general Thomas declaró: «Ahora poseemos un ejército —lo he inspeccionado de arriba abajo con ojo militar— como no se había formado nunca desde la fundación del mundo. Ese ejército se hará irresistible y, cuando nos pongamos en marcha, cosa que haremos, se derramará sobre todo el territorio sureño como el mar».

En el momento en el que se decidió la destitución de Fremont, la política del señor Seward de generar una distracción del conflicto —en el que el éxito parecía imposible y habría sido una gran vergüenza— estaba ya en ascenso. Aprovechando el estado de distracción de América, los poderes europeos se habían decidido por una intervención en México, donde sus súbditos habían sido maltratados y la anarquía había alcanzado su cenit por la victoria del partido liberal, que tenía el apoyo de los Estados Unidos. Se firmó una convención el 31 de octubre entre Francia, España e Inglaterra por la que se comprometían a no perseguir la adquisición de territorio, sino solo a restaurar el orden y obtener reparación. En esas circunstancias, la invitación del gobierno en Washington a participar en la expedición se debió vivir como un insulto. La hostilidad hacia Inglaterra iba creciendo durante todo el verano sin ninguna buena razón. En la opinión pública inglesa prevalece la idea de que el Sur tiene justificación para la secesión y el Norte está despilfarrando hombres y dinero intentándola reprimir. Incluso eso se interpretaba erróneamente. «Si —dice un respetable periódico americano— la opinión pública inglesa ha decidido que nuestra nacionalidad en lo sucesivo tiene que estar dividida, eso parece implicar que deberíamos dividirnos conforme a los términos dictados por los secesionistas.»

De gran importancia fue el fantasma de una reacción conservadora en Inglaterra. El fracaso de la democracia inglesa suscitó expectativas muy sangrientas entre los *tories*, que lord Stanley rechazó en un discurso —con mucho la mayor exhibición presenciada de su talento—, pero que la gran autoridad de sir Edward Bulwer Lytton extendió con extraordinaria imprudencia. El error de su punto de vista era suponer que la separación del Sur disminuiría el poder agresivo del Norte y que el fracaso de la primera de las democracias serviría a los intereses del torysmo. La última esperanza ya se ha desvanecido. Se requería por encima de todo el debilitamiento del radicalismo en el país para dar al partido liberal una base amplia y firme. Su dependencia para obtener los cargos públicos respecto a los admiradores de América y a los sicofantes de Francia era el secreto de su debilidad y de las esperanzas de sus adversarios. Una vez eliminada esa gran debilidad que el señor Disraeli y sus amigos fueron tan hábiles en golpear, la oposición perdió su mejor oportunidad, y la oposición ya ha dado su apoyo patriótico con un espíritu muy diferente al que se vio en la guerra contra Rusia. La agresividad del Norte ya ha refutado la creencia en su debilidad. El señor Horsman dijo acertadamente en su discurso en Stroud:

La separación fortalecerá a los Estados del Norte. Fundarán un nuevo imperio. Los desastres de nuestros días les han abierto los ojos sobre las partes vulnerables de su constitución, formarán un gobierno más fuerte, cuando el derecho ya no sea derecho americano, sino el antiguo derecho inglés, cuando la minoría gobierne y la mayoría obedezca en lugar de que todo hombre gobierne y nadie obedezca.

Mucho podría argumentar el señor Seward a favor de su plan. La guerra fratricida no prometía triunfos y el botín de

Canadá era más atractivo. Desde el comienzo, la anexión de esa gran colonia ha sido una tradición de la política americana, que solo se evitó mediante la medida ilustrada que la política de emancipación política inauguró en nuestras colonias. Mientras que ningún otro Estado podía ser admitido en la Unión sin el consentimiento de la mayoría de los otros Estados, se reservó expresamente un lugar para Canadá. Nunca ha sido tan deseable como ahora, cuando se ha perdido el Sur, ni tan factible, cuando hay un ejército en pie como ningún propósito salvo la preservación de la Unión podría jamás haber reunido. La guerra del Sur proporciona el medio para la conquista y la conquista sería el medio para reparar la pérdida del Sur. Durante los meses de invierno, Canadá es de todo menos inaccesible a Inglaterra y, desde la visita del príncipe Napoleón, se sabía que el Norte encontró grandes simpatías en París y que una guerra entre Inglaterra y América sería la mejor oportunidad posible para la ejecución de los ambiciosos planes del Emperador de los Franceses.

A comienzos de septiembre, dos súbditos ingleses fueron arrestados bajo sospecha de traición, pero poco después fueron puestos en libertad. El señor Seward emitió entonces una circular, solicitando que los gobiernos de los Estados fronterizos prepararan fortificaciones contra cualquier emergencia que pudiera surgir. Los gobernadores no acataron su orden.

El 14 de octubre lord Lyons escribió al señor Seward quejándose del arresto. El despacho, escrito por órdenes de su país y tan inadecuado como inoportuno, contenía el siguiente pasaje:

Según le parece al gobierno de Su Majestad, el secretario de Estado de Estados Unidos ejerce, según los informes de espías e informadores, el poder de privar a los súbditos británicos

de su libertad, de retenerlos en prisión o liberarlos a su propia voluntad y placer.

El gobierno de Su Majestad no puede por menos que tener a este gobierno despótico y arbitrario por incompatible con la Constitución de los Estados Unidos, por opuesto a los tratados de amistad existentes entre las dos naciones y por tendente a impedir que los súbditos británicos recurran a los Estados Unidos por motivos de comercio e industria.

El gobierno de Su Majestad, en consecuencia, se ha sentido obligado a darme instrucciones de protestar en contra de estos procedimientos irregulares y a decir que, en su opinión, la autoridad del Congreso es necesaria para justificar el arresto arbitrario y el encarcelamiento de súbditos británicos.

En el curso de su respuesta el señor Seward dijo:

El gobierno británico ha admitido con franqueza, en la protesta ante mí, que incluso en este país, con un goce tan llamativo durante tanto tiempo por parte de su pueblo de las inmunidades supremas de la libertad, no se puede dirigir la guerra, especialmente la guerra civil, con los procedimientos y recursos lentos estipulados por las leyes municipales, que son adecuados para preservar el orden público en tiempos de paz. La traición opera siempre, de ser posible, por sorpresa, y la prudencia y la humanidad, en consecuencia, requieren igualmente que, de ser factible, se impida la violencia tramada en secreto mediante una cautela inusual y enérgica. Soy plenamente consciente de los inconvenientes que resultan de la práctica de esta cautela, que pone trabas a las comunidades en su vida social y tal vez afecte al comercio y al intercambio con las naciones extranjeras. Pero el pueblo americano, después de haber intentado de todos los modos posibles evitar la guerra civil, la ha aceptado finalmente como férrea necesidad. El interés principal, mientras dure la guerra, no es el goce de la sociedad o las ganancias del comercio, sino salvar la vida nacional. Salvada la vida nacio-

nal, todas las demás bendiciones que le acompañan retornarán rápidamente con mayor garantía de continuidad que nunca. La seguridad de todo el pueblo se ha convertido, en la actual situación de emergencia, en ley suprema y, mientras el peligro exista, todas las clases de la sociedad por igual —los residentes y los ciudadanos— aprueban con buen ánimo las medidas que la ley prescribe.

Esta incontestable victoria diplomática reforzó el poder del gobierno americano y aumentó su determinación. En Inglaterra, los efectos del bloqueo empezaron a ser una amenaza, la comunidad comercial se estaba impacientando, la ira de los americanos provocó una indignación natural y había un sentir general de que había llegado el momento de compensar las viejas humillaciones y recuperar la actitud de dignidad y aplomo que se ha esperado largo tiempo en todas nuestras relaciones con los americanos. El estado del sentir general era tal que el primer paso en falso por su parte iba a crear una agitación entre las clases comerciales, apoyada por todos los sentimientos aristocráticos y patrióticos del país, que ningún gobierno podría controlar. El orgullo nacional, herido tantas veces por la sumisión a América, estaba listo para indignarse por cualquier insulto que, recibido intencionadamente o con su aprobación, mostrara el odio o la desconfianza del Norte, aunque no hubiera ninguna vulneración del derecho internacional e Inglaterra hubiera estado tan ansiosa de vengar su honor como de defender sus derechos.

El 27 de noviembre, el vapor de las Indias Occidentales *La plata* trajo la noticia de que los americanos habían dado la oportunidad de hacer uno o lo otro. Los oficiales de la fragata estadounidense *San Jacinto* encontraron en la Habana a dos enviados sureños, que les informaron de que estaban esperando para tomar su pasaje en el vapor del correo real *Trent* con des-

tino a St. Thomas. El 8 de noviembre el *Trent* fue interceptado por el *San Francisco* en el Canal de las Bahamas y los señores Mason y Slidell, los dos enviados, fueron llevados por la fuerza a bordo del buque americano y encarcelados en Boston. Sus despachos habían sido escondidos y se buscaron en vano.

El telegrama que anunciaba el arresto causó, como podía esperarse, que la indignación de Liverpool estallara; el mismo día se celebró una reunión que aprobó una resolución según la cual era el deber del gobierno reivindicar la dignidad de la bandera británica y exigir una reparación. Se pretextó, por otra parte, que no había prueba alguna de que se hubiera cometido un acto ilegal, pero el sentimiento de agravio permitía, por el momento, omitir la consideración de la ley. En un examen más detallado de los hechos, se halló que nada justificaba el arresto de los comisionados sin llevar el buque a puerto para el juicio y que, si se hubiera llevado el buque a puerto, no se podría haber justificado el arresto. Un diario extranjero, dirigido por uno de los juristas vivos más eminentes, expone el caso en términos que hacen innecesario citar las opiniones de nuestras personalidades públicas y de nuestras máximas autoridades en materia de derecho que se han pronunciado sobre el tema:

No se puede cuestionar el derecho de los buques de guerra americanos a registrar el *Trent*, ni habría constituido una vulneración del derecho internacional que se hubieran incautado armas o despachos relacionados con el enemigo. La misma observación es válida para el arresto de oficiales o soldados al servicio de los Estados confederados. Pero no existe ni una sola cláusula en todo el código de derecho internacional que haga extensible el ejercicio del mismo privilegio a las personas de los negociadores políticos. Y con razón. Si el criterio del contrabando tiene que buscarse en el carácter injurioso del bien en cuestión, los negociadores de una parte, se admitirá fácilmente, no pueden

ser considerados necesariamente perjudiciales. Pueden serlo, pero no siéndolo a primera vista, nunca han sido incluidos en la lista de personas objetables. Es posible que su objetivo no esté relacionado con la guerra o, si lo estuviera, que esté directamente dirigido a la mediación de otra potencia a favor de la paz. De ahí que siempre se ha considerado derecho legítimo de las naciones neutrales el recibir tales embajadores y, solo después de que haya quedado completamente establecido el carácter hostil del Estado al que han sido enviados, tendrá que darse por terminada la protección debida a tales enviados. Suponiendo, por ejemplo, que se hubiera llevado al *Trent* a un puerto americano, ningún tribunal americano habría estado autorizado a condenar el buque mientras Inglaterra mantuviese su neutralidad. Tal como están las cosas, la violación del derecho y la justicia parece ser tan flagrante como para instar al gobierno inglés a exigir la más completa reparación. Por otra parte, no creemos que, según la equidad común, el gobierno americano pueda rehusar cumplir con la demanda. Probablemente, el gobierno ceda a la demanda, pero solo para declarar que el capitán del *San Jacinto* actuó sin instrucciones y que los prisioneros serán puestos en libertad y recibirán una compensación adecuada por la interrupción de su viaje. Aun así, aunque se pueda evitar una ruptura por el momento, el malestar que ha existido largo tiempo entre Inglaterra y América recibirá nuevas energías de este suceso y quizá lleve a consecuencias lamentables en el futuro.

El señor Bright, en su declaración en Rochdale el 4 de diciembre, condenó el arresto por ser tanto descortés como negativo y no defendió su legalidad, y la defensa que establecieron los escritores americanos ha fracasado tan enteramente que los amigos del señor Seward han declarado que el acto se realizó sin orden alguna y que no se habría aprobado. Se ha mostrado que durante el periodo de nuestra mayor superioridad y presunción marítimas, cuando nuestras reivindicaciones y nuestra

violencia nos involucraban repetidamente en la guerra, no cometimos un ultraje como el que hemos sufrido ahora.

En el acto nuestro gobierno exigió al gobierno en Washington la entrega de los señores Mason y Slidell, emitió proclamas prohibiendo la exportación de pólvora, armas y material de guerra, envió 12 000 hombres a Canadá y procedió a equipar la flota, con el apoyo de la enorme disposición por parte de los marineros de la reserva.

En América, el acto del capitán Wilkes, el comandante del *San Jacinto*, fue recibido con un gran aplauso. Se creía que al mostrar tanto espíritu no había transgredido la ley y se esperaba que Inglaterra no tuviera la disposición de ir a la guerra por una causa muy dudosa. El mismo capitán aseveró también que había consultado a las autoridades y que había observado el espíritu del derecho internacional, y se atribuyó el mérito de haberse abstenido generosamente de incautar el buque en el que navegaban los comisionados. Pero cuando se aventuraba con esta declaración jurídica en una cena pública, fue criticado duramente por un juez de Boston. «Hay ocasiones —dijo el juez Bigelow— en las que un hombre no desea examinar libros de jurisprudencia para realizar una consulta ni consultar a jueces sobre su deber. Su corazón, su instinto le dicen lo que debe hacer.» Siguió diciendo que se había formado una opinión sobre los fundamentos de derecho del caso, pero que no podían afectar al mérito del oficial ni privarle de la aprobación de su país. Siendo ese el sentir general en América, el gobierno no podía rehusar la responsabilidad de la actuación sin gran peligro. Cuando el Congreso se reunió, aprobaron un agradecimiento al capitán Wilkes y el secretario de Marina hizo el siguiente informe:

La actuación rápida y decisiva del capitán Wilkes en esta ocasión mereció y recibió la aprobación tajante del Departamento y, si el capitán mostró una tolerancia demasiado generosa al no incautar el buque que tenía a bordo a estos enemigos rebeldes, se le puede excusar, en vista de las especiales circunstancias y de su motivación patriótica, pero de ninguna manera se debe permitir que constituya un precedente en lo sucesivo para el tratamiento de cualquier caso de infracción similar de las obligaciones de neutralidad por parte de cualquier buque extranjero dedicado al comercio o al transporte.

El señor Jefferson Davis se dirigió al Congreso sureño el 18 de noviembre. El siguiente pasaje da una idea de su tono y posicionamiento:

Rendimientos abundantes han compensado el trabajo del agricultor, mientras que la industria manufacturera de los Estados confederados nunca ha sido tan próspera como ahora. Las necesidades de los tiempos han generado nuevas ramas de manufacturas y han dado un nuevo impulso a la actividad de las que ya estaban en marcha. Los medios de los Estados confederados para producir las cosas necesarias y las comodidades de la vida en su territorio aumentan a medida que el conflicto continúa y nos hacemos gradualmente independientes del resto del mundo para la provisión de aquellos pertrechos militares y municiones que son indispensables para la guerra. Después de siete meses de guerra, el enemigo no solo ha fracasado en ampliar su ocupación de nuestro suelo, sino que nuevos Estados y territorios se han adherido a nuestra Confederación, mientras que, en lugar de su amenaza de avanzar en una conquista arrolladora, se han visto obligados, en más de una ocasión, a asumir la posición defensiva y, en una comparación ecuánime entre las potencias beligerantes en lo que respecta a hombres, medios militares y situación financiera, los Estados confederados son

comparativamente más fuertes ahora que cuando comenzó la contienda.

Desde su suspensión, el pueblo de Misuri ha batallado haciendo frente a dificultades sin apenas parangón, con un espíritu y un éxito tan loables como ellos mismos y la gran causa por la que están luchando. Desde entonces Kentucky también se ha convertido en el escenario de las enérgicas hostilidades. Las fuerzas federales no solo han rehusado reconocer el derecho del Estado de Kentucky a ser neutral y le han instado a convertirse en parte de la contienda bélica, sino que también lo han invadido con el propósito de atacar a los Estados confederados... Mientras continúen las hostilidades, los Estados confederados mostrarán su capacidad en constante crecimiento de suministrar a sus tropas alimentos, ropa y armas. En caso de que se vieran forzados a privarse de muchos lujos y de algunas comodidades de la vida, al menos tendrán el consuelo de saber que de este modo se están haciendo cada vez más independientes del resto del mundo. Y en caso de que, en este proceso, el trabajo en los Estados confederados se desviara de los principales cultivos del Sur, que ha dado vida a gran parte del comercio de la humanidad, a otros canales para convertirlos en productores rivales en lugar de consumidores rentables, no serán los únicos ni siquiera los grandes perdedores por este cambio en su dirección de la industria.

Aunque es verdad que únicamente se podría detener por completo la oferta de algodón de los Estados sureños mediante la subversión de nuestro sistema social, es evidente, sin embargo, que una prolongada continuación de este bloqueo mediante una transferencia de trabajo y de inversión de capital a otros empleos podría disminuir tanto la oferta como para llevar a la ruina todos los intereses de los países extranjeros que dependen de ese cultivo.

Mientras que la captura y el encarcelamiento de los comisionados inspiran al presidente sureño una mayor confianza, el

mensaje del señor Lincoln, fechado el 3 de diciembre, no los menciona. El siguiente pasaje está dirigido contra Inglaterra:

Una nación que sufre divisiones facciosas internas está expuesta a la insolencia procedente del exterior y uno de los bandos, si no ambos, acabará invocando con seguridad, tarde o temprano, la intervención extranjera. Las naciones tentadas así a interferir no son siempre capaces de resistirse al consejo de la aparente conveniencia y de la mezquina ambición, aunque las medidas adoptadas bajo tales influencias rara vez dejan de ser desafortunadas y perjudiciales para quienes las adoptan... No obstante, dado que es evidente que aquí, como en cualquier otro Estado, peligros exteriores acompañan a dificultades internas, recomiendo que se adopten medidas amplias y adecuadas para mantener las defensas públicas en ambos bandos y, en virtud de esta recomendación general, automáticamente viene a la mente la idea de tomar medidas para defender nuestra línea de costa. A este mismo respecto, también solicito al Congreso que preste atención a nuestros grandes lagos y ríos. Se cree que algunas fortificaciones y arsenales de armas y municiones, junto con mejoras en los puertos y en la navegación en puntos bien escogidos de los lagos y los ríos, serían de gran importancia para la defensa y protección nacional.

La siguiente propuesta, si bien muestra cuán grande es el cambio acaecido en un país donde la frecuente modificación de las leyes era un principio fundamental, es también característica de una democracia en sus rasgos despóticos: «Algunas personas cuya opinión respeto me han informado de que todos los decretos del Congreso actualmente en vigor, y de naturaleza general y permanente, podrían ser revisados y reescritos para reunirlos en un solo volumen o, al menos, dos volúmenes de tamaño común y apropiado, y respetuosamente recomiendo al Congreso tomar en consideración el asunto y, si mi sugerencia

es aprobada, idear un plan, como a su sabio entendimiento le parezca más apropiado, para el logro del fin propuesto». Cuando procede a decir «tenemos algunas informaciones generales de movimientos populares a favor de la Unión en Carolina del Norte y Tennessee», es obvio que no tiene verdadera confianza en ellos. La cuestión en juego es descrita como sigue de un modo convincente y fiel:

La insurrección continúa siendo una guerra predominante, si no exclusivamente, sobre el primer principio del gobierno popular: los derechos del pueblo. Se encuentran pruebas concluyentes de esto en los documentos públicos más importantes y elaborados, así como en el tono general de los insurgentes. En esos documentos encontramos la restricción del existente derecho al sufragio y la negación al pueblo de todo derecho a participar en la selección de los funcionarios públicos, salvo del cuerpo legislativo, defendidas con argumentos elaborados para probar que un amplio control del gobierno sobre el pueblo es la fuente de todo mal político. A veces se alude a la monarquía como posible refugio del poder del pueblo. En mi actual posición difícilmente tendría justificación si omitiera elevar una voz de alerta de que se aproxima el retorno del despotismo.

Al mismo tiempo, el secretario de Guerra estima la fuerza militar en 660 000 hombres, el secretario de Marina declara que hay 264 navíos, armados con 2557 armas y tripulados por 22 000 hombres, mientras que el secretario del Tesoro estima los gastos del periodo anual que concluye en julio de 1862 en 109 000 000 libras esterlinas, 26 000 000 libras esterlinas recaudadas mediante impuestos y 43 000 000 libras esterlinas pendientes de empréstito.

Desde que surgió esta discordia, la prensa francesa ha sido claramente favorable a las reivindicaciones de Inglaterra,

mientras que América ha recibido el apoyo del príncipe Napoleón. Una guerra entre los dos países precisamente cuando el éxito del partido democrático paraliza al gobierno prusiano, cuando Hungría es controlada por la fuerza e Italia está lista para atacar Venecia, es el único requisito para abrir el camino a la conquista del Rin. El año se cierra con perspectivas sombrías para todos los países, mientras que, en nuestro país, la muerte del príncipe consorte en estos momentos tan difíciles se alía con la amenaza de desastres para fortalecer la adhesión de la nación a la reina.

Julio, 1862

Los Estados de Norteamérica

Los pertrechos que el gobierno de Washington ha tenido tiempo de preparar durante el otoño e invierno, y los numerosos triunfos logrados gracias a ellos desde la activa renovación de la guerra hace cinco meses, no han conseguido desalentar el espíritu del Sur ni dividir sus simpatías, tampoco que la contienda esté más próxima a su fin. El comportamiento del pueblo sureño en sus momentos de adversidad, cuando las esperanzas de una intervención inglesa se han desvanecido y el enemigo ha tomado su ciudad principal, muestra, más que su valor en el campo de batalla, que no es posible restaurar la Unión por la fuerza de las armas. Se han de aliar numerosos motivos para constituir una unanimidad tan poderosa. Incluso la mejor causa solo obtiene poder consiguiendo, con los sacrificios necesarios, el apoyo de quienes no creen en ella y de quienes no la entienden. Para nosotros es más importante reconocer la vitalidad

que investigar la naturaleza de las causas que dan al patriotismo de los Estados esclavistas tanto vigor y resistencia. Nuestro juicio puede estar condicionado por consideraciones relacionadas con la cuestión en disputa, aunque no las defiendan conscientemente ninguna de las partes contendientes, y nuestra visión de la cuestión general puede ser independiente de la opinión que nos formemos de las medidas particulares o de los hombres. La causa sureña está ligada a una legislación infame e inmoral para la mayor seguridad del dueño de esclavos y los defensores de la Unión están movidos por el empeño justo y honorable de mantener la integridad, el poder y la reputación de su país. Pero la teoría del Norte atribuye una autoridad arbitraria al gobierno en tanto que representante de la voluntad popular y convierte la Constitución en una violación permanente de los principios del derecho y en un sistema organizado de revolución. Si Calhoun hubiera logrado sustituir esa tiranía democrática por un orden político y constitucional, se podría haber preservado la libertad y grandeza de los Estados Unidos. Pero ha prevalecido la interpretación absolutista, la Constitución se ha hecho incompatible con la libertad y el autogobierno se ha vuelto inalcanzable si no es a través de la independencia. La esclavitud en los Estados sureños se opone menos a los principios de moralidad política que las ideas norteamericanas de libertad. Además, su preservación no es completamente opcional; el Norte ha rechazado deliberadamente la institución de la libertad. La sujeción de un hombre a otro no es incompatible con la naturaleza de la sociedad, se trata de una condición de vida transitoria, pero legítima, y debería ser regulada por el Estado, que gobierna por igual sobre el amo y el esclavo y protege a uno de la opresión y al otro de la venganza. El sometimiento absoluto del individuo al Estado está en contra de las leyes de la moralidad política y de la noción de política. No queda lugar para un tercer poder

que proteja el derecho contra la fuerza ni para hacer valer los requerimientos del deber contra las tentaciones del interés y de la pasión. Una comunidad que incluye la esclavitud puede desarrollar la libertad política más completamente que otra que tolera una soberanía absoluta. Por tanto, el único elemento determinante en la guerra americana que, por comparación, convierte a los demás en insignificantes, es la defensa de los derechos de autogobierno en contra de la teoría de que hay un poder supremo, irresistible y libre de responsabilidad legal. La fidelidad a nuestras instituciones debería decidir el bando por el que los ingleses toman partido en semejante controversia.

El gobierno confederado ha esperado en vano obtener el reconocimiento de Inglaterra a través de la escasez de algodón, el agravio del *Trent* y la alarma por Canadá. Con una paciencia que es uno de los portentos de la época hemos soportado los insultos y amenazas de los norteamericanos, y las privaciones que nuestra población industrial sufre para que un incalculable aumento de poder se acumule en quienes por posicionamiento, por mal genio y por su gradual apostasía del espíritu de nuestras instituciones (que apreciaban los primeros estadistas de la República) se han convertido en nuestros antagonistas irreconciliables. Sufrimos en silencio mientras una potencia que, debido a las tradiciones de su historia, es más hostil a nosotros que ninguna otra potencia, que está acostumbrada a ofendernos y ansiosa de atacar nuestras colonias, cuya influencia se ha manifestado al mundo en la medida en que su influencia se ha desviado de la dignidad y de la influencia de Inglaterra, subyuga y destruye a un pueblo cuyas simpatías políticas están del lado de Inglaterra, cuyos intereses comerciales son inseparables de los nuestros y que mira hacia nosotros como a los árbitros de su destino. Por el coste de su independencia y los sentimientos que albergará en lo sucesivo hacia Inglaterra, esa potencia

estará marcada por el rumbo que Inglaterra ha tomado en sus momentos de extrema necesidad. Inglaterra podría haber salvado a los norteamericanos de la urgente necesidad de sacrificar el bienestar social, la prosperidad nacional y la felicidad en el interior del país en aras de su liberación política hasta que el precio de su libertad excediera su valor y los norteamericanos aprendieran a considerar la fría timidez que hemos visto en sus empeños la causa de las miserias que padecerán por generaciones. Hay una cosa que nuestra intervención no podría impedir y que no dependerá del resultado de la guerra. Ya sea que el gobierno norteamericano triunfe o fracase, su carácter ha cambiado y su poder ha aumentado permanente y enormemente. Los Estados libres por sí solos serían en lo sucesivo unos vecinos más imponentes de lo que lo han sido nunca los Estados Unidos. Independientemente de lo que puedan perder en este conflicto, han conseguido cosas que, mucho más que el simple tamaño del territorio y de la población, constituyen la fortaleza de los Estados: la concentración del poder gubernamental y su emancipación. Un ejército poderoso, una flota que absorbe prácticamente toda la marina mercante, grandes arsenales militares, una ley marcial, una deuda nacional, elevada fiscalidad, altas cuotas —todo lo que todos los estadistas constitucionales tenían por objetivo impedir— se han establecido sin resistencia y transformado el gobierno. Será imposible en tiempos de paz abandonar el poder dictatorial que la guerra ha conferido al presidente. La iniciativa en la administración, la función de protector y pagador universal, los recursos de coerción, intimidación y corrupción, la costumbre de dar preferencia al interés público del momento sobre la ley establecida, el deber de establecer disposiciones para el retorno de una nación entera de soldados adiestrados en los escenarios de la guerra civil, un acreedor público, un presupuesto enorme: todo eso le quedará

al futuro Gobierno de la Unión Federal y le hará aproximarse más a una democracia de tipo imperial que a otra de tipo republicano. Surgirán nuevas aspiraciones por medio de satisfacerlas, ya que las naciones rara vez se contentan con la gloria que se alcanza en la guerra civil. Ese es un peligro que no podemos impedir, pero en contra del cual debemos encontrar una garantía en otro gran poder de modo natural o aliarnos en su contra.

Sin embargo, a pesar de todos estos poderosos incentivos para intervenir, a pesar de la presión en nuestro país y de los grandes intereses imperiales en juego, Inglaterra ha mostrado una moderación que debería ser un aviso para los norteamericanos. Pues si no hemos mostrado entusiasmo, inquietud ni celos, la razón de ello se encuentra en nuestra convicción de que la Confederación sureña tiene que conseguir indefectiblemente la independencia. Esta creencia, que ha suscitado tanto la ira de los federales, ha sido el medio que les ha asegurado la neutralidad de Inglaterra. Su neutralidad comenzó con los primeros triunfos de los confederados y ha sido confirmada durante los reveses que han encontrado, ya que la entrega del señor Slidell y del señor Mason, así como el fin de los grandes preparativos, han posibilitado al gobierno de Washington renovar las hostilidades.

El largo retraso en la dirección de la guerra por parte del Norte generó gran descontento, amenazó la popularidad del general M'Clellan y llevó a las sospechas de que fue en parte causada por un comportamiento injusto en la administración militar. Un comité de la Cámara de Representantes, que investigó los contratos gubernamentales, destapó el sistema. El 13 de enero el señor Dawes lo denunció en el Congreso y divulgó los hechos que aumentaron la impaciencia del público:

La Providencia —dijo— acabará antes de seis meses con la guerra o acabará con nosotros. Apoyar al ejército en el campo

de batalla cuesta dos millones cada día. Se han gastado cien millones de dólares desde que entramos en contacto el 22 de diciembre y durante todo este tiempo el ejército ha permanecido inmóvil. Sesenta días más de este estado de cosas provocarán un resultado de un modo u otro y tendremos que someternos a una paz infame, a no ser que nos aseguremos de que se mantenga la riqueza del país y se sostenga también la convicción, transmitida de esta sala al pueblo de este país, de que trataremos como traidores no solo a los que son lo suficientemente audaces y varoniles para enfrentarse a nosotros cara a cara en el campo de lucha, sino a todos lo que clandestina y sigilosamente chupan nuestros recursos vitales en esta lucha poderosa.

Era necesario realizar una concesión al estado de ánimo exhibido en este discurso. El secretario de Guerra, el señor Cameron, dimitió y le sucedió el señor Stanton, cuyo nombramiento fue popular y pronto fue seguido por operaciones ofensivas. El señor Stanton ha tomado precauciones para asegurar la superioridad del ministro sobre los generales y sobre los ciudadanos, lo cual, independientemente de cuál sea su efecto militar, revela el alcance del cambio que ha tenido lugar en la posición del poder central. Dividiendo el ejército en mandos separados, se transfirió el supremo control de los asuntos militares a manos de los civiles en Washington. Todas las repúblicas consideran a los generales triunfantes sus enemigos más peligrosos, especialmente las repúblicas en lucha por su existencia. Atenas se salvó a sí misma mediante el ostracismo o mediante estratagemas como las que adoptó luego Venecia, y Venecia se salvó a sí misma mediante el asesinato, el destierro o el encarcelamiento de los capitanes que estuvieron a su servicio y mediante la ley que excluía a sus ciudadanos del mando en Italia. Esos son los recursos violentos contra la acción de una ley universal que marcó la fortuna de Sila y César, de la casa de Orange, de

Cromwell y Napoleón, y que generó la desconfianza hacia Washington y llevó a la destitución de Fremont. La prohibición de publicar la inteligencia militar no autorizada por el gobierno no es solo un intento de controlar la opinión pública, sino un medio de contener la ambición y distribuir la fama de los diversos comandantes. Con la nueva organización, el general Hunter recibió el mando del Departamento del Sur y el general Halleck el de Misisipi. Fremont dirigía solapadamente el departamento montañoso de Virginia Occidental, mientras que el ejército del Potomac estaba dividido entre M'Clellan a la izquierda, M'Dowell en el centro y Banks en el valle de Shenandoah, entre las montañas Blue Ridge y el distrito en manos de Fremont. Esa fue la distribución final realizada en el mes de marzo. La ejecución del gran plan para la invasión del Sur comenzó a principios de este año.

La primera acción fue en Mill Spring, en Kentucky, donde el 19 de enero los federales lograron una victoria. Le siguió la invasión de Tennessee. Los dos ríos, el Tennessee y el Cumberland, fluyen hacia el norte pasando por el territorio federal y abren paso a los cañoneros hasta el corazón de ese Estado. El primero lo defendía el Fuerte Henry, el segundo el Fuerte Donnelson. Una expedición federal avanzó por el río Tennessee a comienzos de febrero y el Fuerte Henry se rindió a los buques el 6. El 13, una fuerza de 40 000 hombres al mando del general Grant atacó el Fuerte Donnelson. Después de una resistencia de tres días, una parte de los defensores se fugó y los demás, en torno a 12 000 hombres, capitularon el 16. Después de esto, la guerra languideció durante ocho semanas en Kentucky y en Tennessee, y los esfuerzos de los federales se dirigieron a la toma de los fuertes del Misisipi y del Atlántico. El ejército sureño permaneció todo el invierno frente a Washington y antes de atacarlo se intentaba conseguir una posición en su retaguardia.

El 11 y 12 de enero, una gran expedición de 125 buques, con un gran cuerpo de tropas al mando del general Burnside, zarpó de Hampton Roads y no alcanzó su destino cerca de la costa de Carolina del Norte hasta el 6 de febrero. La Isla Roanoke fue tomada el 8, una flota confederada fue destruida y Elizabeth City cayó el 10. Transcurrió un mes sin más acciones, pero el 14 de marzo el general Burnside alcanzó una victoria en Newbern y ocupó Beaufort. La importancia de estas operaciones era tal que los confederados se retiraron de la posición que ocupaban en Manassas y en el bajo Potomac desde el comienzo de la guerra. En el Lejano Oeste, los confederados ya se habían retirado del Misuri y los perseguían los generales Curtis y Sigel hasta el interior de Arkansas. El general confederado Van Dorn entabló batalla el 6 de marzo en Pea Ridge. Al día siguiente se renovó la lucha y fue derrotado con una pérdida de 1400 prisioneros. Los federales informaron de una pérdida de 1350 hombres. En esta batalla, un contingente considerable de indios estuvo al servicio del Sur con poco efecto. El ejército norteamericano estaba compuesto en gran parte por alemanes del noroeste.

En medio de estos reveses, el 22 de febrero, el señor Jefferson Davis se instaló en Richmond como presidente de la Confederación sureña y envió un mensaje al Congreso sureño sobre el estado del país:

Los acontecimientos han mostrado que el gobierno confederado ha aspirado a más de lo que está en su mano conseguir. Por ello, en un esfuerzo de proteger por las armas todo el territorio confederado, tanto el litoral como el interior, nos hemos expuesto, como recientemente ha ocurrido, a encontrarnos con grandes desastres. La Confederación, cuando se formó, carecía de hombres para llevar a cabo una guerra a una escala tan gigantesca. La Confederación ha hecho todo lo que el poder y la pre-

visión humanos podían hacer para compensar esa deficiencia. Se ha vuelto probable que la guerra vaya a prolongarse una serie de años. Los soldados por lo general se reenganchan. Un cuerpo entero de nuevas levás y hombres de reenganche probablemente estarán listos en treinta días. Puede afirmarse que la fuerza actual está compuesta en términos generales por alrededor de 400 regimientos de infantería, con una fuerza proporcional de caballería. En el último mes, el proceso de licenciamiento y reenganche ha debilitado las fuerzas para una defensa eficaz. Ahora hemos puesto fin, en lo substancial, a ese mal.

Una quincena después, el 6 de marzo, el señor Lincoln transmitió un mensaje al Congreso norteamericano con un plan para la abolición de la esclavitud. Recomendó la adopción de una resolución para cooperar con cualquier Estado que comience a abolir gradualmente la esclavitud, avanzando una suma de dinero en concepto de pérdidas privadas y de perjuicio público que el cambio produciría. El objeto de esa propuesta era adherir los Estados fronterizos a la Unión y así privar al Sur de la esperanza de hacerse con ellos:

Privarlos de esa esperanza —dijo el señor Lincoln— pone fin en esencia a esta rebelión y el inicio de la emancipación los priva completamente de esa esperanza con respecto a los Estados que inician la emancipación. No se trata de que todos los Estados que toleran la esclavitud vayan a iniciar muy pronto, si es que sucede, el proceso de emancipación, sino de que, aunque se hace esta oferta por igual a todos los Estados, los Estados más septentrionales, mediante la iniciación de ese proceso, dejen claro a los más meridionales que los primeros en ningún caso se adherirán un día a los últimos en la Confederación propuesta. Digo «iniciación» porque a mi juicio una emancipación gradual, y no una repentina, es mejor para todos. Desde un punto de vista meramente financiero o pecuniario, cualquier miem-

bro del Congreso, con los cuadros censales y los informes de tesorería delante de él, puede ver fácilmente cómo muy pronto los gastos actuales de esta guerra permitirían comprar, a una estimación justa del valor, todos los esclavos en cualquier Estado.

Esa propuesta fue adoptada por una mayoría de 88 a 31 en la Cámara de Representantes y de 32 a 10 en el Senado. Pero los representantes de los Estados fronterizos estaban entre los que se opusieron y el resultado, por consiguiente, fue incrementar la desconfianza en la Unión entre los dueños de esclavos de esos países. Eso se avivó aún más con una medida que vino inmediatamente a continuación con el fin de abolir la esclavitud en el Distrito de Columbia. Ambos decretos, aunque se proclamaba que la guerra no se llevaba a cabo por la abolición, probaban que el gobierno estaba dispuesto a usar la filantropía y el terror de una guerra servil como instrumentos de conquista.

Se había suspendido la actividad bélica por un tiempo cuando tuvo lugar un acontecimiento que prometía cumplir la profecía del señor Davis de «que podemos confiar plenamente en disputar el aclamado control del enemigo sobre nuestras aguas». La fragata con casco de hierro *Merrimac* salió de Norfolk el 9 de marzo y atacó la flota federal en Hampton Roads. De las cuatro fragatas que estaban allí, dos fueron destruidas y una encalló, mientras que el cañonero federal *Monitor* desvió la atención del buque confederado y salvó al resto de la flota. La *Merrimac* se retiró a Norfolk y sus hazañas terminaron, pero el terror que infundía consiguió durante prácticamente dos meses dificultar los movimientos federales en esas aguas. Los confederados escogieron el momento de este gran logro para retirarse de su posición en Manassas. Su presidente, en su mensaje, se había pronunciado a favor de una mayor concentración y las expediciones de los federales en tantos puntos de la costa les obligaron a una posición más céntrica. La capital

estaba amenazada desde el mar y necesitaba estar circundada por una fuerza que la pudiera defender por cualquier parte que pudiera ser atacada. El resultado de ese hábil movimiento fue concentrar al ejército sureño y dividir las fuerzas federales. En Washington se supo el 10 de marzo que la posición en Manassas había sido abandonada y el comandante norteno ordenó un avance general del ejército del Potomac. Encontraron las carreteras prácticamente intransitables, los puentes destruidos, los avituallamientos retirados y nada de provisiones para hombres ni animales. El avance de un ejército tan grande sobre un territorio complicado transportando su propio polvorín habría sido lento, ruinosamente caro y extremadamente peligroso. Se decidió transportar la mayor parte del ejército por agua hasta las cercanías de Richmond, donde los amplios estuarios permitirían a la flota cooperar con el ejército y donde se creía que los confederados no habían preparado defensas. Por ello, el general M'Clellan regresó con el grueso de su ejército a Washington, dejando al general M'Dowell la persecución del enemigo, con una fuerza tan pequeña que necesariamente su avance era extremadamente cauteloso e inefectivo. A su derecha, más allá de las montañas Blue Ridge, el general confederado Jackson atacó al general Banks cerca de Winchester el 23 de marzo. Los federales constituían una fuerza considerable y repelieron al enemigo.

El 5 de abril, el general M'Clellan condujo el ejército principal de la Unión desde la boca del río James hasta Yorktown, donde se vio detenido por una poderosa fortificación que se extendía a lo largo de la península. Al tiempo que pedía refuerzos al general M'Dowell, inició un sitio en toda regla. Durante las cuatro semanas que duró, tuvieron lugar importantes acontecimientos en otros lugares. Tras la caída del Fuerte Donnelson, las fuerzas federales al mando del general Grant habían avanzado por el río Tennessee hasta la frontera del Estado de Misi-

sipi, donde los confederados, al mando del general Johnston y el general Beauregard, ocupaban una importante posición en Corinth y controlaban las vías férreas. Los ejércitos estaban a 25 millas uno del otro. Un segundo ejército de la Unión estaba en marcha en la retaguardia del general Grant. Los confederados lo atacaron en Shiloh el 6 de abril y lo empujaron de su posición hasta el río. A pesar del fuego de los cañoneros federales, lograron mantenerse por sus propias fuerzas hasta el día siguiente, cuando el general Buell apareció en el campo de batalla y se retiraron a Corinth. Las pérdidas de los federales fueron 1735 muertos, 7882 heridos, 4044 prisioneros y 36 cañones. Las pérdidas de los confederados fueron el general Johnston, 1700 muertos, 8000 heridos y 1000 desaparecidos. El resultado estratégico de esa batalla fue que los dos ejércitos continuaran ocupando la misma posición durante diez semanas. Pero muy pronto recibieron refuerzos, el general Halleck tomó el mando de los federales, el general Mitchell amenazó las comunicaciones del general Beauregard en la vía férrea oriental, mientras que las desgracias de los confederados han permitido la concentración de una inmensa fuerza en Corinth.

Cuando el general Beauregard atacó a los comandantes federales, estos esperaban la caída de un fuerte en la isla número diez, cerca de Nueva Madrid, en el río Misisipi, que se encuentra a la altura de la posición de Corinth. El bombardeo se había iniciado el 15 de marzo y duró tres semanas sin resultados. Abriendo un canal de 12 millas de longitud, los federales lograron ganar una posición que dejó la plaza indefendible y la guarnición confederada se rindió el 8 de abril, en torno a 6000 hombres. Tres días después, el Fuerte Pulaski, en la costa atlántica, se rindió y Savannah está bajo amenaza. El paso por el río Misisipi hasta Nueva Orleans estaba todavía plagado de obstáculos idénticos a los que habían sido superados tan inge-

niosamente en la isla número diez, y el acceso a Nueva Orleans desde el mar estaba bloqueado por fuertes construcciones y una flota de buques de hierro. Los federales las atacaron el 13 de abril y se abrieron paso el 25, tras inutilizar la flotilla confederada. Esos fuertes están a sesenta millas al sur de la ciudad, que no podía ser defendida. La evacuó el ejército sureño que marchaba con 25 000 hombres para unirse a Beauregard en Corinth. Los federales, al mando del general Butler, tomaron posesión de Nueva Orleans, se proclamó la ley marcial y se impuso un bloqueo. Fue después de este gran golpe cuando se hizo especialmente perceptible la determinación del pueblo sureño. No se traslucían sentimientos unionistas, ninguna alegría por la apertura del comercio y el fin de tantos suplicios y privaciones. En Nueva Orleans y en todos los puntos del río Misisipi a los que los federales podían llegar, el algodón estaba destrozado. En esas circunstancias, el embajador francés en Washington, el señor Mercier, visitó Richmond aparentemente como un negociador no acreditado entre los Estados contendientes. Al gobierno federal le costó mucho presentar su viaje como una empresa acordada con ellos y no en cumplimiento de órdenes de Francia.

El 4 de mayo, el ejército sureño evacuó completamente las líneas en Yorktown. Setenta y un cañones pesados cayeron en manos de los federales, que presionaban de cerca al enemigo. El día 5 hubo una acción cerca de Williamsburg en la retaguardia, que se retiró después de infligir a sus perseguidores una pérdida de 2000 hombres. En West Point los federales se vieron repelidos el día 7 y fueron salvados por los cañoneros. El general M'Clellan avanzaba lentamente hacia Richmond y estableció comunicaciones a su derecha con M'Dowell, que había permanecido inactivo entre el Potomac y el Rappahannock. El día 11 los confederados volaron el *Merrimac* y abandonaron

Norfolk tras destruir el astillero naval. El día 20, las baterías confederadas bloquearon el avance de la flotilla federal por el río James a ocho millas de Richmond. El ejército continuó su marcha hacia Richmond a una media de poco más de una milla al día. El 31 de mayo, los confederados atacaron con gran vigor al ejército en su avance hacia el Chickahominy. La posición federal fue tomada y recuperada al día siguiente. Sus pérdidas en la batalla de dos días ascendían a 890 muertos, 3627 heridos, 1222 desaparecidos y diecinueve cañones.

Mientras tanto un triunfo significativo aguardaba a las fuerzas sureñas en el valle del Shenandoah, donde el general Banks estaba al mando de una fuerza de 4000 hombres entre Winchester y la ciudad de Front Royal, donde la vía férrea de Manassas atraviesa el paso de las montañas Blue Ridge. El 24 de mayo, el general confederado Jackson aplastó al regimiento que tenía el control de Front Royal y al día siguiente, con fuerzas muy superiores, expulsó de Winchester al cuerpo principal de los federales. Banks se retiró a Maryland y los confederados victoriosos se acercaron a menos de dos marchas de Washington. Una alarma repentina y general se apoderó del gobierno federal y se ordenó una nueva leva de tropas en los Estados nororientales para salvar la capital. Se había exagerado el peligro y el pánico no se prolongó. M'Dowell y Fremont cercaron a Jackson desde el este y el oeste y Banks volvió a entrar en Virginia. Los confederados se retiraron y, después de infligir un duro golpe al general Fremont cerca de Harrisonburg, escaparon.

El gran ejército occidental del general Beauregard evacuó Corinth el 29 de mayo con tal secreto y prontitud que el enemigo no pudo averiguar la dirección de su retirada. En el único combate en el que habían luchado desde la batalla de Shiloh habían salido victoriosos contra el general Pope en Farmington y eran tan poderosos que el general Halleck no se había atrevi-

do a atacarlos. Pero la flotilla federal avanzaba por el Misisipi y las posiciones confederadas fueron abandonadas de forma satisfactoria hasta el 6 de junio, cuando Memphis se rindió después del incendio del algodón y del azúcar.

La ferocidad de la contienda iba en aumento. La proclamación del general Hunter que emancipaba a los esclavos en Carolina del Sur, Georgia y Florida no tuvo efectos en la población esclava y causó gran nerviosismo en los Estados fronterizos. Por esas razones, y porque fue un acto de usurpación de la autoridad suprema, la proclamación fue desautorizada por el presidente. Pero la proclamación del general Butler en Nueva Orleans, que amenazaba a las mujeres sureñas con la brutal licencia de sus soldados como castigo por cualquier demostración de deslealtad, aunque dañó gravemente la reputación de las armas norteamericanas, no fue rechazada. Con ello aumentó la expectativa de una intervención europea, pero el gobierno inglés persistió en su rechazo a ofrecer una mediación.

Ha llegado el momento en que esa neutralidad ha dejado de ser justificable por cualquier motivo de justicia política o interés nacional. El destino del negro depende menos del resultado de la guerra que del modo como se le ponga fin. Aunque no se trata de una guerra en aras de la abolición y no se puede acusar con razón al Norte de haber proclamado un principio que aúna los peores horrores de una batalla entre civilización y barbarie, con todo, la restauración de la Unión solo puede basarse en medidas que han de crear una gran enemistad entre amo y esclavo o en un acuerdo que compre la sumisión del Sur mediante una prolongación de la esclavitud. La victoria del Sur promovería un resultado semejante, ya que los estadistas sureños tomarían medidas para impedir a sus vecinos obtener mediante intriga lo que no han conseguido obtener por la fuerza. No hay razón para creer que, dejados a ellos mismos, modi-

fiquen la institución de la que depende su riqueza, que ha sido la ocasión para lograr su independencia y que no ha obrado en su contra en los momentos cruciales de sus vicisitudes. Las potencias europeas podrían impedir ambas consecuencias nefastas y proteger por el mismo acto la libertad del Sur y la práctica liberación de los esclavos. Podrían impedir la extensión y perpetuación de la esclavitud, podrían obtener la derogación de ese código infernal que hace de la degradación moral la garantía de la dependencia civil y podrían obtener leyes para la protección y mejora de la población esclava. Ninguna otra influencia salvo la europea puede proporcionar esos preliminares de una emancipación matizada y condicional que es la única compatible con el bienestar del esclavo y la seguridad de la comunidad. Los confederados deben asentir a cualesquiera condiciones que sean razonables a cambio del reconocimiento de su independencia. Durante mucho tiempo puede que no surja una oportunidad semejante de solucionar el gran problema social, y aprovechar la presente oportunidad es el deber de Inglaterra por encima de todas las naciones a causa de la afinidad política entre nuestro sistema de gobierno y el que pretende establecer la democracia sureña. Los confederados han demostrado mediante el espíritu de su Constitución la verdad de las palabras que el más ilustrado amigo de los americanos en Europa pronunció el año previo a la Declaración de Independencia:

Hay, sin embargo, una circunstancia —dijo Burke, hablando de las provincias del sur— ligada a esas colonias que, en mi opinión, hace que el espíritu de la libertad sea más elevado y altivo que en las colonias más al norte. La circunstancia es que en Virginia y en las Carolinas hay una gran multitud de esclavos. En cualquier parte del mundo donde ese es el caso, los que son libres son de lejos los más orgullosos y celosos de su libertad. La libertad para ellos no solo es un goce, sino una

especie de rango y privilegio. No entendiéndose allí que la libertad, como en los países donde es una bendición común y tan extendida y general como el aire, pueda estar vinculada al abyecto trabajo duro, a una gran miseria, a todo lo exterior de la servidumbre, la libertad parece entre ellos algo que es más noble y liberal. Así eran todas las naciones antiguas, así eran nuestros ancestros góticos, así son en nuestros días los polacos y así serán todos los dueños de esclavos que no son ellos mismos esclavos. En un pueblo semejante la altanería de la dominación se aúna con el espíritu de la libertad, lo fortalece y lo hace invencible.

Octubre, 1862

Los Estados de Norteamérica

A mediados de junio, cuando el calor del verano recomendaba a los ejércitos de los confederados y de los federales suspender las operaciones y se esperaba un largo periodo de relativa calma, la Unión siguió con la carrera exitosa que las batallas de Corinth y Winchester habían interrumpido momentáneamente. Un gran ejército cubría la frontera sureña de Tennessee, el valle de Virginia había sido reconquistado y el ejército que estaba sitiando Richmond esperaba refuerzos para avanzar. La costa de los Estados confederados estaba en posesión de los federales, sus cañoneros dominaban todos los ríos navegables y una expedición combinada, procedente de Nueva Orleans y Memphis, para la conquista de Vicksburg, prometía hacerlos dueños de todo el curso del Misisipi. El pueblo del Norte, alentado por el progreso de sus armas y la maravillosa demostración de recursos materiales, estaba seguro del triunfo. Regocijándose casi por igual de la bondad de su causa y de las enormes proporciones de su empresa, soportaban con buen ánimo las pesadas

cargas, la molestia diaria y las pérdidas que imponía. La mera magnitud de los sacrificios hechos con tanto patriotismo parecía justificar y sancionar el objetivo por el que se ofrecieron. Era como si la ambición, el orgullo, la venganza y el ansia de poder no tuvieran cabida en una guerra que se emprendía en contra de los defensores de la esclavitud y que suscitaba entre sus partidarios ejemplos de tan magnánima entrega.

Las esperanzas de los confederados dependían de su habilidad para retrasar el refuerzo de M'Clellan hasta que hubieran reunido una fuerza suficiente para la liberación de la capital. Mientras las tropas de Beauregard se apresuraban desde el oeste, la aparición de Jackson en el Shenandoah trataba de detener la marcha de M'Dowell e impedir su unión con el gran ejército ante Richmond hasta que se pudiera unificar toda la fuerza del Sur y aplastar a ese gran ejército. Este plan, con el que los confederados confiaban reparar sus pérdidas y lograr su independencia, se ejecutó con tanta habilidad y condujo a resultados tan importantes que siempre será digno de ser recordado en los anales de la guerra. Pasados cuatro meses del día en que Beauregard desapareció de Corinth y Jackson alcanzó el Potomac, cuando se inició el movimiento de concentración y distracción que iba a dividir al enemigo, Virginia estaba libre del invasor y, en dos grandes series de batallas, repelió a los federales de Richmond y los empujó más allá del amparo de las fortificaciones de Washington.

El cambio de la marea fue el 16 de junio. Ese día los federales atacaron las construcciones que protegían Charleston y fueron derrotados después de una lucha obstinada. El día 13, un cuerpo ágil de confederados, pasando entre el flanco derecho del general M'Clellan y el Pamunkey, había caído sobre la retaguardia de los federales y, tras infligir un gran daño y aumentar la confianza en un bando en la misma medida que desalentaba

al otro, había vuelto a Richmond sano y salvo. M'Clellan vio que su fuerza no era proporcional a la fortificación que tenía delante y solicitó más tropas. Pero los refuerzos que le llegaron no fueron suficientes para compensar la constante sangría causada por una posición insalubre y la nostalgia de sus hombres. El modo súbito como Jackson había caído sobre el ejército de Banks y la facilidad con que se podían mover las tropas por ferrocarril de Richmond al valle de Virginia hicieron al Gobierno reacio a dejar desprotegidos los accesos a Washington. Se logró ampliamente el objetivo de la breve campaña de Jackson mediante el terror que siguió inspirando después de su retirada.

El presidente Lincoln consultó a los gobernadores de los Estados leales y con su aprobación solicitó 300 000 voluntarios. Se asesoró con el general Scott en West Point y, a su regreso a Washington, puso al general Pope al mando del ejército unido de Virginia compuesto por los cuerpos de Fremont, Banks y M'Dowell, con un total de 75 000 hombres. Con esto se pretendía que Pope se uniera a un ataque sobre Richmond y que una parte de la fuerza de M'Dowell descendiera por el Rappahannock.

Antes de que se llevara a cabo la unificación del ejército de Virginia con el ejército del Potomac, los confederados habían completado la concentración de sus fuerzas en el lugar decisivo. El objetivo de sus operaciones durante un mes entero era ganar tiempo para agrupar a sus ejércitos. Desde el momento en que esto se logró, sus tácticas cambiaron y pasaron de la defensiva a la ofensiva y, por medio de movimientos audaces y rápidos, recogieron la cosecha que había madurado con retraso. El miércoles 25 de junio el general Jackson apareció con una fuerza arrolladora detrás del ala derecha de los federales. El general M'Clellan, al encontrarse en inferioridad en los flancos, se vio obligado a abandonar sus líneas y se batió en retirada al

río Chickahominy, perseguido por el enemigo. Al anochecer del 27, la acción más cruda tuvo lugar en la colina de Gaine, cerca de los bancos del río. Los federales cruzaron por la noche el río y destruyeron los puentes, después de perder más de 8000 hombres, dejando a la mayoría de sus muertos y heridos en manos de los vencedores. Mientras el río Chickahominy cubría su ejército y lo salvaba de un ataque, el general M'Clellan envió por delante su vanguardia para tomar una posición en el río James. Le siguió el bagaje del ejército, mientras que el cuerpo principal permaneció durante el 28 en el banco derecho del Chickahominy. Una gran ciénaga, llamada White-Oak Swamp, ocupa el espacio intermedio entre dos ríos. No había más que un camino por el que los federales podían batirse en retirada. Su marcha era necesariamente lenta, en una línea larga y estrecha, y la noche del 29 los confederados, que habían dado una larga vuelta para encontrar un puente sobre el Chickahominy, cayeron sobre su retaguardia. El 30, el ejército federal alcanzó el río James, mientras la retaguardia entablaba batalla con los confederados en el pasaje de White-Oak Swamp. Los confederados renovaron su ataque en otros puntos, pero no se podía forzar la posición de los federales, bajo el fuego de sus cañoneros, y M'Clellan acabó atrincherándose en Harrison's Landing, a veinticinco millas de la ciudad que había sitiado. Había perdido 15 200 hombres y treinta y cinco cañones, y su ejército estaba terriblemente desorganizado. Pero lo había llevado a un lugar seguro, en presencia de un enemigo superior, y la retirada exitosa por un solo camino cruzando un cenagal, atravesando un bosque, explica la confianza que no había perdido y la decepción de la prensa sureña por la lentitud de sus comandantes, cuyo retraso el día 28 le había permitido escapar.

Cuando se supieron los detalles de aquellas desastrosas batallas, el espíritu del Norte se acobardó y se vio que el patriotis-

mo entusiasta que los había llevado a través de tantos reveses humillantes había perdido su adaptabilidad. Según datos oficiales, se habían enviado 158 000 hombres al ejército bajo el mando de M'Clellan antes de sitiar Richmond. Sin embargo, no tenía más de 100 000 hombres en formación en las batallas a finales de junio. El diez por ciento de sus reclutas no era considerado apto para el servicio y se derrumbó antes de alcanzar la zona de guerra. Las cifras sobre papel proporcionadas por el secretario de Guerra superaban en 58 000 las cifras que de hecho recibieron los comandantes en el campo de batalla. La gran mayoría del ejército se había alistado voluntariamente para un breve periodo e, independientemente de las pérdidas causadas por la expiración del periodo de servicio, se requerirían 123 000 reclutas más para suplir las pérdidas causadas por la misma guerra. De esos, se necesitaban 34 000 para cubrir los puestos de los desertores. Mientras tanto, en el ejército de M'Clellan la sangría por enfermedad era mayor que las pérdidas por la espada y los 300 000 hombres de doce meses solicitados para mediados del verano no se presentaron. El gobierno ofreció a cada voluntario una recompensa de 8 libras, que las contribuciones públicas aumentaron a 50. Aun así, a finales de julio, menos de 20 000 hombres habían respondido al llamamiento. La confianza en el gobierno y el entusiasmo por la causa se debilitaron debido a los desastres y sufrimientos del ejército. Se habían llevado a más de 700 000 hombres de la población trabajadora, mientras la demanda de trabajo seguía en aumento por la necesidad de abastecer al ejército de suministros. Prácticamente la mitad del grupo estaba compuesto de irlandeses y alemanes, que pertenecen todos a la clase trabajadora y cuyos sentimientos beligerantes son una cuestión de interés más que de patriotismo. Se esperaba que aportaran como mínimo tres cuartas partes de los nuevos reclutas. La gran subida en los salarios, la cercanía de

la cosecha y los crecientes horrores de la guerra prevalecieron sobre su devoción a la Unión. El gobierno se vio obligado a recurrir a la amenaza de reclutamiento forzoso. Se proclamó que el 15 de agosto se solicitaría una leva de 300 000 hombres de la milicia. Después se fijó el término para el 1 de septiembre. Sin embargo, ya habían aparecido señales de que los colonos extranjeros, aunque servían en el ejército a cambio de retribución, se indignarían ante un reclutamiento forzoso. En julio, cuando el descubrimiento de una conspiración confederada en St. Louis indujo al gobernador a llamar a la milicia, un gran número de irlandeses reclamó la exención en calidad de súbditos británicos y exigió la protección de nuestro cónsul. Cuando llegó la orden de reclutamiento, miles de ellos escaparon. Los irlandeses, a pesar de los esfuerzos de oficiales populares, como Meagher y Corcoran, aprovecharon su derecho como extranjeros a pasar a las posesiones británicas. El partido revolucionario entre los irlandeses proclamó entonces lo siguiente:

Estamos convencidos de que la mayoría de hombres que ha reclamado de este modo la protección del gobierno inglés y actualmente se presenta como irlandesa es, en realidad, oriunda de Inglaterra y que los orangistas irlandeses, que siempre han sido más ingleses que los ingleses, y el resto, aunque irlandeses de nacimiento, no son más que una prole bastarda de convictos y rebeldes que ocasionalmente se han asentado en Irlanda y adoptado nombres irlandeses como tapadera de sus crímenes o de la vileza de su origen.

Pero a los ciudadanos americanos se les negó ese derecho y se tomaron medidas severas para impedir la fuga de los que estaban incluidos en la leva. Casi la mitad del contingente de Maryland desapareció y en el Lejano Oeste surgió una imponente agitación. En Indiana y en Misuri la gente decidió eludir

o, en caso de necesidad, resistir el reclutamiento forzoso. El gobierno de Washington se echó atrás ante el peligro de una *Vendée*. El temor al reclutamiento forzoso había estimulado el alistamiento voluntario y el secretario de Guerra anunció que había un número suficiente de reclutas y que no se recurriría a medidas coercitivas. Se estima en torno a los 200 000 el total de la fuerza reunida de este modo desde las batallas previas a Richmond.

La respuesta real y significativa a las victorias sureñas reside menos en la preparación material que en el cambio de opinión en el Norte. El gobierno del presidente republicano está entre dos partidos, los abolicionistas y los demócratas, y se ve obligado a hacer concesiones a ambos. La propuesta de una redención gradual de los esclavos era inaceptable para ambos. A los hombres de los Estados fronterizos a los que se presentó la propuesta y tenían en sus manos el destino de la guerra, el presidente les dijo que no se trataba de una medida coercitiva, sino que era necesaria para mitigar la creciente presión que recibía de los abolicionistas. Veinte delegados de Virginia, Kentucky, Maryland y Misuri respondieron que estaban realmente decididos a preservar la Unión, pero que sería injusto imponerles una carga de la que se podrían librar mediante la secesión y penalizarlos para beneficio de sus enemigos abolicionistas. Rechazaron tomar en consideración cualquier plan de emancipación hasta que el Congreso hubiera votado el dinero para dicho propósito y ni siquiera dieron esperanzas de que se pudiera tener en cuenta ese plan. Pero no insistieron en la necesidad de preservar la esclavitud. Acusaron al proyecto de causar el alzamiento de los esclavos contra los rebeldes y declararon que el fanatismo de los abolicionistas era la causa real de la secesión: «Asegurad al pueblo sureño que no se hace ninguna guerra contra su propiedad ni sus derechos y volverá a ser leal». El actual

gobernador de Kentucky convocó a la cámara legislativa para considerar los decretos del Congreso respecto a la esclavitud y el exgobernador, Wickliffe, declaró públicamente que solo se podría preservar la Unión sometiendo a los abolicionistas y abandonando la política de emancipación y confiscación. Con esos sentimientos, los Estados fronterizos eran naturalmente reticentes a la hora de aportar voluntarios. Delaware, Kentucky y Misuri, así como Maryland, se mostraron tan reacios a alistarse como a someterse al alistamiento forzoso. Los demócratas esperaban el apoyo de gran parte de los católicos irlandeses y estaban dispuestos a hacer concesiones considerables para obtenerlo. El sentimiento que ha suscitado en los abolicionistas lo plasman las palabras de un escritor norteamericano:

No tenemos defensa alguna de nuestro tratamiento de la raza negra, salvo afirmar el simple hecho de que la gente de aquí que es la más cruel e innoble en su trato con los negros son los irlandeses. Es en el voto católico romano irlandés en el que los líderes democráticos confían en el Norte como su fuerza principal en las próximas elecciones, y esos líderes no ahorran fuerzas en favorecer el prejuicio vulgar del que he hablado.

Otro corresponsal dice:

Los abolicionistas eran, en su mayor parte, unitarios y presbiterianos, y el clero católico romano no comparte con ellos las mismas ideas en lo referente a la religión ni en lo referente a la filantropía, aunque comparte con ellos en gran medida el prejuicio americano contra los negros, así como la aversión social que las clases trabajadoras irlandesas albergan hacia ellos en la cuestión de los salarios.

Los irlandeses odian la esclavitud y sienten aversión a los negros por un mismo motivo. El esclavo los excluye de un mercado rentable para su trabajo. Su antagonismo incluso contra el negro libre en el Norte está produciendo casi una guerra racial entre ellos. A algunos de ellos, el odio a la esclavitud les hace desear la guerra. Además muestran su gratitud al gobierno federal por la protección que han recibido y algo de compromiso con él por ser el rival de Inglaterra. Hay algo, por tanto, que los atrae hacia un despotismo popular planificado. Es la forma de gobierno que miles de irlandeses han deseado en casa para que los libere de un sistema que ha convertido incluso las formas de libertad en un instrumento de opresión. Para los que la aversión a Inglaterra es el sentimiento predominante, la causa de la Unión es como la causa de su país. Por otro lado, la influencia del clero modifica necesariamente el sentimiento abolicionista en el Norte, así como supone un control de los males de la esclavitud en el Sur. Unirse al clamor en aras de la abolición sería predicar una cruzada contra la Iglesia en la Confederación. Los católicos podrían unirse con ardor a los argumentos políticos del Norte, pero no pueden estar con el partido extremo. No han condenado la guerra, pero, como colectivo, no han tomado parte en sus excesos. Esa ha sido la conducta de la persona principal entre ellos, el arzobispo de Nueva York. Cuando estuvo en Irlanda, a finales de julio, expresó ideas sobre la insurrección que todo irlandés podría poner en práctica. La condición fundamental, dijo, necesaria para justificarla es, junto a una opresión real, la perspectiva de éxito. Si, en consecuencia, Irlanda hubiera tenido justificación suficiente para rebelarse con una probabilidad razonable de éxito, sería difícil condenar a los Estados sureños por su intento exitoso de disolver una liga. El arzobispo se ha preocupado de mitigar los efectos prácticos de esta teoría con el apoyo más persistente a la guerra para prevenir la disolución de la Unión.

Los Estados fronterizos no son la única parte de la Unión que el presidente está obligado a conciliar ni que es capaz de sostener con un lenguaje desafiante o amenazador. Si la cuestión de la esclavitud los pone en una posición anómala respecto al gobierno de los Estados Unidos, la cuestión financiera afecta prácticamente en la misma medida en el Oeste. Mientras que el Sur lucha por la independencia para asegurar los derechos estatales en lo concerniente a la esclavitud y la tributación, el Oeste está tan interesado en una causa como los Estados fronterizos en la otra. Las enormes tierras de maíz en el Alto Misisipi requieren todas las instalaciones para la exportación que proporcionan las comunicaciones por agua. A un lado tienen los lagos y el St. Lawrence, al otro lado el Misisipi y, a ambos lados el libre comercio. El Norte les ofrece una tarifa protectora en su lugar. Sus intereses materiales los separan por tanto del Norte, tanto como su odio a la esclavitud los separa del Sur, y la derrota de M'Clellan puso de manifiesto esa diferencia de forma contundente. La revitalización del partido demócrata en el Oeste se hizo patente en la convención estatal de Iowa. La asamblea condenó la tarifa y el proyecto de ley de impuestos como perjudiciales para sus intereses, que requieren el libre intercambio de su producción agrícola por manufacturas inglesas. Denunciaron el empeño de los abolicionistas como la causa real de la guerra y afirmaron que la Constitución de los Estados Unidos solo se estableció para hombres blancos. Declararon además que las medidas arbitrarias del ministerio eran contrarias a la ley, que los derechos constitucionales del pueblo no podían ser suspendidos y que los medios por los que el gobierno trataba de salvar la Unión eran peligrosos para la libertad civil. Se formó una sociedad secreta en Illinois para resistir esas transgresiones y se extendió rápidamente por el Oeste. Así el programa de los demócratas en el Oeste y en la frontera estaba sustancialmente

de acuerdo. El partido demócrata en los Estados nororientales no podía declarar su opinión sin riesgo. Las prisiones estaban llenas de hombres arrestados arbitrariamente bajo sospecha de deslealtad y el gobierno reducía con mano fuerte cualquier signo de oposición. Sin embargo, a medida que el partido se hacía fuerte con los reveses de la campaña, se decidió establecer el punto de referencia de una resistencia organizada a la política de guerra de los republicanos. El 23 de agosto tuvo lugar una gran reunión popular en Filadelfia, en la que se reprobó de forma vehemente la guerra y al gobierno. El orador más violento, el señor Ingersoll, fue arrestado, pero se reivindicó el derecho a la libertad de expresión y la existencia de una fuerte oposición se hizo de dominio público.

Esas manifestaciones de opinión exasperaban al partido al que se dirigían. Los reveses militares, en lugar de unificar el Norte como hasta entonces, incitaron a los partidos a extremos opuestos y exacerbaron a los adversarios absolutos de la esclavitud en la misma medida en que disponían a los defensores políticos de la guerra a preferir medidas conciliadoras. El tono general de los abolicionistas se puede deducir del lenguaje del corresponsal de Filadelfia de una revista clerical inglesa de la más alta reputación:

El general Butler, entretanto, manda en Nueva Orleans con firmeza y sabiduría. Su severidad se limita a lo estrictamente necesario. Ninguna consideración pusilánime por la vida humana le impide cumplir su deber de garantizar la autoridad nacional en la ciudad... El país siente una gran satisfacción por el mando del general Butler en Nueva Orleans... El buen humor, pero al mismo tiempo la decisión y energía con las que Butler actúa lo convierten en el hombre más adecuado entre todos para el puesto. (*The Guardian*, 9 y 16 de julio.)

Un gran partido desea ahora la emancipación de los esclavos mediante una proclamación y mientras unos, de forma muy activa, urgen al presidente a dar ese paso, otros lo acusan de no haberlo dado. Este último punto de vista lo expresó de forma contundente un orador abolicionista, el señor Wendell Philipps, en un discurso pronunciado en la celebración del aniversario de la emancipación de los esclavos de las Indias Occidentales. Afirmó lo siguiente:

El gobierno lucha por preservar la esclavitud y de ahí que luche en vano. El señor Lincoln está librando una lucha política. La política es lo que sobresale en todos los actos del señor Lincoln y sus generales... La presente guerra, dirigida sin objetivo razonable, es una pérdida total de sangre y riqueza. Sería preferible la marcha del Sur hoy mismo a la pérdida de otra vida para prolongar la guerra bajo la detestable política actual... Tenemos al Sur cogido de las orejas y no podemos retenerlo ni soltarlo. Si lo dejan marchar mañana, no tendrán paz alguna... No conoceremos la paz hasta que se destruya la esclavitud... Los éxitos de Jefferson Davis son mucho mayores de lo que él se figuraba y, si es capaz de sobrellevar esos éxitos y algunos más, sobreviviendo de este modo hasta el 4 de marzo, Inglaterra, como haría bien en hacer, acabará reconociendo la Confederación del Sur... Disolvamos esta Unión, en nombre de Dios, y pongamos la piedra angular de una nueva en la que quede grabado para siempre: «Igualdad en sentido político para todo hombre que nazca en el mundo»... Wickliffe y Davis de Kentucky pueden ponerse firmes y decirle al presidente: «Haga esto o el Norte lo abandonará»... Dios ha puesto en manos del presidente Lincoln el rayo de la esclavitud para aplastar la rebelión, pero no lo usará.

A continuación el orador elogió el ejemplo de la democracia francesa, donde el Estado tiene el poder de imponer su

voluntad sin atender las opiniones opuestas. Ese es el lenguaje de un fanatismo coherente. El señor Phillipps considera que el deber moral de aplastar la esclavitud está por encima de los objetivos políticos del Estado y está dispuesto a sacrificar la Unión en aras de la emancipación.

Se usaron palabras más violentas, aunque no más extravagantes, en una reunión de guerra en Washington el 6 agosto, en la que el presidente habló en defensa del señor Stanton y el general M'Clellan. Se aprobaron los siguientes acuerdos:

Preservemos la Unión o convirtamos el país en un desierto... Si actualmente entre la población de los Estados leales hay dudas a la hora de entregarse ellos mismos y sus propiedades a la causa del país, surgen del recelo a la manera de conducir la guerra y de la percepción de que entre los que dirigen las operaciones militares, ya sea en el gabinete o en el campo de batalla, falta la disposición a emplear de una vez todo el poder de la nación, que todos saben que es arrollador.

Por ello, alentamos al presidente a tomar medidas para asegurar a la gente que está decidido a conducir la guerra en una escala limitada solo por los recursos del país. Recibimos con alegría la reciente orden de enviar nuevos refuerzos. Estamos convencidos de que los líderes de la rebelión nunca retornarán a su alianza y, por tanto, deben ser vistos y tratados como traidores irreversibles que han de ser separados de sus posesiones y privados de sus vidas, o expulsados del país.

En una reunión de ciudadanos destacados en Nueva York se aprobaron acuerdos que declaraban que antes debían perecer todos los rebeldes que un solo hombre leal. Pidieron un decreto de emancipación. «Esto —dijeron— conllevará una reducción del ejército rebelde al llamar a muchos oficiales y hombres rebeldes a la defensa de sus casas. Los Estados libres y todo el

mundo civilizado aplaudirán la proclamación de la emancipación.»

En honor del señor Lincoln, hay que recordar que nunca se ha convertido en instrumento de las facciones que lo rodean ni ha olvidado los dictados de la política o el deber. Actúa como el representante de la Unión bajo la vieja constitución. Esa constitución no proveía garantías suficientes para la libertad del pueblo ni para la emancipación de los esclavos, y eran necesarias grandes reformas para que la república reivindicara las teorías de la democracia. Un hombre brillante podría haber proyectado tales reformas y aun así cabe dudar de que hubiera sido posible realizarlas sin convulsiones. El señor Lincoln no está a la altura de la empresa, pero, si no iba a ser capaz de reformarla, se propuso seriamente mantenerla. En respuesta a los reproches del señor Horace Greeley, escribió el 22 de agosto las siguientes palabras significativas:

Sobre la política que «parezco perseguir», como usted dice, no he pretendido dejar duda alguna. Salvaré la Unión. La salvaré por el camino más corto bajo la constitución. Cuanto más rápido se pueda restaurar la autoridad nacional, más próxima será la Unión a «lo que fue». Si hay quienes no salvarían la Unión a menos que se *salvara* al mismo tiempo la esclavitud, no estoy de acuerdo con ellos. Si hay quienes no salvarían la Unión a menos que se *destruyera* la esclavitud, no estoy de acuerdo con ellos. Mi objetivo primordial en esta batalla *es* salvar la unión y *no* lo es salvar ni destruir la esclavitud. Si pudiera salvar la Unión sin liberar a *ningún* esclavo, lo haría; si pudiera hacerlo liberando a *todos* los esclavos, lo haría; si pudiera hacerlo liberando a algunos y abandonando a otros, también lo haría. Lo que hago respecto a la esclavitud y la raza de color lo hago porque creo que ayuda a salvar la Unión y, de lo que me abstengo, me abstengo porque *no* creo que ayude a salvar la Unión. Haré *menos* cuando crea que lo que estoy

haciendo perjudica a la Unión. Haré *más* cuando crea que hacer más ayudará a la causa. Trataré de corregir errores cuando se muestren como tales y adaptaré nuevos puntos de vista tan pronto como se muestren verdaderos.

Entre quienes están dispuestos a sacrificar la Unión en aras de la extinción de la esclavitud y quienes eliminarían a los rebeldes para salvar la Unión hay lugar para una tercera opinión. La idea de que la Unión debería ser salvada a cualquier precio está un paso más allá del programa de los demócratas. A quienes no son ni abolicionistas ni republicanos, y a quienes son hostiles a la política del gobierno, les debe resultar evidente que solo están luchando para preservar la Unión; que su único objetivo es la grandeza de América y que están defendiendo fines nacionales, no una doctrina moral particular ni una determinada teoría del gobierno. Pueden dar su consentimiento al mantenimiento de la esclavitud; pueden aceptar la reivindicación de los derechos estatales como una saludable limitación a la autoridad suprema y a la voluntad soberana, y estarían dispuestos a sacrificar el gobierno del señor Lincoln. A la vista de esa estampa, no debería sorprender que, en un momento de reposo del ardor militar o como reacción a una decepción, tome cuerpo la idea de que aún hay un modo de restaurar la unión de los Estados y superar la prosperidad y el esplendor de antes. A un americano que sea un patriota antes que un partisano, el contraste entre el ingente desperdicio de enormes recursos en el Norte y la energía prodigiosa con la que los estadistas sureños han creado y usado sus materiales le debe generar la duda sobre en qué lado están los mejores dirigentes y los comandantes más capaces para la futura república. Los estadistas sureños no solo han mostrado una sabiduría excepcional en su política, sino que también han corregido algunos de los defectos conocidos de la constitución federal y mejorado su espíritu más de lo que han modificado

su texto. Si su triunfo condujera no solo a su reconocimiento, sino a la restauración de la Unión bajo la forma de una autoridad central limitada y de unos derechos independientes en los diversos Estados, de tal manera que ni los intereses industriales ni los agrícolas fueran sacrificados en aras de la voluntad de una mayoría, el pueblo del Norte podría ver en el señor Jefferson Davis al sucesor de Washington. Ya hay algunos indicios del surgimiento de esa idea. Los soldados desplazados de la Unión aparecieron en Arlington vitoreando al «viejo Jeff Davis» y, en las ciudades norteanas, Stonewall Jackson es el héroe nacional. Si muestran tanta moderación en la victoria como constancia en la derrota y se muestran no menos generosos como invasores que heroicos en la defensa de su suelo, los confederados podrían generar desde admiración hasta entusiasmo y utilizar esos sentimientos de forma eficaz para establecer la independencia y los límites de su poder.

El 18 de agosto, el Congreso confederado se reunió en Richmond y el mensaje del presidente contenía ciertos pasajes que delatan algo del carácter de su gobierno:

Los actos aprobados en vuestra última sesión que pretendían asegurar la defensa pública mediante leva general, así como unificar las normas sobre las tropas en servicio, han generado una crítica inesperada que hay que lamentar mucho.

Y si alguna legislación os parece apropiada para amoldar diferencias de opinión, será para mí un placer, así como un deber, cooperar en toda medida que pueda ser concebida para reconciliar un cuidado adecuado de la defensa pública con una correcta deferencia hacia las susceptibilidades más escrupulosas de las autoridades estatales. El informe del secretario de Hacienda mostrará en detalle las operaciones del departamento. Se verá con satisfacción que el crédito de los valores públicos permanece en perfecto estado y que ese crédito está plenamente

te justificado por la relativamente pequeña cantidad de deuda acumulada, a pesar de la magnitud de nuestras operaciones militares...

En relación con este asunto, considero que la prudencia exige alguna cláusula para el incremento del ejército en caso de emergencias no anticipadas por ahora. El ingente incremento de tropas que el presidente de los Estados Unidos ha reclutado recientemente para el campo de batalla puede hacer necesario ampliar en un futuro las cláusulas de la ley de reclutamiento para incluir a personas entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años. El vigor y la eficacia de nuestras tropas actuales, su condición, así como la pericia y habilidad que destaca en sus dirigentes hacen creer que no serán necesarios más reclutamientos; pero una previsión inteligente exige que, en caso de que durante el receso del Congreso surja la necesidad de aumentar las tropas en aras de nuestra defensa, haya medios necesarios para el reclutamiento de dichas tropas sin tener que esperar a nueva reunión del departamento legislativo del gobierno. Ya había que contar que, en la elección y nombramiento de oficiales para el ejército provisional, se cometerían errores y que oficiales incompetentes de todos los grados entrarían en servicio. A falta de experiencia y de un criterio fiable de selección, algunos nombramientos administrativos y algunas elecciones han sido desafortunados. El buen servicio, los intereses de nuestro país, requieren que se conciban algunos medios para retirar las comisiones de oficiales que son incompetentes para los deberes propios de su posición y confío en que encontrarán medios para liberar al ejército de semejantes oficiales de un modo más raudo y menos hiriente a su sensibilidad que el enjuiciamiento en un tribunal militar.

Me congratula informarles de que, a pesar de las lisonjas y amenazas proferidas con frecuencia por los agentes del gobierno de los Estados Unidos, las naciones indias dentro de la Confederación se han mantenido firmes en su lealtad y en su observancia de sus compromisos legales con este gobierno.

Tampoco se ha debilitado su fidelidad por el hecho de que, debido a las vacantes en algunas de las oficinas de agentes y superintendentes, ha habido un retraso en los pagos de las anualidades y prestaciones a las que tienen derecho.

Varios proyectos de ley se pusieron sobre la mesa. Uno extendía la aplicación de la ley de reclutamiento de la edad de treinta y cinco a la de cuarenta y cinco. Otra disponía que se cuelgue o fusile a todos los oficiales blancos que sean declarados culpables y que se devuelvan los esclavos a sus amos. Otro decreto concedía al gobierno el poder de reclutar 250 000 hombres. Con estas medidas, el gobierno confederado intentaba prepararse ante el incremento de tropas que el reciente llamamiento de 300 000 hombres proporcionaría a los ejércitos del Norte durante el año. Pero aún confiaban más en que la prosecución vigorosa de la campaña les daría la victoria antes de que se completaran las preparaciones del Norte o de que se organizara el nuevo ejército.

Durante las altas temperaturas de julio los federales estuvieron inactivos en el campo de batalla. El 24 se anunció que se había otorgado el mando supremo al general Halleck. El 23, el general Pope dio una orden que amenazaba con las penas más severas a todas las personas desleales. Poco después tomó el campo de batalla con un ejército que había sido reforzado por la llegada del general Burnside desde Newport News en Fredericksburg. Los federales mantenían la línea del Rappahannock, que cubre al sur las famosas cumbres de Manassas. El 5 de agosto, M'Clellan hizo un movimiento simultáneo en dirección a Richmond, mientras que Pope lo hizo hacia la vía férrea con la que los confederados mantenían las comunicaciones entre Richmond y la Virginia central. La repulsión del ataque de M'Clellan en Malvern Hill dio por terminada su mediocre campaña. Pope realizó maniobras durante varios días contra

los confederados, que habían cruzado el Rapidan para llegar a su encuentro, y el 9 el general Banks sufrió la derrota en Cedar Mountain, con una pérdida de 1500 hombres.

El 16 de agosto, el general M'Clellan evacuó su posición en Harrison's Bend y comenzó a transportar su ejército a Acquia Creek para unirse a Pope y Burnside en una avanzada desde el norte. Ese movimiento, que no fue entorpecido por el enemigo, requirió necesariamente algún tiempo. Antes de que el ejército desapareciera de la península, los confederados se lanzaron sobre Pope esperando arrollarlo antes de que llegara M'Clellan. El 17 y 18, Pope realizó con éxito la retirada de todo su ejército a través del Rappahannock y, durante varios días, ese río separó a los dos ejércitos en una línea de quince millas y encubrió los movimientos de ambos. El general Lee atacó a los federales por el frente, mientras que Jackson, pasando a través de las montañas, se lanzó el 29 de agosto sobre el flanco de Pope. Aquí, en el viejo campo de batalla de Bull Run, los federales fueron derrotados una vez más. Al día siguiente, el 30 de agosto, tuvo lugar una guerra sin tregua en Centreville entre Pope y Lee. El general confederado se hizo con una victoria rotunda y el 2 de septiembre todo el ejército federal se retiró a las fortificaciones de Washington con una gran pérdida.

En el oeste, los confederados tuvieron un éxito prácticamente semejante. Van Dorn obligó al enemigo a levantar el sitio de Vicksburg y Breckenridge tomó Baton Rouge. Una vez más el Misisipi estaba en manos del Sur. En Kentucky se llevó a cabo una guerra de guerrillas durante el verano, hasta que las tropas confederadas se unieron y se hicieron con una victoria en Richmond, en el extremo noroeste del Estado, y se aproximaron a su frontera en el norte, amenazando la grandes ciudades de Louisville y Cincinnati. Así el territorio de la Unión quedó abierto a la invasión por el Potomac y el Ohio.

El 5 de septiembre, el ejército del general Jackson se extendió por Maryland, cerca de Leesburg, entre Washington y Harper's Ferry, y ocupó Frederic. Se encaminó hacia el norte, a lo largo de la ladera oeste del Blue Ridge en la frontera de Pennsylvania. El 7 sus tropas se encontraban en Westminster. Fueron bienvenidos a un país en el que abundaba el sentimiento del Sur, pero que desde hacía mucho tiempo había sido ocupado por la fuerza. La disciplina y la conducta correcta de los hombres, que se encontraron en un país de abundancia después de largas privaciones y grandes esfuerzos, y el cuidado que pusieron los oficiales en que se pagara todo, hicieron que el ejército confederado apareciera como libertador. El general M'Clellan, habiendo reemplazado a Halleck en el mando supremo, condujo a todas las fuerzas disponibles de la Unión contra Jackson, comenzando así una nueva campaña por la posesión de Maryland.

Abril, 1863

Los Estados de Norteamérica

El 13 de septiembre de 1862, los confederados, al mando de Lee, se encontraban en Hagerstown, donde M'Clellan los alcanzó y derrotó. De allí se encaminaron al sur y el 15 los cuarteles estaban en Sharpsburg, en la ribera occidental del Antietam Creek. Aquí, el 17, M'Clellan los atacó de nuevo y la batalla resultante fue la más sangrienta y al mismo tiempo la menos decisiva de la guerra. Los federales atravesaron el arroyo por dos puntos, pero la peor parte se la llevó la división del general Hooker, que formaba la derecha federal, ya que el general Burnside, que estaba al mando del ala izquierda, no consiguió

atravesarlo hasta bien entrada la tarde. No obstante, ambas alas mantuvieron su terreno y los federales proclamaron la victoria. Al día siguiente, los confederados evacuaron su posición y cruzaron de nuevo el Potomac. Pudieron hacerlo sin encontrar resistencia, debido a la rendición de 10 000 tropas federales en Harper's Ferry a los confederados al mando de Jackson el 14, lo que dejó su retirada abierta y a su vez dejó libre a Jackson para reunirse a tiempo con Lee antes de la batalla de Antietam. Los confederados ascendieron entonces por el valle del Shenandoah, mientras M'Clellan conducía a su ejército desde Harper's Ferry hasta la intersección de Manassas, entre cuyos dos puntos se extiende su frente, teniendo así el Blue Ridge entre sí y su enemigo, y Washington en su retaguardia. No obstante, a principios de noviembre M'Clellan fue relevado y Burnside tomó el mando. Entretanto, Lee cruzó el Blue Ridge y se situó entre Richmond y el ejército federal en Fredericksburg, en la orilla del sur del Rappahannock. Llegado a este punto, Burnside trasladó de una vez el ejército, pero no cruzó el río hasta el 4 de diciembre. El 13 los federales atacaron al ejército confederado, que tenía muchos destacamentos en las cumbres al sur de la ciudad. Las ventajas de la posición eran tan grandes que el éxito era prácticamente imposible. El intento resultó completamente fallido y los asaltantes fueron expulsados con grandes pérdidas. La noche del 15, Burnside cruzó de nuevo el río sin oposición. Desde entonces, el ejército del Potomac ha permanecido prácticamente estacionario. Burnside renunció a su mando a principios de febrero y nombraron al general Hooker en su lugar. Los otros dos centros principales de interés militar han sido Tennessee y Misisipi. En Tennessee, el general Rosencrans combatió a los confederados al mando del general Bragg en Murfreesboro, aproximadamente cuarenta millas al sureste de Nashville, durante tres días, comenzando el 31 de

diciembre. Las pérdidas fueron ingentes y el resultado parecía incierto hasta la mañana del 4 de enero, cuando se descubrió que los confederados se habían retirado. Los federales ocuparon Murfreesboro, pero no se atrevieron a avanzar desde esa fecha. Por el mismo tiempo se formó una expedición al mando del general Sherman para atacar Vicksburg. Sherman desembarcó sus tropas en la orilla izquierda del Yazoo y se abrió camino mediante una serie de combates desde el 27 de diciembre hasta el 2 de enero. No obstante, en ese último día los confederados, al mando del general Johnston, los atacaron y derrotaron por completo. Poco después fue reemplazado en el mando de la expedición por el general M'Clermand, a quien se unió un mes después el general Grant con tropas desde el norte del Misisipi. Durante los dos últimos meses, los federales se dedicaron a cortar un canal a través del brazo de tierra en el que se encuentra Vicksburg con el fin de desviar el curso del Misisipi y de este modo acabar con la protección de este lugar por el río. La península tiene solo media milla de largo, pero la naturaleza del suelo dificulta mucho el trabajo.

Los acontecimientos políticos de los seis últimos meses han sido más relevantes que los movimientos de los ejércitos. El 22 de septiembre de 1862, el presidente abandonó el intento de llevar a cabo la guerra sobre una base constitucional y emitió una proclama declarando que el 1 de enero de 1863 «todas las personas en régimen de esclavitud en cualquier Estado o en la parte designada de un Estado, cuya población esté en rebelión contra los Estados Unidos, serán desde entonces y para siempre libres» y que el 1 de enero el ejecutivo, mediante otra proclama-ción, designaría los Estados en rebelión. Consecuentemente, en Año Nuevo, se designó Arkansas, Texas, Luisiana, salvo Nueva Orleans y su periferia inmediata, Misisipi, Alabama, Florida, Georgia, las Carolinas y Virginia, salvo Virginia occidental, y a

determinados municipios ocupados por entonces por las tropas federales, y se declaró libres a los Estados en las partes designadas, quedando el ejecutivo federal encargado de la tarea de reconocer y mantener su libertad. La proclama fue acogida con entusiasmo por los abolicionistas, que, en consideración del gran cambio originado en el papel, con gusto pasaron por alto que el presidente dejaba las cosas como estaban allí donde tenía autoridad. El partido demócrata denunció la proclama como inconstitucional y como una dificultad añadida a la restauración de la Unión, y probablemente hizo mucho para promover la reacción que dio una mayoría a los demócratas en el próximo Congreso. Para ver un paso más práctico hacia la mejora de la esclavitud debemos mirar al Sur. En una pastoral emitida por los obispos de la Iglesia Episcopal Protestante de los Estados confederados, en su primera convención, se recuerda a los dueños de esclavos que es su deber,

como hombres cristianos, organizar esta institución de tal manera que no sea necesaria la violación de las relaciones sagradas que Dios ha creado y que el hombre, de acuerdo con el deber cristiano, no puede anular. Los sistemas de trabajo que prevalecen en Europa, y que en muchos aspectos son más duros que los nuestros, están organizados para evitar la necesidad de separar padres e hijos, maridos y esposas, y un poco de cuidado por nuestra parte libraría de esas propiedades al sistema sobre el que nos disponemos a edificar nuestra vida nacional... Nos congratula poder decir que el sentimiento público recupera rápidamente la cordura en estos asuntos y que las cámaras legislativas de varios de los Estados confederados ya han dado pasos para su consumación.

A falta de noticias del Sur, no podemos saber en qué consisten esos pasos, y cualquier modificación que solo se extien-

da a esas propiedades en la esclavitud del Sur dejaría intactas las peores partes del sistema. Pero se ha hecho un gran avance cuando se reconoce que los esclavos tienen derechos, por muy imperfectas que sean las sanciones por las cuales los amos están vinculados a cumplir sus deberes.

Las elecciones de otoño tuvieron como resultado una serie de victorias demócratas. Los demócratas tuvieron éxito en Pensilvania, Ohio e Indiana, y en el gran Estado de Nueva York eligieron al gobernador, a quince de los dieciocho miembros del Congreso y la mitad de la Cámara de la Asamblea. La elecciones giraron no tanto en torno a la forma de dirigir la guerra—esto ya no es una cuestión abierta en los Estados federales—, sino más bien en torno al carácter constitucional de las medidas adoptadas por el presidente para tal propósito. «Niego —dijo el señor Seymor, recién elegido gobernador de Nueva York, en su discurso inaugural— que esta rebelión pueda suspender un solo derecho del pueblo en los Estados leales. Denuncio la doctrina de que la guerra civil en el Sur pueda arrebatarse al Norte leal ni siquiera un principio de la libertad civil.» Se hicieron objeciones a los decretos del presidente Lincoln por dos razones. En primer lugar, el ejecutivo se apropió de los poderes reservados por la constitución a las ramas legislativa y judicial del gobierno. Mediante su proclama del 24 de septiembre de 1862, se apartó de la jurisdicción de los tribunales ordinarios no solo a «todos los rebeldes e insurgentes, a sus cooperadores y cómplices, sino también a todas las personas reticentes al alistamiento voluntario, resistentes a los reclutamientos militares, o culpables de alguna práctica desleal», y quedaron «sujetos a la ley marcial y aptos para el juicio y castigo por parte de la corte marcial o de la comisión militar». Se erigieron a esos tribunales militares en únicos jueces de qué es una «práctica desleal», ya que la «orden de *habeas corpus* quedaba suspendida respecto

a todas las personas arrestadas, o a quienes ahora, o después durante la rebelión, sean hechos prisioneros en un fuerte, en un campo, en un arsenal, en la prisión militar o en cualquier otro lugar de confinamiento, por cualquier autoridad militar o por la sentencia de una corte marcial o comisión militar». Así, mediante la operación conjunta de dos cláusulas, el presidente tenía la capacidad de crear de forma discrecional nuevos tipos de crímenes no conocidos por la ley —lo que es una usurpación del poder legislativo— y confiar el enjuiciamiento de los infractores no a los jueces ordinarios, sino a tribunales de su propio nombramiento, lo que es una intrusión en el poder judicial. En segundo lugar, los decretos del presidente suponen que la autoridad federal se apropie de poderes que en ningún caso le había delegado la constitución del gobierno federal.

Las personas que son objeto de la proclamación de emancipación están forzadas a prestar servicio por las leyes de los respectivos Estados en los que residen, promulgadas por la autoridad estatal, de forma tan clara e incuestionable, bajo nuestro sistema de gobierno, como cualquier ley proclamada por cualquier Estado sobre cualquier asunto.

Si, por tanto, esa proclamación es válida, no hay ultraje a los derechos de los diferentes Estados que no tenga competencia para hacer de forma discrecional el señor Lincoln según la necesidad militar. El Congreso que terminó el 3 de marzo lo liberó completamente de cualquier otra tentación de errar en la anterior de estas direcciones. Mediante un decreto promulgado durante la última semana de la sesión, el presidente adquirió el poder de suspender la operación de *habeas corpus* cuando considere que sea necesario. Por medio de un segundo decreto, el presidente adquirió el poder de reclutar el ejército mediante un alistamiento por todo el país, sin tener en cuenta los límites es-

tatales ni quedar sujeto a interferencia alguna de los gobiernos estatales. Así, en un segundo ataque a la Constitución, ha sido capaz de convertir al Congreso en cómplice. Los demócratas fueron incapaces de hacer una oposición seria a la proclamación de ninguna de estas medidas, en parte por el temor de impopularidad que acompaña a cualquier falta de vigor en la dirección de la guerra y, en parte, porque, siendo ambos partidos de coerción del Sur, han acabado con el viejo fundamento de no interferencia en los derechos estatales.

Julio, 1863

Los Estados de Norteamérica

Durante los tres últimos meses ha habido tres centros principales de interés militar en América: Charleston, el Rappahannock y Vicksburg. La ciudad de Charleston se encuentra al final de una bahía estrecha, de unos cinco o seis millas de largo y de no más de una milla de ancho en la boca, donde las islas opuestas —la isla de Sullivan en el norte y la isla de Morris en el sur— están más cerca la una de la otra. Ambos puntos están considerablemente fortificados; en una isla artificial entre ambas se yergue el Fuerte Sumter, desde el cual hasta el Fuerte Moultrie, en la isla de Sullivan, los confederados extendieron un cabo, flotando sobre toneles y con mallas, redes, cables y torpedos colgando. Hacia la tarde del martes del 7, se dio la señal para el ataque. La flota, dirigida por el *Weeahuken*, con una balsa para subir torpedos, pudo rodear la isla de Morris sin oposición alguna. No obstante, ese canal estaba bloqueado por tres hileras de pilas, que se elevaban cien pies sobre el nivel del agua, con una sola apertura en el centro, supuestamente pro-

tegida con torpedos, detrás de la cual aparecían tres acorazados confederados. El buque insignia, el *Ironsides*, mientras dejaba atrás el Fuerte Sumter, quedó atrapado en un canal estrecho, y en un estado inmaniobrable quedó enfrentado a dos navíos. Durante media hora la flota mantuvo el fuego combinado de cinco potentes baterías, compuestas de 300 cañones del mayor calibre. Al final de ese tiempo, estando uno de los acorazados hundiéndose y otros severamente dañados, el almirante Dupont dio la señal de retirada.

El 27 de abril, el ejército del Potomac, que había permanecido inactivo desde su derrota en Fredericksburg, en el mes de diciembre anterior, emprendió su avance largamente retrasado. El objetivo del general Hooker era atacar al general Lee por el flanco izquierdo y cortar sus comunicaciones con Richmond. Con esa visión formó con sus tropas dos divisiones. Con la división mayor, constituida por cuatro cuerpos, cruzó el Rappahannock por varios vados, de diez a veinte millas por encima de Fredericksburg, y, tras dejar una fuerza de caballería al mando del general Stoneman para destruir los puentes en la retaguardia de los confederados, marchó hacia la ciudad. Los confederados, al mando de los generales Lee y Jackson, salieron de su atrincheramiento y se dirigieron lentamente hacia el oeste hasta que, a medio camino entre Chancellorsville y Fredericksburg, el general Lee ordenó excavaciones y detuvo el avance federal. Aquí los federales habían construido un atrincheramiento con árboles caídos enfrente y artillería detrás. El 2 de mayo, el general Lee se separó de Jackson para atacar el ala derecha de los federales y hacia las cuatro de la tarde abrió fuego a lo largo de toda su línea. Dos horas después, Jackson había atacado el extremo derecho del ejército de Hooker en la retaguardia y derrotó un cuerpo entero, pero una herida en el brazo, producida por disparos de sus propios hombres, le im-

pidió lograr la victoria. Al día siguiente, el general Lee atacó de frente a los federales, derribó sus edificaciones y los condujo de nuevo detrás de la casa. Entretanto, el general Sedgewick, con una división más reducida del ejército federal, había cruzado el Rappahannock un poco más abajo de Fredericksburg, llegó a Marye's Heights y avanzó a lo largo del camino hacia Chancellville, donde le alcanzó una división confederada enviada por el general Lee que lo derrotó por completo y fue obligado a cruzar de vuelta el río. Durante el lunes 4, los federales se abstuvieron de renovar el combate. Debido a fuertes lluvias, Lee no pudo atacarles el 5 y, en la mañana del 6, se descubrió que Hooker se había retirado y, cubierto por la lluvia y la oscuridad, alcanzado la orilla izquierda del Rappahannock con los miembros restantes del ejército. La herida del general Jackson había abortado el ataque confederal; su pérdida empañó el triunfo. Se consideró necesario amputar su brazo y, bajo los efectos de la operación, agravados por la neumonía, decayó gradualmente y murió el 9 de mayo, justo una semana después de su última y quizás mayor victoria.

El sitio de Vicksburg supuso la única excepción parcial a una larga serie de desastres federales. Tras el fracaso de repetidos intentos de incendiar la retaguardia de la ciudad mediante expediciones a lo largo del río Yazoo, el general Grant concentró sus fuerzas en Milliken's Bend, en la orilla de Misisipi que da a Luisiana algunas millas por encima de Vicksburg. Partió de aquí el 24 de abril y marchó a lo largo de la orilla derecha de la corriente hasta quedar frente al Gran Golfo. Las cañoneras federales que habían logrado pasar Vicksburg durante la noche capturaron las baterías federales el 29 de abril y el 30 las tropas cruzaron el río. El 1 de mayo Grant derrotó a una parte del ejército confederado al mando del general Bowen en Port Gibson y luego avanzó a lo largo de la línea del río Big Black

con 50 000 hombres divididos en tres columnas, dirigidas por los generales Sherman, McPherson y McClernand. El general Pemberton marchó desde Vicksburg con la idea de unirse al general Johnston; pero, antes de que pudiera llevarlo a cabo, una parte de sus tropas fue atacada y derrotada por McPherson en Raymond, el 12 de abril; entretanto Sherman avanzó en dirección a Jackson, donde Johnston se había estacionado con solo 9000 hombres y le había obligado a retirarse a Canton, veinticinco millas al norte. El ejército federal se dirigió a la vía férrea de Jackson y Vicksburg. El 16 avanzaron hacia Pemberton en la estación de Edward, a medio camino entre Jackson y Vicksburg, donde de nuevo los derrotaron y obligaron a parte de su ejército a retirarse al sur. El 17, Pemberton incendió el río Big Black y logró retirarse a Vicksburg. El 18, las cañoneras al mando del almirante Porter capturaron las baterías en Haines Bluff en el río Yazoo, en la retaguardia de Vicksburg, y en el mismo día cercó la ciudad el ala derecha del ejército federal, al mando del general Sherman, detenido en los ríos Misisipi y Yazoo, que ahora formaba su base de operaciones. Las defensas en ese lado, donde una cadena de fuertes, conectados por profundas trincheras, se extendía a lo largo de siete millas, mostraron ser muy consistentes; pero Johnston había prometido el relevo si Pemberton conseguía resistir durante quince días, y Grant estaba decidido a intentar un asalto inmediato. El 20, y de nuevo el 22, se tomaron las baterías; en ambos días se repelió a los asaltantes con tremendas pérdidas y Grant fue obligado a atrincherar su ejército tanto por el frente como por la retaguardia, con la esperanza de reducir el lugar por medio de operaciones regulares de asedio, una arriesgada empresa con el enemigo reuniéndose en su retaguardia.

La desafección general por la política antiesclavista del presidente Lincoln y las consecuentes victorias de los demócratas

en las elecciones de otoño llevaron a los republicanos a intentar la reconstrucción de su partido sobre una base nueva y menos repulsiva. En consecuencia, se han formado ligas leales y unionistas en la mayoría de las ciudades del norte en las que se excluye cualquier referencia a principios, ya sean constitucionales o abolicionistas, y se proclama que la restauración incondicional de la Unión —con o sin esclavitud, con o sin libertad constitucional— es el objetivo a que han de aspirar los patriotas. Al adoptar la conservación del «poder, gloria e integridad» de la nación como grito de guerra del partido, se ganaron a muchos de los demócratas beligerantes para la nueva organización; al mismo tiempo, los líderes abolicionistas fueron capaces de conservar su posición en el partido, ya que se considera que la subyugación del Sur incluye la emancipación de los esclavos por el más simple de los métodos, el exterminio de los dueños de esclavos. En las reuniones, algunos de los discursos de las ligas fueron de extraordinaria violencia, especialmente los del clero abolicionista. Se hizo evidente la actitud del gobierno hacia el nuevo movimiento al autorizar tropas y, probablemente, alentar que se realicen asambleas de regimiento y se adopten acuerdos políticos. Incluso el general Halleck no ha dudado en predecir que, después de conquistar el Sur, los ejércitos federales «pondrán sus botas sobre las cabezas de los furtivos traidores en el Norte», y el general Milroy, que está al mando en Virginia Occidental, amenazó con acabar con la traición en el Norte «por la fuerza de las armas si es necesario», y sellar la restauración de la paz y la libertad «con la sangre de los traidores allí donde se encuentren».

A la vista de esta oposición, el partido demócrata adquirió un tono más atrevido. En una serie de resoluciones aprobadas el 18 de marzo, la Cámara Legislativa de Jersey protestó contra la guerra partidista emprendida para la

subyugación de los Estados insurgentes, contra el alegato de necesidad militar cuando se utiliza más allá de las líneas militares, contra los arrestos arbitrarios, contra la creación inconstitucional de nuevos Estados, contra el poder de la emancipación de los negros asumido por el presidente y, en general, contra todo ejercicio de poder por parte del gobierno federal que no esté claramente dado y expresado en la Constitución federal, reafirmando que «los poderes no delegados a los Estados Unidos por la Constitución, ni prohibidos por ella a los Estados, están reservados a los Estados respectivos o al pueblo».

En una reunión del Comité Demócrata General de Nueva York, que tuvo lugar hace unos días, se empleó un lenguaje aún más directo. Se aprobaron resoluciones que declaraban que los Estados Unidos son una «unión de comunidades políticas originarias, indestructibles y soberanas llamadas Estados», afirmando que las libertades del pueblo están «amenazadas por las usurpaciones federales y que solo pueden ser preservadas mediante la acción enérgica del Estado autoritario», estigmatizando la guerra como «la más innecesaria, ineficaz, devastadora y cruel de los tiempos modernos» y «condenada enfáticamente por el juicio recobrado de un pueblo cristiano y civilizado.» A continuación, el comité procedió a solicitar la convocatoria de una convención, como está dispuesto en la Constitución, a la que todos los Estados en la Unión el 1 de noviembre de 1860, deberán enviar delegados para concebir medidas para «una reconstrucción de la Unión Americana y la restauración de la paz», y procedió también a denunciar como inconstitucionales el proyecto de ley de reclutamiento, el nuevo sistema bancario, así como el derecho que capacita al presidente a suspender la orden de habeas corpus. Especialmente la primera de esas medidas es descrita como una

violación directa de estas condiciones expresas y garantías en lo que respecta al control de su milicia bajo las cuales el Estado soberano de Nueva York entró en la Unión, opuesta a los derechos de los gobiernos estatales y diseñada para convertir a los Estados en meras dependencias y provincias, gobernadas por sátrapas militares, bajo un ingente despotismo consolidado, usurpador y centralista.

El comité concluyó asegurando al partido demócrata en toda la Unión

que los ciudadanos de Nueva York no son meros fanáticos, dispuestos a aniquilar a hombres blancos, mujeres y niños y liberar a los negros; que no son meros derramadores de sangres, sino creyentes en el Dios de la paz y en el evangelio de la paz; que desean la paz, rezan por la paz, anhelan la paz y cuando quiera que las urnas estén abiertas votarán con énfasis por la paz.

En una reunión del Comité Demócrata Central en Filadelfia el 28 de marzo, el señor Reed, antiguo embajador en China, pronunció un discurso en el que insistía en la necesidad de paz, «incluso si el vínculo de simpatía está, como me temo que está, irreparablemente roto», y proclamó la santidad de los derechos estatales con un atrevimiento difícilmente superable en la Confederación sureña. En su opinión, la próxima competición política en Pensilvania girará «principalmente en torno a la gran cuestión de la soberanía local y la consolidación nacional». La única garantía contra la creciente tendencia de agresiones federales residirá en la «soberanía y poder de los diferentes Estados» y, añadió, «si tengo que escoger entre la Unión sin Estados y los Estados sin Unión, no tengo problemas en decir que me aferro a mi Estado». El contraste entre el lenguaje directo y el tono

cauteloso de los líderes demócratas en sus entrevistas privadas con lord Lyons, en noviembre de 1862, es muy destacable. En ese momento no se pronunció ninguna palabra de paz, salvo en combinación con la restauración de la Unión, y toda insinuación en dirección contraria tenía tan mal acogida que el partido hizo una renuncia solemne de ese punto de vista en las elecciones otoñales. Sin embargo, las tácticas republicanas le dieron el éxito a su partido en las elecciones de Nueva Hampshire, Rhode Island y Connecticut. En Connecticut eligieron al gobernador, a tres de los cuatro miembros del Congreso y a una mayoría del poder legislativo del Estado. En ese último Estado ambos partidos pusieron todo su empeño, pero los republicanos tenían la ventaja de la influencia gubernamental, de un fondo del servicio secreto y los votos de los soldados republicanos en el ejército del Potomac, a quienes se les permitió volver a casa para votar. Quedó en manos del general Burnside someter a la mayor prueba la paciencia del partido demócrata. En una orden general, la número 38, emitida en Cincinnati, declaró su intención de desterrar al sur a todas las personas que mostrasen cualquier tipo de simpatía por la rebelión. En una reunión pública celebrada poco después en Mount Vernon, Ohio, el señor Vallandigham, miembro del Congreso y candidato al gobierno del Estado, habló de manera contundente contra la continuación de la guerra. Le comunicaron sus palabras al general Burnside dos oficiales de la división 150 de los voluntarios de Ohio, quienes, a petición suya, habían asistido a la reunión en vestimenta civil, y una compañía de soldados arrestó al señor Vallandigham en mitad de la noche, lo llevaron prisionero a Cincinnati, lo juzgaron en una corte militar a puerta cerrada, lo declararon culpable de prácticas desleales y lo condenaron a prisión en el Fuerte Warren durante la guerra. El general Burnside aprobó la sentencia. Luego el señor Vallandigham solicitó

la orden de *habeas corpus* en la corte jurisdiccional de Cincinnati. El general Burnside protestó contra la interferencia de la corte, argumentando que era su deber detener las discusiones exaltadas proclives a debilitar la autoridad del gobierno y del ejército, y el juez rechazó emitir la orden. Con posterioridad, el señor Lincoln conmutó la sentencia por el destierro a los Estados confederados y el señor Vollandigham fue entregado a las líneas confederadas con la bandera blanca. El presidente Davis le permitió dirigirse a la costa con la intención de proseguir su camino, si era posible, hacia Nassau. Se han mantenido numerosas reuniones demócratas por todos los Estados nortños para protestar contra esos actos arbitrarios y de forma unánime se ha nombrado al señor Vollandigham candidato al gobierno de su Estado. Si es elegido, probablemente se llevará el conflicto entre los derechos estatales y las usurpaciones federales a una conclusión rápida.

Octubre, 1863

Los Estados de Norteamérica

La victoria de Chancellorsville elevó la reputación del comandante sureño y su ejército a una cima que no pudo mantener e invistió a la causa confederada de un engañoso halo de éxito. A pesar de la valiente defensa de Vicksburg y Port Hudson, el gobierno de Richmond previó la probable pérdida de Misisipi y, mientras al general Bragg lo amenazaba una fuerza superior al mando de Rosencrans en Tennessee, Johnston, que era considerado el oficial más capaz de América, permaneció inactivo en los alrededores de Jackson. Por ello, se decidió invadir una vez más el Norte con la esperanza de que un tre-

mendo golpe aterrara a la población de la Unión, que desde una distancia de seguridad enviaba mercenarios a la guerra, y también con la idea de que mostraría al mundo que lo que se probó insuficiente en septiembre ya no superaba los recursos del Sur. A pesar de que una fuerza hostil estaba a la vista de Richmond y no se la podía repeler, y aunque se iba a hacer un nuevo intento contra Charleston, lo que hacía imposible escatimar tropas para la expedición, Lee comenzó una campaña con pocas promesas de éxito. El 12 de junio desmontó su campamento en Rappahannock y desplazó su ejército a las montañas. Con una parte de sus tropas vigilaba Hooker, mientras Ewell dirigía la vieja división de Jackson al valle del Shenandoah. El 13, Ewell sorprendió a Milroy en Winchester e hizo algunos prisioneros. El 15 las fuerzas de choque cruzaron el Potomac al norte de Harper's Ferry, en un punto desde el que era posible alcanzar Pensilvania el mismo día, y ocuparon Chambersburg. La masa del ejército llegó el 18 y el resto el 26. Hooker, que no había hecho nada para detener el avance, volvió a Washington y el 28 su ejército estaba en Frederick. Entretanto, Lee apareció con toda su fuerza en Pensilvania, amenazando Harrisburg y supliendo en abundancia las carencias de su soldadesca. Aquí permaneció durante una quincena sin ser perturbado ni acechado.

El 28, el mando del ejército de la Unión en Frederick lo asumió el general Meade, el oficial que había cubierto la retirada de Hooker tras la batalla de Chancellorsville e inmediatamente después había avanzado contra los confederados. Lee reunió rápidamente sus diversos cuerpos militares en los alrededores de Gettysburg, en el nacimiento del Monocacy, en una posición desde la que su retirada a Hagerstown y al Potomac quedaba protegida por South Mountain, al tiempo que le daba la posesión de la vía férrea hacia Filadelfia y Baltimore. An-

tes de que pudiera concentrar sus tropas, se encontró con la vanguardia del ejército del general Meade, al norte de Gettysburg, el 1 de julio. Los federales retrocedieron hasta el cuerpo principal y al día siguiente Meade dio la batalla en una posición sólida, donde lo atacaron los confederados a última hora de la tarde. El 3 Longstreet y Ewell renovaron el ataque, pero fueron repelidos con grandes pérdidas y esa misma noche, Lee comenzó su retirada, dejando 4000 prisioneros en manos del enemigo, pero llevándose un número mayor de prisioneros y una enorme cadena de vagones. Se destruyeron los puentes sobre el Potomac y el río quedó infranqueable por las lluvias. Lee se mantuvo durante una semana en una posición defensiva, al sur de Hagerstown, y en dos ocasiones infligió pérdidas severas a los destacamentos federales que se habían acercado de forma imprudente a su ala derecha. Meade le siguió de cerca, recibiendo importantes refuerzos de tropas inexpertas, y dudaba si debía atacar con ellas; entre el 11 y el 14 de julio, Lee cruzó de manera segura hacia Virginia con sus cañones, los heridos y el equipamiento.

La derrota del principal ejército sureño, al mando de un general de quien hace pocas semanas un excelente conocedor había escrito que «debe ser situado sin duda entre los mejores estrategias modernos», anunciaba que los confederados habían puesto todo su empeño y que se podía esperar una oleada de desastres en otros cuarteles, donde luchaban con menos perspectivas de éxito. El 4 de julio Vicksburg se rindió al general Grant, tras un sitio de cuarenta y ocho días, durante el cual los asediadores tuvieron que fortificar su posición contra Johnston, que amenazaba su retaguardia. Cuatro días después, cuando los nuevos alcanzaron la guarnición de Port Hudson, también ellos se entregaron al general Banks, y varios barcos que descendían desde St. Louis a Nueva Orleans dejaron patente que

los confederados ya no tenían una fortificación en el río. Los confederados abandonaron Jackson, la capital de Misisipi, el 18. Los federales la ocuparon y encontraron la correspondencia privada del señor Jefferson Davis, pero poco después evacuaron la ciudad y no persiguieron a Johnston en su retirada al este. El general Bragg ya se había retirado de Tennessee y se instaló en una posición fortificada en Chattanooga para la defensa de Alabama, donde le seguía lentamente Rosencrans, uno de los oficiales más cautelosos de las fuerzas federales. Mientras los confederados se retiraban de Misisipi, Tennessee y Kentucky, el general Morgan cruzó el Ohio para un asalto en Indiana y se difundió la alarma en Cincinnati. Pronto se encontró en medio de un desastre general, perseguido, derrotado y tomado como prisionero. La atención de los americanos, que se había centrado tanto tiempo sobre Vicksburg, se dirigió a Charleston, donde Beauregard estaba haciendo la defensa más científica de toda la guerra contra la fuerza terrestre y aérea al mando de Gilmore y Dahlgren, pertrechado con los artefactos de destrucción más novedosos y formidables. Aquí, durante dos meses desde mediados de julio, se atacaron los fuertes Sumter, Wagner y Moultrie desde la orilla y desde acorazados, con cañones más poderosos que cualquiera de las artillerías europeas, y se mantuvo una gran excitación en el Norte debido a noticias prematuras de éxito, hasta que el 6 de septiembre los defensores abandonaron la isla Morris.

Con excepción del sitio de Charleston, el vigor del avance federal parecía colapsarse de golpe. Meade permanecía inactivo en el Rappahannock, donde Pope, Burnside y Hooker habían estado antes y Grant no había conseguido a la primera su brillante triunfo. Los conquistadores estaban exhaustos por sus propios esfuerzos y el señor Lincoln ordenó un reclutamiento de 300 000 hombres, con el fin de reforzar sus ejércitos vic-

toriosos. Esta medida le dio de nuevo prioridad a la cuestión política.

Cuando Lee se encontraba en el Susquehanna nada salvo la energía del gobierno y el valor del ejército del Potomac salvaba a la Unión. En la misma Pensilvania había más desánimo que alarma. Los cañones del Fuerte Mackenzie apuntaban contra Baltimore por miedo a una revuelta a favor de la secesión. Un corresponsal escribió desde Nueva York:

Parece —tan rotundo es el cambio en el sentir público— que si el general Lee, habiendo tomado Washington, Baltimore y Filadelfia, y puesto a los generales Hill, Longstreet y Ewell a cargo de ellas, fuera lo suficiente bueno para marchar a Nueva York, todo el mundo estaría encantado. Gente que hace seis meses estaba casi rabiosa en sus afirmaciones apasionadas de que en ninguna circunstancia el Norte consentiría una separación, está resignada a la catástrofe, mientras que otros muchos, que aún creen posible restaurar la Unión, consideran que es mucho más probable que este objetivo lo consiga el general Lee que el señor Lincoln.

La perspectiva del reclutamiento encendió esos sentimientos y el 13 de julio estalló una revuelta en Nueva York que no fue sofocada hasta el cuarto día. Estaba dirigida principalmente contra los abolicionistas y el odio que las clases más bajas en esa ciudad, especialmente los irlandeses, albergan hacia los negros, a quienes consideran la causa de tanto derramamiento de sangre, se manifestó en un ataque general contra ellos y en una matanza de muchos. El arzobispo Hughes dirigió a los irlandeses un discurso que, bien porque pocos de los amotinados estaban presentes, bien porque no acertó a tratar la causa real de la pasión que los exaltaba, causó aparentemente poca impresión. Sin embargo, una multitud estaba compuesta de tantos

irlandeses que abandonó su propósito debido a las breves palabras de un sacerdote. Se enviaron 25 000 soldados de la Unión para hacer cumplir el reclutamiento y se prepararon listas como las de la proscripción de Warsaw, por la que en un solo distrito se convocaron no menos de 14 000 personas por encima de la cuota legal consideradas sospechosas de desafección. El gobernador Seymour obligó al gobierno a corregir la lista y la leva se llevó a cabo sin más tumultos. Encontró resistencia en otros Estados: en Maine, Ohio, Indiana y Maryland, y miles de reclutas desertaron.

Esas eran las consecuencias del éxito. Los reveses de los confederados los ponía en mayores aprietos. El Estado de Carolina del Norte, desde el principio un secesionista reticente, fue el primero en dar señales de sufrimiento y desafección. Los hombres desertaron rápidamente de los ejércitos de Bragg y Lee. El presidente dirigió un discurso de ánimo a las tropas, concebido en su acostumbrado estilo viril y sensible. Lee propuso una instrucción general, breve pero elocuente, que es un modelo para generales derrotados. El vicepresidente comenzó por el interior y pronunció discursos para alentar a la población a no desanimarse y defender el gobierno confederado. Pero esos líderes no se ocultaron a sí mismos ni a la nación la magnitud de los desastres que les habían ocurrido. Se pusieron manos a la obra para idear medios para reclutar sus tropas derrotadas. Se ordenó una leva general de hombres capaces de portar armas y se llamó a defender el estandarte a aquellos que habían comprado sustitutos, cuyo número era muy grande. En caso de máxima emergencia queda un recurso que prometía ser de verdad infalible, pero que los dueños de plantaciones no podían considerar hasta que fueran llevados al extremo: armar a los esclavos.

En el asedio de Port Hudson y de Charleston, los federales emplearon esclavos fugitivos que lucharon con una ferocidad y

pérdidas desmedidas. En Luisiana, el general Banks ordenó que se apresara a los negros por la fuerza y se los alistara en el ejército. En Nueva Orleans, los secesionistas estaban a merced de los soldados negros tras la reciente matanza de sus hermanos río arriba. El gobierno de Richmond intentó poner fin a la práctica que los amenazaba con intolerables horrores y declaró que no daría cuartel a los oficiales blancos al mando de negros y que los negros prisioneros experimentarían su propio sufrimiento. El señor Lincoln respondió que debía igual protección a todos los soldados de la Unión y que respondería sirviéndose de los prisioneros confederados. En medio de los desastres de Gettysburg y Vicksburg, el señor Stephens intentó ir a Washington para llegar a un entendimiento en este punto, pero no se le permitió hacerlo. Desde las victorias de Grant y Banks, los esclavos de todos los Estados estaban prácticamente a disposición de los federales y los federales estaban dispuestos a emplearlos. Misisipi y Luisiana tenían en conjunto más de 750 000 esclavos y podían pertrechar tropas enteras de negros. Esa perspectiva era horrorosa no solo por el odio que los esclavos tenían a sus amos, sino por la facilidad con la que pueden ser instruidos mediante la disciplina del ejército, luego alentados por el furor del derramamiento de sangre y animados por los filántropos y predicadores a infligir a un enemigo del que no podían albergar esperanza alguna atrocidades en los cuarteles como las que tuvieron la revolución en Haití.

La vaguedad del rumor que había anunciado las deliberaciones de los estadistas sureños sobre esa terrible crisis, así como la prolongada duda sobre el resultado, muestra lo crucial que será la decisión. La única condición que puede hacer que los esclavos luchen con valentía por sus amos es la práctica emancipación de toda la población esclava. En ese caso, el dueño de esclavos debe perder prácticamente todo el valor de su

propiedad y aún no se ha descubierto el modo como la libertad puede ser regulada en los Estados plantacionistas. Además de la evidente consideración del interés privado, la esclavitud se ha convertido para el patriota sureño en algo parecido al anillo y báculo de la gran controversia medieval, una especie de símbolo de independencia y autogobierno. La institución ha ganado en estima entre los dueños de plantaciones por los ataques de los que ha sido objeto, no por obstinación y resentimiento, sino porque ha sido identificada con el sistema entero de sus derechos, como lo pudiera haber sido el libre comercio o la cuestión bancaria. En cierto modo, su lucha ha sido motivada por la esclavitud en el mismo grado en que el acuerdo de emancipación habría desarmado a una gran sección de sus enemigos.

Con todo, es fácil entender el peso de los motivos que han superado tarde o temprano la fuerza de esas objeciones. Entre los dueños de esclavos se ha fortalecido con la práctica el espíritu de sacrificio material. Casas devastadas, niños asesinados, la ausencia de artículos de lujo, la escasez de objetos de primera necesidad, ruina a las puertas de miles de familias: todo esto ha hecho aparecer en muchas mentes la idea de un sacrificio más, si esa visión compensa de muchas otras pérdidas. El algodón ha perdido su supremacía, ya que Inglaterra ha resistido lo peor y no ha sido constreñida por la carencia de algodón. Todo campo plantado con trigo hace tambalear las bases de la esclavitud. Tan firme ha sido la decisión del Sur de no rendirse que es difícil de creer que haya un sacrificio que no esté dispuesto a aceptar por la independencia. Antes que salvar la esclavitud volviendo a la Unión, apenas caben dudas de que los confederados escogerán la libertad al precio de la emancipación.

Siempre ha habido un gran partido en el Norte dispuesto a disolver la Unión para liberar América de la maldición de la esclavitud. La tiranía con la que el gobierno ha dirigido la gue-

rra para satisfacer a ese partido ha fortalecido en otra sección el respeto por los derechos estatales y por el autogobierno. El mismo agotamiento por el esfuerzo de mantener una batalla de tal magnitud puede eliminar en el Sur la gran fuente de diferencia con el Norte y desarrollar en el Norte un principio de amistad y alianza con el Sur. Una declaración de emancipación pondría a los abolicionistas estrictos, así como al entero partido demócrata, en una mejor relación con el señor Davis que con el señor Lincoln y los republicanos. La decisión de convertir a sus esclavos en soldados hará que los estadistas sureños dirijan la mirada a un problema ante el que habían cerrado los ojos; a saber: la posibilidad de una Unión restablecida sobre la base de sus principios políticos, mediante una victoria del autogobierno sobre el absolutismo de la mayoría, de la libertad sobre la esclavitud. Una confederación que abarque la vieja Unión, sin un despotismo popular en Washington ni esclavitud en Richmond, ofrece una visión que los líderes de la secesión no deberían repudiar en ningún caso. Redimiría a la democracia americana de sus dos defectos supremos y constituiría la nación más libre y poderosa en el mundo.

**RESEÑA DE LA SEGUNDA
GUERRA DE INDEPENDENCIA EN
AMÉRICA DE HUSON**

La segunda guerra de independencia, escrita por el último secretario de la legación americana en Berlín, es obra de un secesionista sanguíneo e intransigente. El público está familiarizado con los hechos que expone, pero su razonamiento es sugerente. Estima el total de la población sureña en torno a 12 250 000 habitantes y la de la población nortea en torno a 19 141 000. Pero, aunque «haya en determinados Estados secesionistas una parte de la población desleal con el Sur, como en Misuri, Kentucky, Maryland y pequeños distritos en Tennessee y Virginia, de donde se han tomado contingentes para el ejército nortea» (p. 108), su comparación de los otros elementos de fuerza es más favorable a su propia causa: «Un gran número de hombres capaces de empuñar armas en el Norte tiene que quedarse en casa para el cultivo de la tierra, que en el Sur lo llevan a cabo casi exclusivamente esclavos, por lo que toda la población capaz de empuñar las armas puede ser reservada para el ejército». Otra ventaja es que las mujeres y niños esclavos trabajan en los campos, mientras que en el Norte las mujeres se quedan en casa y los niños van a la escuela: «Así que es obvio que el total

de trabajo agrícola realizado por 4 000 000 de esclavos en el Sur es, *ceteris paribus*, mucho mayor que el realizado por una población blanca del mismo número en el Norte. Por estas razones, la diferencia en el número de hombres que pueden ser reservados respectivamente para el ejército de ambas secciones no es en absoluto tan grande como a primera vista parece indicar la diferencia respecto a la población» (p. 109). El reclutamiento de los ejércitos nortños no se lleva a cabo entre los trabajadores agrícolas, que constituyen los mejores soldados. A medida que en tiempos de guerra la tendencia natural de los productos agrícolas es encarecerse, la ocupación de la agricultura se vuelve más rentable y el trabajo agrícola aumenta proporcionalmente su precio. Por otro lado, las numerosas fábricas que han cerrado a causa de la falta de suministro de material y de mercados para artículos manufacturados se han visto obligadas a despedir a sus operarios. Así una gran clase sin empleo le ha sido arrojada al Norte y de ella se ha compuesto, en gran medida, el ejército. La inactividad en el comercio, por tanto, ha dejado a gran cantidad de gente sin empleo en las ciudades. Más que a morir de hambre, se ha inducido a gran parte de esas dos clases a entrar en el ejército para obtener un sustento (p. 114): «Es simplemente absurdo discurrir acerca del peligro de que el Sur pase hambre, especialmente ahora que ha cesado la exportación de sus productos, mientras que la producción ha aumentado, habiendo tenido la guerra poca influencia en la perturbación del sistema de trabajo involuntario» (p. 119). «Los soldados sureños solo demandan armas y apoyo y gran parte de ellos rehúsa aceptar cualquier tipo de paga del gobierno, mientras que miles de oficiales y soldados adinerados se han unido para costear la organización y el apoyo de regimientos enteros» (p. 121). «Las contribuciones de la ciudad de Nueva Orleans durante el mes de octubre antes de su toma... ascendían a 200 000 li-

bras y se destinaron exclusivamente al ejército en Virginia, sin tener en cuenta las contribuciones inferiores a 20 libras» (p. 122) «El Sur ha decidido conseguir por medio de imposición directa los medios necesarios para llevar a cabo la guerra. Los sureños están dispuestos a aceptar esto porque la naturaleza de sus producciones es tal que pueden soportar una tasa mayor de imposición que el Norte» (p. 124).

En lo referente a la esclavitud, el señor Hudson, que escribe para un público inglés, no hace concesión alguna a los sentimientos europeos. Cita los informes de los gobernadores de los Estados norteaños sobre la condición de los negros emancipados. El gobernador de Pensilvania considera que «la condición de la población negra en este estado es la propia de una clase degradada, muy deteriorada por la libertad», y lo confirma el hecho de que «la eliminación de la sana restricción que procede de la esclavitud, y la subsiguiente ausencia del estímulo para forzar a trabajar a los que están en esa condición, han empeorado materialmente su condición.» En Nueva Jersey, «una cuarta parte de los criminales en la prisión estatal son personas de color, mientras que constituyen una vigésimo quinta parte de la población.» El señor Hudson estima el valor total de los esclavos en 500 000 000 libras: «¿Se puede acaso albergar, siquiera por un momento, la idea de que la gente norteaña fijaría un impuesto para alcanzar esa cifra por amor a los negros? El modo como se trata al negro libre en el Norte proporcionará la mejor réplica. Si se aboliera el trabajo esclavo en el Sur, los bienes raíces, que en consecuencia perderían su valor y rentabilidad, podrían estimarse en casi la mitad del valor de los esclavos» (p. 174). Los argumentos contra la posibilidad de la emancipación son contundentes, pero no nuevos: «La influencia del trabajo esclavo en el progreso de la civilización y la prosperidad del mundo ha sido incalculable... Toda la historia nos enseña que

ningún pueblo se ha mantenido en la esclavitud si estaba listo para la libertad.» Pero debemos añadir que la esclavitud ha hecho otro tanto para perjudicar a la civilización y entorpecer el progreso en algunos casos así como promoverlo en otros, y la última observación es válida para las naciones, pero no para los individuos. Los esclavos, a pesar de su número, son meramente un agregado de individuos. No tienen ninguna de las condiciones para la unidad nacional: ni sentimientos comunes, ni identidad de sangre, ni sentimiento de confraternidad. El caso de Santo Domingo era diferente. En un espacio limitado las comunicaciones eran más fáciles; una sola mente podía abarcar la totalidad e influir en ella. Se reclutaba constantemente la sangre negra mediante la importación de esclavos, de modo que se preservaba el carácter de la raza africana. Además, las dos razas, la pura y la mestiza, se odiaban con una intensidad que conducía a guerras encarnizadas, al despotismo cruel, a la revolución y a cambios de los que aún no hemos visto el final. Es más, la capacidad para la libertad es relativa. Una de las condiciones es la aptitud de los amos para mandar, y esto no está desligado de las instituciones políticas. El establecimiento de la democracia en Francia derrocó el dominio francés en Santo Domingo. No era apropiado para los demócratas absolutos en el Norte ser dueños de esclavos. Uno de los grandes hechos de este drama es que la posesión de esclavos conduce al Sur a un sistema de gobierno más sabio.

Tal vez la parte más destacable de este volumen sea la introducción escrita por el señor Bolling A. Pope. La mayor parte del volumen está dedicada a una disertación sobre el algodón, pero comienza con algunas observaciones sobre el carácter político de la secesión, escritas en un espíritu muy diferente del que estamos acostumbrados a encontrar en los políticos americanos. Hay una gran verdad en el parecer de que la democracia

revolucionaria de Europa corrompió y degradó la democracia constitucional de los Estados Unidos.

Bajo la influencia de los elementos rebeldes y socialistas de Europa, y las ideas democráticas extremas prevalecientes en el Norte, el derecho al sufragio había perdido su dignidad y el poder político había pasado a manos de los menos capacitados para utilizarlo adecuadamente... Con la caída de la Unión el partido de la revolución perdió sus esperanzas de una poderosa ayuda de esa procedencia para eliminar las restricciones restantes a la teoría universal de la igualdad (p. xvii)... Para América era lo mejor, ya que el sistema político estaba prácticamente desmoralizando a la gente y la única esperanza residía en la formación de dos gobiernos, con los que se pudiera crear un equilibrio de poder en ese continente y, con ello, tendencias políticas más conservadoras (p. xx).

Estados Unidos ha fracasado doblemente en su misión de redimir la democracia del reproche de rebelión que se le ha atribuido en el continente de Europa. Ha fracasado en impedir que el poder sea arbitrario y en proteger el sistema de la federación. El Sur se enfrenta con el problema de nuevo, enseñado por la experiencia y ayudado por los hábitos adquiridos de obediencia y mando. Si logra liberar a la democracia moderna de sus peores defectos y de su mala fama, destruirá lo que es, en la opinión de Europa, el apoyo más poderoso del gobierno absoluto. Respecto a la cuestión de la política inglesa, el señor Pope tiene una sugerencia acertada:

Obviamente el libre comercio forma parte de los intereses de los Estados confederados; sin embargo, hay razones para temer que, si la guerra continúa, el gobierno de los Estados confederados encontrará grandes dificultades en llevar a cabo esta política, ya que el bloqueo ha obligado al Sur a producir para sí

mismo. Grandes cantidades de capital han sido forzados a este canal y, cuando la guerra termine, sin protección será por fuerza una pérdida total (p. xxiv).

3

LA GUERRA CIVIL EN AMÉRICA: SU LUGAR EN LA HISTORIA

Antes del estallido de la Guerra Civil, Estados Unidos se había convertido durante muchos años en objeto de ansiedad o envidia para muchos, en objeto de admiración y curiosidad para toda la humanidad. Su prosperidad, ligada a la prosperidad de Inglaterra por mil vínculos beneficiosos, parecía incluso más espléndida y segura. El rápido crecimiento de su población unía las maravillas de Lancashire con las maravillas de Australia; creaba vastas ciudades y poblaba un enorme territorio con su excedente de población. La acumulación de riquezas era tan grande como en Europa, pero estaban repartidas de manera tanto más generalizada que, en consecuencia, la pobreza, así como la ociosidad, era prácticamente desconocida. Todas las fuentes de riqueza agrícola y mineral disfrutadas por el viejo mundo se decuplicaron en el nuevo, libres del despilfarro de las causas políticas que restringen las iniciativas comerciales y se dedican a objetivos que no aportan un rendimiento adecuado a los recursos del pueblo. Se reservó el dinero rescatado de ese modo del derroche improductivo a extender e igualar la educación.

En una sociedad organizada como la nuestra es deseable que la educación se ajuste, en naturaleza y grado, al carácter y

a la ocupación particulares de los diversos rangos en la vida a los que pertenece cada hombre, pero en un país donde no hay distinción de clase, un niño no nace en la posición social de sus padres, sino que nace con el derecho indefinido a todos los premios que se pueden ganar por medio del pensamiento y del trabajo. Es acorde a la teoría de la igualdad detectar las causas que la perturban y, en la medida de lo posible, proporcionar a cada joven un comienzo en la vida en igualdad de condiciones. Todo americano es un hombre hecho a sí mismo y los americanos no quieren privar a nadie en su infancia de los medios para competir. Por eso se introdujo en diversos Estados un sistema de enseñanza que permitía a un alumno progresar desde los primeros rudimentos del conocimiento hasta la finalización de unos estudios universitarios y prepararse para las profesiones liberales sin pagar un solo chelín. Los impuestos eran apenas perceptibles, no había un ejército permanente, una flota que pesaba poco en el presupuesto, una deuda pública insignificante. Ninguna potencia vecina amenazaba la seguridad del país. Ninguna desafección interna perturbaba el imperio pacífico de la ley. Ese progreso material, aunque frenado por serias deficiencias, no se obtuvo a expensas de los elementos superiores de la civilización.

Al menos en lo que respecta a la literatura disiento completamente de la opinión que niega a los americanos un lugar honorable junto a las naciones europeas. Puede afirmarse que los americanos no tienen poetas ni pintores de primera y que han hecho poco por la erudición y las antigüedades. Sin embargo, me parece imposible negar con justicia que sean nuestros iguales en elocuencia política y en filosofía ni que nos superasen como escritores sobre la historia del continente o sobre el arte de gobernar. En la política práctica habían solucionado con un éxito asombroso e inusitado dos problemas que hasta

entonces no habían sido capaces de solucionar las naciones más ilustradas: los americanos habían ideado un sistema de gobierno federal que incrementó de forma prodigiosa el poder nacional, pero que seguía respetando las libertades y las autoridades locales, y lo habían fundado sobre el principio de la igualdad sin renunciar a las garantías para la propiedad y la libertad. A su éxito lo denominó inusitado no porque sea un término contundente, sino porque indica exactamente el carácter peculiar de la historia de la Constitución americana y su significación especial para nosotros.

Esto me recuerda la regla sabia y saludable que me obliga aquí a abstenerme de temas que puedan ser motivo de discordia. Para valorar la naturaleza y las causas del tema que tenemos ante nosotros, hemos de orientarnos por la luz de esa ciencia política que reside en las regiones serenas, alejadas de los conflictos de opiniones partidistas; una ciencia cuyos principios son claros, definidos y ciertos, y no más difíciles de aplicar que los principios del código moral. Con este espíritu deseo hablar del valor ejemplar de los acontecimientos en América. El ejemplo es de primera importancia en política porque los cálculos políticos son tan complejos que no podemos confiar en la teoría si no podemos confirmarla con la experiencia.

Ahora bien, la experiencia de los americanos es necesariamente una lección impresionante para Inglaterra. Nuestras instituciones, así como nuestro carácter nacional, surgen de las mismas raíces y las vicisitudes que encuentran tienen que servirnos como un faro para guiarnos o como una advertencia para alejarnos. El mundo no había contemplado nunca una democracia que combinara una civilización muy avanzada con un territorio muy extenso. Las democracias han coexistido con el más elevado refinamiento social e intelectual, pero no tenían que superar la dificultad del espacio. Las que extendieron su

dominio perecieron entre los peligros afines de la anarquía y el despotismo. Sobre todo, nunca una democracia ha intentado siquiera adoptar el sistema de gobierno representativo, que es la invención suprema y característica de la monarquía británica. Por eso se había convertido casi en un axioma en ciencia política que es imposible aquello que la Roma antigua y la Francia moderna intentaron y no consiguieron llevar a cabo; que la democracia, para ser compatible con la libertad, tiene que subsistir en solución y combinación con otros principios significativos, y que la plena igualdad es la ruina de la libertad y muy perjudicial para los intereses más preciados de la sociedad, la civilización y la religión. Ese era, hasta hace una generación, el veredicto de la historia, cuya decisión los americanos se han comprometido a revocar. Nunca habían hecho los hombres un intento más memorable. Si los americanos tuvieran éxito en su alegato crucial; si demostraran por experimentación que una enorme comunidad, rica, intelectual y civilizada como la de Europa, guiada por la experiencia acumulada del más viejo hemisferio y sin sus dificultades, perjuicios y peligros particulares, podría ser gobernada por los principios de la democracia pura, sin ningún sacrificio de aquellos objetivos más elevados a cuyo servicio están las formas políticas, entonces ejercerían inevitablemente una presión abrumadora sobre la antigua sociedad de Europa. Si pudieran demostrar que era posible lo que se consideraba una quimera porque contradecía la experiencia de épocas; si nos mostraran que se podría disfrutar más ampliamente de los objetivos perseguidos por nuestro sistema político y social sin el castigo que Europa ha pagado siempre, en la forma de una desigualdad y de un sufrimiento enormes, por parte de autoridades irresponsables, guerras sanguinarias y daños injustificados, en la opresión de una clase por otra, de una raza por otra y de una religión por otra; en la degradación elabora-

da, deliberada, intencional de la parte más débil por razones de Estado, fervor religioso, orgullo de sangre o la acción ciega e irresistible de una riqueza y fuerza superiores; si pudieran mostrar al mundo el espectáculo de un país tan extenso como Rusia, tan a salvo de la agresión como Francia, tan intelectual como Alemania, tan libre y tan obediente a la ley como Gran Bretaña, sin la lacra de las restricciones a la libertad personal, sin flotas ni ejércitos, sin pauperismo ni deuda nacional; si, en pocas palabras, América pudiera dar la luz sin la sombra de la vida política, entonces creo que las instituciones venerables del sistema político europeo se vendrían abajo ante ese argumento invencible.

Esas instituciones han envejecido y su vejez es vigorosa porque confiamos en que pasarán las pruebas de la conveniencia y el derecho porque son necesarias o propicias para el bien general. Pero si América destruyera la validez de ese alegato, entonces el único incentivo por el que se obligaría a las masas de la humanidad a tolerar los males e injusticias consustanciales a nuestro sistema social sería el argumento efímero de la fuerza. Había muchos que pensaban que el gran problema estaba solucionado y que América había realizado el trabajo, y esa convicción ya ha ejercido una influencia perturbadora en los asuntos de Europa. Los historiadores afirman que la Revolución francesa fue causada en parte por la revolución lograda que fundó los Estados Unidos. Si eso pudo pasar en un tiempo en el que se alcanzó únicamente la independencia y su Constitución estaba solo empezando la trayectoria que ha recorrido tan majestuosamente, es fácil valorar cuánto se incrementaría su influencia con la permanencia de su éxito. En este sentido, América ejerció un poder de atracción sobre Europa del que la gran migración es solo una señal secundaria. Más allá de los millones que han cruzado el océano, ¿quién calculará los millo-

nes cuyos corazones y esperanzas están en los Estados Unidos, para quienes el sol naciente está en el Oeste y cuyos movimientos están controlados por el imán distante, aunque no los haya atraído?

Ha llegado el momento de que todo el mundo perciba que esos juicios eran prematuros. Cinco años han traído un cambio tan enorme que, en las realidades terribles de hoy, no se podría comprender la imagen que he dado fielmente de los Estados Unidos tal como los encontré bajo el presidente Pierce. Su deuda impone ahora una carga más pesada que la que contrajo Inglaterra en la gran guerra, y ha sido contraída no para repeler una invasión o derrotar a un enemigo nacional, sino para masacrar a los conciudadanos y pasar a fuego y espada los maizales y las fincas de un país que es el suyo. Los ejércitos que han reclutado y perdido eran más grandes en proporción a la población que los del emperador Napoleón o los del emperador Alejandro. Sus cárceles se han poblado de ciudadanos desafectos. Una parte de su territorio ha quedado desolado porque la guerra se llevó a quienes deberían haber cultivado la tierra; otra parte porque los ejércitos la redujeron a la nada. La Unión, que se fundaba y sostenía por la adhesión del pueblo, ha sido restaurada por la fuerza, y la Constitución, que era el ídolo de los americanos, la obedecen millones de hombres humillados e indignados, cuyas familias ha diezmado, cuya propiedad ha asolado y cuyas perspectivas ha arruinado para siempre.

Sin duda, en esta crisis de su existencia política la nación ha mostrado muchas cualidades nobles: patriotismo, fortaleza en la adversidad, respeto por la autoridad y, en cierta medida, las difíciles artes de la subordinación y la disciplina. El poder civil no ha sido amenazado ni debilitado por la resistencia de un comandante popular; diferencias de posición social no han interferido en la organización del ejército; el rango militar no

ha perturbado la normalidad de la vida cotidiana; el oficial y el soldado se han fundido en el ciudadano pacífico. En los diversos líderes han surgido hombres de gran talento y, por lo menos, uno que se ha hecho un nombre entre nombres que nunca morirán. No obstante, el juicio que sobrevino a la Unión americana no era inmerecido. Convulsiones como estas surgen de causas proporcionales y no pueden ser el producto de un breve espacio de tiempo ni de pocos hombres. Los mismos americanos lo reconocerían, pero sus explicaciones se contradicen. Unos echarían la culpa a la esclavitud, otros acusarían a la tiranía del norte. De la solución de la cuestión depende el lugar que debe asignarse a la Guerra Civil americana en la historia universal.

Resulta llamativo que los fundadores más sabios e ilustres de la Constitución apenas confiaban en ella ni la admiraban y que sus críticos más severos y desalentadores son a quienes los americanos veneran como a los padres de su país. Washington expuso, en una conversación que Jefferson ha registrado, sus miedos a la permanencia de una nueva forma de gobierno. Afirmó que, en un periodo de las deliberaciones, la Constitución prometía satisfacer sus ideas, pero que en los últimos días de la convención se habían modificado los principios por los que había luchado. Se refería a la ley que requería una mayoría de dos tercios en todas las medidas que afectaban de forma distinta a los intereses de los diversos Estados. Se rechazó esa disposición, que habría protegido a las minorías, como consecuencia de una coalición entre los Estados del sur y los Estados del este, en beneficio de los dueños de esclavos en el sur y en beneficio de los intereses comerciales y manufactureros en el este. Dijo «que no le gustaba conferir demasiado poder a manos democráticas; que si no hacían lo que la Constitución les instaba a hacer, sería el fin del gobierno, y tendría entonces que

adoptar otra forma». Se detuvo aquí, dice Jefferson, «y guardé silencio para ver si decía algo más en la misma línea o añadía alguna expresión significativa para suavizar lo que había dicho, pero no hizo ninguna de las dos cosas». Había un hombre superior a Washington entre los hombres de Estado que lo rodeaban: Alexander Hamilton, cuyos pronósticos eran aún más sombríos. Dijo: «Personalmente, opino que el gobierno actual no es el que va a dar respuesta a los fines de la sociedad, proporcionando estabilidad y protección a sus derechos, y probablemente se considerará conveniente pasar a la forma británica». «Una disolución de la Unión parece, en última instancia, el resultado más probable.» Tiempo después calificó la Constitución de tejido frágil e inútil, de vínculo temporal. El primer presidente después de Washington, John Adams, dijo que «no veía la posibilidad de continuar la Unión de los Estados, que su disolución tenía que llegar necesariamente». En otra ocasión señaló de dónde preveía que vendría el peligro. «Nunca una república —dijo— pudo prevalecer sin un Senado profunda y fuertemente arraigado, lo suficientemente fuerte como para soportar todas las tormentas y pasiones populares. En lo referente a confiar a una asamblea popular la preservación de nuestras libertades, era la más pura quimera imaginable; nunca ha tenido criterio alguno de decisión, salvo su propia voluntad.»

Si continuara con mis extractos podría mostrar más claramente que los autores de la democracia más célebre de la historia consideraban que los peligros más temibles que amenazaban la estabilidad de su obra eran justamente los principios de la misma democracia. Según ellos, el establecimiento de un gobierno republicano no fue el resultado de una teoría, sino de la necesidad. No poseían una aristocracia ni un rey, pero heredaron nuestras leyes inglesas y se esforzaron por adaptarlas lo más fielmente posible a una sociedad constituida de manera muy distinta a la

sociedad en la que tenían su origen. Los primeros intérpretes de la Constitución y de las leyes se esforzaron en orientarse por los precedentes ingleses y en acercarse tanto como fuera posible al modelo inglés. Hamilton es el expositor principal de estas ideas:

Se ha hecho la observación de que una democracia pura, si fuera practicable, sería el gobierno más perfecto. La experiencia ha demostrado que ninguna posición en política es más falsa que esa. Las antiguas democracias, en las que el pueblo mismo deliberaba, no poseyeron una sola característica de un buen gobierno. Su carácter propio es la tiranía, su figura la deformidad. Si tendemos demasiado hacia la democracia, nos precipitaremos pronto hacia la monarquía. Quienes pretendan formar un gobierno republicano sólido deberían dirigirse a los confines de otro gobierno. Hay determinadas coyunturas en las que puede ser necesario y adecuado ignorar las opiniones que la mayoría del pueblo se ha formado. Debería haber un principio en el gobierno capaz de resistir la corriente popular. El principio destinado principalmente a afianzarse es este, que tiene que haber una voluntad permanente.

Estas no son opiniones personales. Eran compartidas por un partido poderoso que velaba la cuna y guiaba los primeros pasos de la República americana, y muestran el espíritu moderado, sabio e inglés que presidía sus primeros consejos. En esa combinación había una incoherencia que el tiempo desarrollaría necesariamente. Las leyes no fluyen de un único principio; son el resultado de muchas influencias, reconocen la autoridad y la tradición, contrapesan un conjunto de intereses con otro, tienen el objeto de servir a diversos derechos y se determinan por criterios de conveniencia. De todas las cosas concebibles, la más ajena a su espíritu es sacrificar algún interés destacado o algún derecho particular a los requerimientos de una vaga

abstracción. Pero era difícil para los reyes normandos y los parlamentos feudales legislar de un modo que satisficiera las necesidades de la sociedad americana. Era necesario introducir modificaciones y las dirigió de forma natural ese nuevo elemento que las solicitaba, un principio puramente democrático.

El abogado más eminente de ese principio, a quien Tocqueville denominó el apóstol más poderoso que la democracia ha tenido jamás, fue Jefferson. Una o dos frases tomadas de sus escritos proporcionarán el ejemplo más contundente de los contrastes que coexistían entonces y cuyas pugnas por la supremacía iban a presidir la historia y decidir el destino de la Constitución americana. Jefferson dice que

su objetivo es restringir la administración a formas y principios republicanos y no permitir que se interprete la Constitución como una monarquía y se la deforme, en la práctica, con los principios y contaminaciones de su modelo inglés favorito. Todo pueblo puede establecer la forma de gobierno que le plazca, siendo la voluntad de la nación lo único esencial. Suscribo el principio de que la voluntad de la mayoría, expresada honestamente, debe legislar. Considero evidente que la tierra pertenece a los vivos; que los muertos no tienen ni poderes ni derechos sobre ella. Ninguna sociedad puede hacer una Constitución perpetua ni siquiera una ley perpetua. La tierra pertenece siempre a la generación viva. Cada generación, por consiguiente, y cada ley, expiran de forma natural al cabo de treinta y cuatro años.

Entre esa doctrina revolucionaria y las ideas inspiradas en Inglaterra había un antagonismo irreconciliable. Para Jefferson era intolerable que los compromisos de una generación vincularan a otra, que un derecho se considerara demasiado sagrado como para ser sustraído al voto de la mayoría. Deseaba que la ley estuviera en constante estado de fluctuación y que cada

cambio realizara cada vez más los deseos momentáneos del pueblo. Ningún hombre, en consecuencia, ni ningún interés gozarían de garantía alguna contra el sentimiento popular, y los hombres se verían obligados a pugnar permanentemente no solo por el poder, sino también por la seguridad.

Con todo, el mismo Jefferson era uno de los que perdió las esperanzas en la Unión. Cuando por primera vez surgió la gran controversia en torno a la extensión de la esclavitud, escribió a un amigo cercano: «Lo considero ya el toque de difuntos de la Unión. Desde luego se mantiene silencio al respecto por el momento, pero es solo un indulto, no una sentencia definitiva. Una línea geográfica coincidente con un destacado principio, moral y político, y concebida y sostenida por las pasiones enconadas de los hombres, no se eliminará nunca, sino que cada nuevo enojo la hará cada vez más profunda».

Pero me parece claro que si nunca hubiera existido la esclavitud, una comunidad dividida por principios tan opuestos como los de Jefferson y Hamilton se habría entretenido con su antagonismo hasta que uno de ellos hubiera prevalecido, y que una teoría que identifica la libertad con un único derecho, el derecho a hacer todo lo que tenemos el poder efectivo de hacer, y una teoría que garantiza la libertad mediante determinados derechos inmutables y lo funda en verdades que los hombres no han inventado y de las que no pueden abjurar, no pueden ser ambos principios formativos de la misma Constitución. El poder absoluto y las restricciones a su ejercicio no pueden coexistir. No es otra cosa que una nueva forma de la vieja controversia entre el espíritu de la verdadera libertad y el despotismo en su disfraz más ingenioso. A menudo rememoro una escena porque me parece que contiene la clave de lo que siguió a continuación. En ocasiones estuve presente en los debates de una convención que se reunió en Boston después de

un intervalo de treinta años para revisar la Constitución del Estado más ilustrado de la Unión. Allí se trataron algunos de los primeros principios de la política y una de las cuestiones era la referente al nombramiento del poder judicial. Es una verdad muy elemental que un juez debe ser independiente y estar a salvo del peligro de ser influido por el favor de la corte o del pueblo. Pero un orador eminente y muy culto, ahora uno de los mejores estadistas americanos, tal vez el de mayor reputación en Europa, habló a favor de mandatos breves, creo que anuales, y a favor de jueces elegidos por el pueblo. No discutió que unos jueces independientes administrarían las leyes más honorable y fielmente. Pero sostuvo que la coherencia es preferible a la justicia; que el pueblo, en tanto que fuente de toda autoridad, debería controlar a aquellos a quienes delega su autoridad; que no debería permitirse que argumentos de conveniencia perturben la aplicación del principio democrático. No puedo evitar recordar que hay también un principio de monarquía absoluta en el mundo, que convierte a la corona en la única fuente de autoridad y a los funcionarios del poder judicial en agentes de la corte. La civilización moderna alardea de haber deshecho ese sistema y haberlo sustituido por el que la experiencia muestra ser más favorable a la justicia. Sin embargo, los absolutistas de la democracia y de la monarquía valoran sus principios de gobierno por encima de los fines de la sociedad y la civilización, y crean un ídolo al que están dispuestos a sacrificar las garantías de la propiedad, la protección de la virtud y la santidad de la vida privada. Todos los gobiernos en los que predomina un principio degeneran por su exageración. La unidad de la monarquía gravita hacia el despotismo de una sola voluntad. La aristocracia que está gobernada por una minoría tiende a restringir esa minoría a una oligarquía. En democracias puras se sigue el mismo curso y el dominio de la mayoría se impone

cada vez más extensa e irresistiblemente. Entendemos que la libertad consiste en la exención de control. En América la libertad ha llegado a significar el derecho a ejercer control.

Para describir la invasión de este principio iliberal y tiránico, sería necesario pasar revista a la historia de los últimos setenta años. Solo puedo ilustrar lo que quiero decir con el lenguaje que los propios americanos eminentes han utilizado. El presidente Madison escribió: «Cuando una mayoría se integra en una facción, la forma del gobierno popular le permite sacrificar a su pasión o interés dominantes tanto el bien público como los derechos de otros ciudadanos. Si una mayoría se une por intereses comunes, los derechos de la minoría estarán en peligro». El juez Story dice que al pueblo hay que recordarle la verdad fundamental en un gobierno republicano: «Que la minoría tiene derechos indiscutibles e inalienables, que la mayoría no lo es todo y la minoría nada, que el pueblo no puede hacer lo que le plazca». Channing dice: «La multitud considera algo intuitivo la doctrina de que la mayoría debería gobernar y nunca ha pensado cuánto hay que modificarla en la práctica ni cuánto se debería controlar su aplicación con otros principios». Por último, permitidme citar las palabras de una publicación muy reciente, que es de la pluma del jefe de gabinete de Sherman, de un hombre que, por tanto, no cabe tener por insensato: «¿Cómo puede haber justificación para una revolución bajo un gobierno donde hay sufragio universal? Por mi parte, yo diría más bien, ¿cómo es posible que hombres juiciosos hayan tolerado tanto tiempo un sistema que es al mismo tiempo tan opresivo y tan extremadamente estúpido?»

Debemos tener presente que el contraste decisivo entre Europa y América es que allí la sociedad va a la deriva de las tradiciones y de la influencia de una antigua civilización. Las naciones de Europa occidental están tan ligadas entre sí por

su origen, por su estrecho trato y por la similitud de intereses sociales y de carácter, que una opinión pública general se extiende más allá de sus fronteras y mantiene en cada nación los hábitos, ideas y constituciones que son comunes a todos. A favor de esos hábitos e ideas, la protesta de la opinión europea reaccionaría poderosamente en contra de cualquier Estado europeo que los rechazara. Pero los americanos no gozan de semejantes influencias protectoras y nada que no tenga el apoyo popular está a salvo. A las ideas de las generaciones y de los contemporáneos civilizados no se les permite compartir y limitar la autoridad absoluta del momento presente. El principio revolucionario que Jefferson introdujo los separa tan completamente de las generaciones pasadas como el Atlántico los separa de los contemporáneos civilizados. La voz de la civilización europea y, de un modo parecido, la voz del pasado, les llega de otro mundo. La historia está llena de testimonios de resistencia provocada por el abuso de poder. Pero mientras que en el viejo mundo el pueblo produce el remedio, en América produce la causa de la enfermedad. No hay una apelación del pueblo a sí mismo. Después de haber enseñado durante años que su voluntad debería ser ley, no puede aprender la lección de la abnegación y renunciar al ejercicio del poder que ha gozado. Por eso los escritores políticos han establecido como una norma general que un republicanismo degenerado termina en una pérdida total de libertad. Muchos han profetizado que eso sería el fin de la República americana.

Pero una confederación posee un recurso en contra de una catástrofe así que le es negado a un solo Estado. La centralización encuentra una barrera natural en los diversos gobiernos estatales. «Este equilibrio —dice Hamilton— entre el gobierno nacional y los estatales es de la mayor importancia; forma una doble garantía para el pueblo. Si un gobierno usurpa sus derechos, el pueblo encontrará una protección poderosa en el otro.»

Ese es, en efecto, el peculiar mérito de las instituciones americanas; modifica, pero no resuelve la cuestión. Proporciona a la libertad un valioso auxiliar en el sistema feudal, pero no decide la cuestión. Ese espíritu agresivo, absoluto, que es la pesadilla de las democracias puras, prevaleció mucho antes y más enteramente en algunos Estados que en otros, y los Estados que lo animaron se esforzaron en concederle la dirección suprema del gobierno central de la Unión. No escogieron que otras partes de la nación estuvieran exentas de un tipo de poder al que ellos mismos se sometieron. Pero tan pronto como los diferentes Estados se convirtieron en los defensores de principios gubernamentales opuestos, la Unión estaba en peligro.

Ahora había una amplia línea de demarcación entre los Estados que los dividía tanto en principios políticos como en intereses financieros, y que coincidía además con la diferencia de clima y de modos de cultivo, así como con determinadas distinciones de raza de los primeros tiempos. Me refiero, por supuesto, a lo que fue la causa inmediata de la última revolución, esa que, diréis, he mantenido oculta demasiado tiempo, la división entre los Estados esclavistas y el Norte.

Si mi presente tema fuera la institución de la esclavitud en general, debería esforzarme por mostrar que ha sido un instrumento poderoso no para el mal solamente, sino para el bien en el orden providencial del mundo. Dios todopoderoso, en Sus caminos misteriosos, ha derramado bendiciones incluso a través de la misma esclavitud, despertando el espíritu de sacrificio, por un lado, y el espíritu de la caridad por otro. Pero la esclavitud negra tenía características propias demasiado marcadas como para admitir observaciones generales. Se han esgrimido alegatos a favor de la mitigación, se han publicado historias para probar la enormidad del sufrimiento real. El juicio que os pediré que aceptéis no se basará ni en la existencia de grandes

abusos ni en la de amos amables y cristianos, sino en las disposiciones del derecho servil. El decreto más revelador que podría aducir para ilustrar la idea de la personalidad en el negro es que, si un esclavo era sentenciado a muerte, su propietario recibía del erario público su valor monetario. Ningún esclavo podía hacer un contrato válido; en consecuencia, no podía contraer un matrimonio legal, ni siquiera con el consentimiento del amo. Todas las garantías de la virtud, todas las sanciones a la infracción del derecho matrimonial, o de aquellas leyes que son anteriores a toda legislación humana, se consideraban inaplicables a la familia negra. Estoy seguro de que la voz de la naturaleza y de la humanidad constantemente mitigaba la ley del país, pero no cabe duda de que la jurisprudencia del sur negaba que el negro estuviera vinculado al mismo código moral que nosotros y que esa creencia la compartían los líderes de la secesión.

En un gran discurso al comienzo del movimiento, el señor Stephens, vicepresidente de la Confederación, pronunció estas palabras: «La piedra angular de nuestro nuevo gobierno descansa sobre la gran verdad de que el negro no es igual al hombre blanco, de que la esclavitud, subordinación a la raza superior, es su condición natural y normal. Nuestro nuevo gobierno es el primero en la historia universal basado en esta gran verdad física, filosófica y moral.» Aquí, por tanto, una sociedad estaba adoptando la desigualdad, no como el producto natural de la propiedad, del origen y del mérito, sino como su fundamento último; una sociedad, en consecuencia, constituida más aristocráticamente que las de los tiempos feudales. El dueño de esclavos sureño era contrario a dos principios que animaban la democracia de los Estados del norte. Negaba la igualdad absolutamente esencial de todos los hombres en derechos civiles y negaba la justicia de la doctrina de que la minoría no posee nada que esté exento del control de la mayoría, porque sabía

que era incompatible con la institución doméstica que para él era tan sagrada como los derechos de propiedad. Por tanto, el defecto mismo de su sistema social los protegió de esos errores políticos que estaban transformando los caracteres originales de las Repúblicas del norte. La descomposición de la democracia se detuvo en el sur por influencia indirecta de la esclavitud.

Así sucedió que el Sur, para protegerse a sí mismo, buscó limitar el poder central, mientras que el Norte deseaba convertirlo en superior a toda limitación. Para una parte el poder central era una espada, para la otra un escudo. De este modo ocurrió que el largo reinado de políticas del Sur en Washington, hasta el año 1860, no provocó ninguna ruptura, porque el Sur deseaba autogobierno y no imperio, mientras que la victoria del Norte dio de inmediato la señal de disolver la Unión. La Constitución no contenía disposiciones para hacer frente a las consecuencias que eran de esperar siempre que distinciones significativas de carácter, de intereses materiales y de espíritu político alejaran a los diversos Estados. Por esta razón, diversos Estados aceptaron la Constitución con desgana y se adhirieron a la Unión con condiciones que demostraban el temor a que tal vez la negociación resultara perjudicial. Virginia, en el acto de ratificación, declaró que «el pueblo de los Estados Unidos puede retomar los poderes otorgados en virtud de la Constitución, dado que de él derivan, siempre que los mismos acaben siendo pervertidos para el perjuicio y la opresión del pueblo». Nueva York y Rhode Island dijeron lo mismo. De tanto en tanto esos miedos resurgían y algunos Estados por su cuenta pensaron en revocar el Acta de la Unión. Por último, determinadas medidas para la protección de las manufacturas en el oeste provocaron una oposición unida en los Estados agrícolas, que debían pagar en beneficio de los otros Estados. Esa fue la primera amenaza de la tormenta que no se desató durante treinta años.

Dos grandes hombres se presentaron como los defensores de dos grandes causas y la contienda adquirió, por la habilidad eminente de los dos combatientes, todo el interés de una pugna personal. El filósofo del Sur, el señor Calhoun, de quien se dijo, para describir su influencia, que cada vez que tomaba una pizca de tabaco todo Carolina del Sur estornudaba, expuso lo que se llamó la teoría de la anulación. Mantenía que si una mayoría interesada promulgaba una ley perjudicial para los intereses establecidos de algún Estado, ese Estado tenía el derecho a interponer un veto. Le replicó Daniel Webster, el más elocuente de los americanos, que afirmó el derecho absoluto de una cámara legislativa donde todos estaban representados equitativamente a legislar para todos. Entonces Calhoun insistió en que, si un Estado no podía impedir la ejecución de una ley que consideraba inconstitucional y perjudicial, tenía derecho a retirarse de la Unión a la que se había adherido condicionalmente.

El Norte rehusó provocar este extremo e hizo concesiones que apaciguaron al pueblo del Sur. Pero al mismo tiempo, Webster estableció, en discursos inmortales, que la Unión no es un acuerdo entre los Estados, sino una ley fundamental ya no sometida a su elección y que cada Estado está ligado con el resto por lazos que no se pueden romper legalmente. A partir de entonces la opinión de Webster prevaleció entre los juristas americanos. Al Sur le fue retirado el derecho de recurso y los republicanos del Norte, aprovechando su victoria constitucional, tomaron esos rumbos violentos que acabaron por hacer la Unión intolerable para quienes se oponían a ellos. En ese momento, los abolicionistas comenzaron su cruzada, que iba dirigida tanto en contra de la Unión, a la que denunciaban como «un acuerdo con el infierno y una alianza con la muerte», como en contra de la misma esclavitud. Entre los abolicionistas

se convirtió en doctrina establecida que el Norte y el Sur no podían seguir juntos y familiarizaron al público con la idea de la disolución. «La Unión —dijo el señor Horace Greeley, editor de *The Tribune*— no merece apoyo en relación con el Sur.» Pero la parte más fuerte de los republicanos decidió convertirse en los amos del gobierno central con el fin de coaccionar al Sur a someterse a sus opiniones políticas. El vicegobernador de Massachusetts confesó que «el objetivo era tomar posesión del gobierno a favor de los Estados libres».

El espíritu con el que pretendían ejercerlo lo expresó, con la fuerza y el candor característicos del lenguaje americano, el representante del mismo Estado en el congreso: «Cuando hayamos elegido a un presidente, como tenemos pensado hacer, que no será el presidente de un partido ni de una sección, sino el tribuno del pueblo, y después de haber exterminado a unos pocos blandengues más del Norte, entonces, si el Senado esclavista no cede, lo trituraremos entre las muelas superiores e inferiores de nuestro poder». Un panfleto, que tuvo una amplia difusión, contiene la siguiente frase: «Enseñad a los esclavos a quemar los edificios de sus amos, a matar sus reses y puercos, a esconder y destruir los útiles agrícolas, a abandonar el trabajo en el periodo de siembra y en la cosecha, y dejad que se estropee el cultivo». El señor Chase dijo en 1859: «No deseo la emancipación del esclavo porque lo ame, sino porque odio a su amo». Un senador de Ohio dijo con mucho acierto: «En realidad no hay ahora una unión entre el Norte y el Sur, no hay otras dos naciones en la tierra que se guarden un rencor más amargo que estas dos naciones de la República».

En ese estado de sentimiento general y división política, el candidato de los abolicionistas y republicanos fue elegido presidente. Cuatro años antes, un expresidente, el señor Fillmore, profetizó la catástrofe que se iba a producir:

Vemos un partido político que presenta candidatos para la presidencia y la vicepresidencia seleccionados por primera vez solo por los Estados libres, con el objetivo expreso de elegir estos candidatos mediante sufragios de una parte de la Unión solamente, para mandar en todo Estados Unidos. ¿Es posible que los que participan en esas medidas hayan reflexionado seriamente sobre las consecuencias que han de seguir inevitablemente en caso de éxito? ¿Serán tan insensatos y locos como para creer que nuestros hermanos del Sur se someterían a ser gobernados por un primer magistrado semejante?

La opinión que debemos formarnos de la revolución que siguió debería orientarse por los acontecimientos que llevaron a ella, no por los motivos de los líderes. De hecho, estaban divididos, como la Unión, por la cuestión de la esclavitud. Para una parte era el objeto real de la guerra; creían que no podían estar a salvo de los asaltos de los políticos del Norte, cualesquiera que fueran las promesas del gobierno federal. Otra parte deseaba la secesión para establecer una nueva Unión sobre los viejos principios que el norte había repudiado. La gran cuestión entre ellos era la de armar a los esclavos. Los que lo consideraban un precio demasiado alto a pagar por la independencia consiguieron impedirlo con escasas mayorías hasta la víspera de la caída de Richmond. Cuando se promulgó el acta por la que los negros habrían adquirido los beneficios de la emancipación sin sus peligros, era demasiado tarde y el fin estaba por llegar.

La esclavitud no fue la causa de la secesión, sino la razón de su fracaso. En casi todas las naciones y climas ha llegado el momento para la extinción de la esclavitud. El mismo problema se ha impuesto antes o después a muchos gobiernos y todos le han dedicado su mayor habilidad legislativa para evitar que, por curar los males del trabajo forzado, pero seguro, se produjesen males incurables de otro tipo. Intentaron al menos moderar

los efectos de un cambio incondicional repentino, salvar a los que habían sacado de la ruina y a los que habían liberado de la miseria. Pero no parece que un plan semejante haya presidido el trabajo de emancipación en los Estados Unidos. Ha sido un acto de guerra, no de habilidad estadista ni de humanidad. Han tratado al dueño de esclavos como a un enemigo y han usado al esclavo como un instrumento para su destrucción. No han protegido al hombre blanco de la venganza de los bárbaros ni al negro de la crueldad despiadada de una civilización egoísta.

Si, en consecuencia, la esclavitud ha de ser el criterio que determine el significado de la guerra civil, nuestro veredicto debería ser, en mi opinión, que una parte de la nación la defendió perversamente y la otra parte la eliminó perversamente. Diferente, sin duda, ha de ser nuestro juicio si examinamos el valor de la secesión como una fase en la historia de la doctrina política. Cuando se estableció la Confederación según el derecho de secesión, el reconocimiento de ese derecho implicaba que nunca debería darse la ocasión para su ejercicio. Decir que contingencias particulares justifican la separación es lo mismo que decir que el gobierno confederado está obligado dentro de determinados límites, bajo determinadas condiciones y por determinadas leyes. Es otro tipo de rechazo a la doctrina de que la minoría no puede ostentar derechos ni la mayoría cometer injusticias. Es como pasar del dominio de un déspota hábil a un reino constitucional.

Además, se adoptaron disposiciones claras en contra de los abusos que habían socavado la libertad en la Unión. Una de ellas era la imposición de impuestos a favor de los intereses que se circunscribían a determinados Estados, a expensas de los otros Estados. En consecuencia, se promulgó que «no se otorgarían gratificaciones del erario ni se recaudarían impuestos sobre las importaciones para promover o fomentar ninguna rama de la

industria». Un gran medio para concentrar poder en manos del gobierno central habían sido las mejoras internas. Se promulgó que el gobierno confederado nunca llevaría a cabo esas mejoras. Al final, el abuso del favoritismo había proporcionado al presidente tales oportunidades de corrupción que me he enterado de que hasta 60 000 cargos cambiaban de manos cada vez que expiraba un mandato. Se promulgó que, con excepción de los ministros del gabinete, nadie sería apartado de su cargo sin presentar al Senado la causa de la destitución. Esas eran las ideas políticas de la Confederación y, en mi opinión, justifican que diga que la historia no puede mostrar ningún caso de un esfuerzo tan grande hecho por los republicanos para remediar las faltas de esa forma de gobierno. Si hubieran adoptado las medidas que hubieran asegurado y justificado el éxito, si hubieran hecho un llamamiento a los negros para ser partícipes con ellos en los peligros de la guerra y en los frutos de la victoria, creo que esa decisión generosa habría conferido en todas las épocas futuras bendiciones incalculables a la raza humana.

Habrían proporcionado en lo sucesivo un modelo sin par a los abogados de la libertad. Habrían realizado los ideales de sus amigos y desarmado la resistencia de sus enemigos. La causa que iba a triunfar surge del conflicto con fuerza renovada, reafirmada en los principios que peligrosamente tienen que producir una reacción en los otros países del mundo. La libertad espuria de los Estados Unidos está doblemente maldita, ya que engaña a los que atrae y a los que repele. Al exhibir el espectáculo de un pueblo que reivindica ser libre, pero cuyo amor por la libertad significa odio a la desigualdad, recelo por las limitaciones de poder y confianza en el Estado como instrumento para moldear, así como controlar a la sociedad, esa libertad espuria hace un llamamiento a sus admiradores a odiar a la aristocracia y enseña a sus adversarios a temer al pueblo. El Norte ha usado

las doctrinas de la democracia para destruir el autogobierno. El Sur aplicó el principio de una federación condicional para curar los males y corregir los errores de una falsa interpretación de la Democracia.

[Tras rendir un homenaje al genio del general Lee, el conferenciante concluyó como sigue:] Es una visión noble ver a ese imponente soldado, el más grande de los compatriotas de Washington, exhortando a su pueblo a obedecer a sus conquistadores y dando el ejemplo de una retirada y una sumisión pacíficas. Pero también es una noble visión ver al jefe de una nación imponente y victoriosa, que no había sido preparado para la grandeza, sino que lo sacaron de la mesa del sastre y lo elevaron a su alta posición cuando las pasiones estaban exaltadas por un triunfo embriagador y por un crimen atroz, contener la mano de la venganza, condonar penas y disolver ejércitos, tratando como a un igual al hombre que había sido tan recientemente y tanto tiempo el más terrible de los enemigos y cuyos espléndidos talentos habían causado al pueblo de la Unión una pérdida gigantesca en erario, sangre y fama. Es demasiado pronto para perder la esperanza en una comunidad que tiene entre sus ciudadanos líderes a hombres como esos.

CORRESPONDENCIA
ACTON-LEE

[1]

A lady Acton

Lexington, 1 de marzo de 1866

Hago uso del privilegio que se me brinda, mi querida señora Acton, con su amable carta para contarle cuán complacidos estuvimos de saber la simpatía que al menos algunas de las almas nobles en nuestra madre patria sienten por nosotros.

Si conociera todos o incluso la mitad de los agravios que hemos padecido, la elocuente pluma de su marido podría retratar escenas que asombrarían a su público. Haríamos bien en olvidarlo si fuera posible.

Adjunto unas pocas estrofas que han aparecido desde la rendición; el autor es desconocido, pero son muy conmovedoras y pueden ser apreciadas en un condado donde el apellido Lee es valorado y donde en verdad están los orígenes de la familia.

Me atrevo a enviarle, con la esperanza de que resulte aceptable, un retrato autógrafo del general Lee tomado durante la guerra, que lo consideramos mejor que cualquiera de los que han aparecido desde entonces. Si llegaran alguna vez a visitar nuestro ahora infortunado país, estaríamos muy complacidos en acogerles en nuestro hogar montaños.

Con la mayor sinceridad y respeto, suya,

Mary Custis Lee

[II]

Bolonia

4 de noviembre de 1866

Señor:

La muy amable carta que la señora Lee envió a mi mujer el pasado invierno me animó a esperar que disculparía mi atrevimiento de dirigirme a usted y no sentiría como una intrusión una carta de un amante muy sincero y apasionado de la causa de la que usted era la gloria y la fuerza.

Se me ha solicitado que proporcione asesoría privada en los asuntos americanos para orientar a los editores de una revista semanal que va a comenzar en Año Nuevo y va ser dirigida por hombres que son seguidores del señor Gladstone. Sin duda usted tiene presente que el señor Gladstone era de la minoría del gabinete de lord Palmerston que deseaba aceptar la propuesta del emperador francés de mediar en la guerra americana.

La razón de la confianza que han mostrado en mi consejo es simplemente el hecho de que anteriormente viajé por América y que después seguí el progreso de los cuatros años

de contienda tan de cerca y tan aplicadamente como era posible hacerlo con la información parcial y poco fiable que nos llegaba. En las cuestiones cruciales que han surgido desde que usted envainó la espada, he intentado ajustar mi juicio al suyo tanto como me ha sido posible averiguarlo por el informe del relato de su testimonio que me llegó de los pocos viajeros ingleses que han disfrutado del privilegio de hablar con usted, y especialmente del testimonio del general Beauregard, que expresó, según entendí, los sentimientos de usted así como los suyos propios. Mis viajes a América nunca me condujeron más al sur que Maryland, y los únicos amigos a los que me puedo dirigir para información son nortños, la mayoría de la escuela de Webster.

En mi urgencia, presionado por la importancia de las cuestiones a debate en los Estados Unidos y por el peligro de una opinión pública confundida entre ambos países, busco por ello recurrir a las autoridades sureñas y me aventuro a dirigirme de inmediato al cuartel general.

Si usted, señor, consiente en admitir mi petición y me informa de a qué luz desea que sea entendida la política americana actual, me puedo comprometer a que la nueva revista seguirá el curso prescrito por usted y a que cualquier comunicación con la que me honre será tratada en la más estricta confidencialidad y muy atesorada por mí. Incluso si rechazara mi petición como injustificada, confío en que la recordará únicamente como un intento de superar la barrera de falsos informes y falsas simpatías que limitan la visión de mis compatriotas.

No se le puede haber escapado que gran parte de la buena voluntad de Inglaterra con el Sur, en la medida en que no era simplemente el tributo del asombro y de la admiración ganada por sus campañas, no era desinteresada ni sincera. Emanaba en parte de la exultante creencia en el declive inminente y en la

ruina de las instituciones democráticas, en parte de la esperanza en que América se debilitara por la separación y del terror ante la remota expectativa de que Farragut apareciera en el canal y Sherman desembarcara en Irlanda.

Es mi deseo que distinga el sentimiento que me condujo a su causa y a su carrera, y que ahora dirige mi pluma, de la simpatía ingrata e indigna.

Sin pretender resolver la cuestión puramente legal, en la que los Padres de la Constitución —como se puede deducir claramente, según mi parecer, de los escritos de Madison y Hamilton— estaban en desacuerdo, veía en los derechos de los Estados el único control eficaz frente al absolutismo de la voluntad soberana y la secesión me llenó de esperanza, no en tanto que destrucción, sino en tanto que redención de la democracia. Las instituciones de su República no han ejercido sobre el viejo mundo la influencia benéfica y liberadora que propiamente le correspondía a causa de los defectos y abusos del principio para cuya eliminación se diseñó expresamente y con sabiduría la Constitución confederada. Creo que el ejemplo de esa gran Reforma habría bendecido a todas las razas de la humanidad al establecer la verdadera libertad purgada de los peligros y desórdenes inherentes a las repúblicas. Por ello considero que usted luchaba las batallas de nuestra libertad y lamento lo que se perdió en Richmond más profundamente de lo que me regocija lo que se salvó en Waterloo.

El general Beauregard me confirmó la información presente en los escritos de que usted estaba preparando un relato de sus campañas. Sinceramente confío en que sea verdad y que la pérdida que dijo haber sufrido en la evacuación de Richmond no le haya privado de los materiales requeridos. Los escritores europeos están intentado reconstruir la historia con la información obtenida únicamente de un bando. Tengo ante mí una

elaborada obra escrita por un oficial prusiano llamado Sander. Dificilmente futuras publicaciones podrán ser más honrosas con la reputación de su ejército y con la suya propia. Sus sentimientos son fuertemente federalistas, sus cifras, especialmente a la hora de estimar sus fuerzas, las extrae de periódicos nortños y, sin embargo, su libro acaba siendo un entusiasta panegírico de su pericia militar. Le impresionará favorablemente del escritor saber que se extiende con particular detalle y placer en las operaciones contra Meade cuando Longstreet estaba ausente, en el otoño de 1863.

Pero he tenido noticia de que los censores militares prusianos más reputados lamentan no haber dispuesto de los datos exactos necesarios para una apreciación científica de su estrategia, y con razón, porque, sin duda, nadie salvo usted puede proporcionar y fundamentar el crédito debido a los oficiales que sirvieron con usted.

Si me honra escribiéndome, recibiré las cartas dirigidas a sir J. Acton, Hotel [¿Serry?], Roma. Entretanto, queda a su disposición con sentimientos más fuertes que el respeto, estimado señor,

su fiel servidor,
John Dalberg Acton

[III]

Lexington, Virginia
15 de diciembre de 1866

Señor, aunque su carta del 4 del mes pasado la he tenido frente a mí varios días sin contestar, espero que no lo atribuya a

una falta de interés en la materia, sino a mi incapacidad para seguir el ritmo de mi correspondencia. Como ciudadano del Sur me siento profundamente en deuda con usted por la simpatía que ha mostrado por su causa y soy consciente de que debo su gentil admiración por mí a mi relación con dicha causa. La influencia de la opinión actual en Europa sobre la política actual de América ha de ser siempre salvífica, y la importancia de las cuestiones actualmente en debate en los Estados Unidos, que atañen no solo a la libertad constitucional y al gobierno constitucional en este país, sino también al progreso de la libertad y de la civilización universales, confiere a su tarea un valor especial y se añadirá a la obligación que todo verdadero americano le ha de deber por sus esfuerzos por proporcionar una guía correcta a esa opinión. En medio de declaraciones y sentimientos en conflicto en ambos países no será tarea fácil descubrir la verdad ni liberarla de la enorme cantidad de prejuicios y pasiones con la que un espíritu parcial ha ocultado la verdad. Soy consciente del cumplido expresado en su petición por mi opinión a propósito de la mejor perspectiva con la que se ha de ver la política americana y, si tuviera la capacidad, no tendría el tiempo para entrar en una discusión que iniciaron los fundadores de la constitución y que ha sido mantenida hasta el presente día. Solo puedo decir que, aunque he considerado la preservación del poder constitucional del gobierno general como la fuente de nuestra paz y seguridad dentro y fuera del país, con todo, creo que el mantenimiento de los derechos y de la autoridad reservadas a los Estados y al pueblo es no solo esencial para la adaptación y el equilibrio del sistema general, sino también la garantía para la continuidad de un gobierno libre. Lo considero la fuente principal de estabilidad de nuestro sistema político, mientras que la consolidación de los Estados en una vasta república, que con certeza será agresiva en

el exterior y despótica en el interior, será el precursor seguro de esa ruina que ha desbordado a todas las repúblicas que la han precedido. Para una persona tan conocedora de la historia americana como usted no necesito referirme a documentos estatales de Washington y Jefferson, de los representantes de los partidos federales y demócratas, denunciando la consolidación y centralización del poder como proclive a la subversión de los gobiernos de los Estados y al despotismo. Los Estados de Nueva Inglaterra, cuyos ciudadanos son los más acérrimos opositores de los Estados sureños, no siempre expresaron las opiniones que ahora defienden. En la compra de Luisiana realizada por el señor Jefferson, prácticamente afirmaron a través de sus dirigentes el derecho de secesión, y en la convención que se reunió en Hartford en 1814, amenazaron con la ruptura de la Unión a no ser que la guerra se interrumpiera. Sus políticos han afirmado ese derecho en repetidas ocasiones cuando su bando era débil, y Massachusetts, el Estado rector en la hostilidad hacia el Sur, declara en el preámbulo de su constitución que el pueblo de esa comunidad «tiene el derecho único y exclusivo de gobernarse a sí mismo como soberano libre y Estado independiente y en la actualidad, y para siempre de aquí en adelante, ejerce y goza de todo el poder, jurisdicción y derecho que no ha delegado de forma expresa, ni podrá hacerlo con posterioridad, a los Estados Unidos de América estando reunido en un congreso.» Ese ha sido en sustancia el lenguaje de los otros gobiernos estatales y esa la doctrina sostenida por los dirigentes del país durante los últimos setenta años. Hay noticias de que el juez Chase, el actual presidente del poder judicial de los Estados Unidos, en fecha tan reciente como 1850, afirmó en el Senado, del que era miembro, que «no conocía ningún recurso en caso de que un Estado rechazara cumplir sus estipulaciones», reconociendo, por tanto, la soberanía e independencia de la acción

del Estado. No le cansaré con esta discusión inútil. Inútil porque el juicio de la razón ha sido desplazado por el arbitraje de la guerra, librada con el propósito, tal y como se ha declarado, de preservar la unión de los Estados. Si, por tanto, se considera que el resultado de la guerra es haberse decidido que la unión de los Estados es inviolable y perpetua bajo la constitución, se sigue naturalmente que el gobierno general no tiene competencia para debilitar su integridad por medio de la exclusión de un Estado, como tampoco la tienen los Estados para hacerlo por medio de la secesión. La consecuencia legítima tiene que ser, en consecuencia, la perfecta igualdad de derechos de todos los Estados, el derecho exclusivo de cada Estado a regular sus asuntos internos bajo las normas establecidas por la Constitución y a prescribir por sí mismo los requerimientos para el sufragio. El Sur ha luchado únicamente por la supremacía de la Constitución y la justa administración de las leyes en su cumplimiento. A este último respecto, Virginia ha realizado grandes esfuerzos por salvar la unión e instar a la armonía y al mutuo acuerdo. El senador Douglass, en sus observaciones sobre el proyecto de ley de avenencia recomendado por el Comité de los Trece en 1813, afirmó que todos los miembros del Sur, incluidos los señores Toombs y Davis, expresaron su voluntad de aceptar la propuesta del senador Crittenden de Kentucky, como acuerdo definitivo de la controversia, si lo mantenía el partido republicano, y que la única traba en el camino a un arreglo amistoso estaba en el partido republicano. ¿Quién era entonces el responsable de la guerra? Aunque el Sur habría preferido cualquier acuerdo honroso a la guerra fratricida que ha tenido lugar, ahora acepta de buena fe sus resultados constitucionales y acoge sin reservas la enmienda que ya se ha hecho a la Constitución para la extinción de la esclavitud. Ese es un acontecimiento que se ha perseguido largo tiempo, aunque de un modo diferente, y

que nadie ha deseado más sinceramente que los ciudadanos de Virginia. Por lo demás, espero que la Constitución no cambie, sino que pase a las generaciones venideras en la forma en que la recibimos de nuestros antepasados. El deseo que siento de que los Estados sureños posean la buena opinión de alguien a quien tengo en tan alta estima como usted ha hecho que me extienda en mis observaciones más de lo que tenía pensado, y temo que esto me haya hecho agotar su paciencia. Si lo que he dicho le sirve para dar alguna información respecto a la política americana y hace posible que usted ilustre a la opinión pública acerca de los verdaderos intereses de este país desconcertado, espero que disculpe mi prolijidad.

En lo que respecta a su pregunta de si me estoy dedicando a preparar un relato de las campañas en Virginia, lamento decir que progreso con lentitud en la recopilación de los documentos necesarios para su realización. Lamento especialmente la pérdida de las estadísticas oficiales que indican los pequeños contingentes con los que se combatió. No he visto la obra escrita por un oficial prusiano que menciona y por ello no puedo referirme a su exactitud.

Con sentimientos de gran respeto quedo a su disposición como su tenaz servidor,

R. E. Lee

RESEÑA DE *HISTORIA DE CUATRO AÑOS DE GUERRA CIVIL EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA* DE SANDER

Las historias de la guerra civil americana se suceden entre sí con más rapidez de lo que la publicación de datos auténticos parece garantizar. *El sitio de Charleston* de Gilmore es el único libro que describe una serie de operaciones con la minuciosidad que permite a los observadores distantes estimar la vigilancia y el talento de los generales, al mostrar en cada momento las condiciones de sus cálculos y los recursos a su disposición. Es de esperar que otras memorias compensen el equilibrio de información, que sigue inclinándose demasiado, para ser justos, del lado del Norte. El diario de la defensa de Charleston del general Beauregard se salvo, pero fue confiscado por los conquistadores. Los papeles de Lee fueron destruidos parcialmente en el incendio de Richmond, pero se dice que está preparando una historia del ejército de Virginia del Norte. Esas obras serán de gran importancia para la ciencia militar, porque lo que capacitó al Sur para mantener durante tanto tiempo una lucha desigual fue la habilidad de los ingenieros sureños. Las fortificaciones de los puertos, la cadena de edificaciones desde Chattanooga hasta Atlanta y los atrincheramientos del ejército de Virginia

en 1864 son la principal gloria militar de la Confederación. Solo quienes las planearon y defendieron pueden explicar esas obras. Es cierto que la campaña de 1859 en Lombardía fue descrita en un libro anónimo que se ha convertido en un clásico de la literatura de guerra. Pero las acciones de aquella guerra se emprendieron sin ingenieros y es probablemente única como ejemplo de una campaña cuyo historiador era un oficial de habilidad superior a la los demás que tomaron parte en ella. Algunas semanas después de la batalla de Königgratz, un viajero habló con el vencedor de su victoria. El general Moltke expresó una generosa simpatía por su adversario y afirmó que él mismo creía ser en parte el autor de la gran reputación de Benedek y, en consecuencia, de su nombramiento para su último y desastroso mando, por la admiración que había manifestado por sus tácticas en San Marino en la historia de la guerra de 1859. No es probable, sin embargo, que la reputación de los más capaces dirigentes sureños se incremente con ninguna publicación sureña. La retirada a Atlanta, que le costó a Johnston su mando, ha sido analizada por el coronel Hamley como modelo de estrategia defensiva. El capitán Sander, historiador prusiano de la guerra, que escribe con propósitos científicos, empieza con una declaración de principios nortños y termina escribiendo un panegírico de Lee. Su libro es deficiente sobre el principio de la guerra, del que ha escrito por separado y que a sus ojos es casi insignificante comparado con la última fase, cuando la Unión desplegó su fuerza y obedeció a sus mejores generales, Sherman y Grant. Algunos de sus materiales apenas se conocen en Inglaterra y se ha esforzado por ser exacto. Encaja en su propósito didáctico señalar constantemente cuántos de los oficiales exitosos fueron adiestrados en West Point y extenderse en las nuevas máquinas de guerra. Se demora con detalle en operaciones que no depararon acciones considerables y pierde corres-

ponsales y a la mayoría de los lectores, especialmente respecto a las maniobras con las que Lee tuvo a raya a Meade durante la ausencia de Longstreet en noviembre de 1863. El tiempo confirmará probablemente el veredicto de que Beauregard es uno de los primeros ingenieros modernos. Pero, al describir la decisiva batalla de Gettysburg como un rechazo, y no como una derrota, es evidente que el capitán Sander se engaña con el éxito de la retirada de Lee y por el rechazo de Meade a plantear la batalla que daría antes de cruzar el Potomac. Al principio, la disposición a infravalorar la solidez de las cualidades marciales de los ejércitos americanos era común entre los oficiales continentales y el coronel Chesney la compartió en su libro sobre la guerra en Virginia. La guerra duraba tres años cuando un oficial que no se tiene en menos que Moltke como escritor militar expresó la opinión de que 30 000 tropas regulares europeas podrían marchar de un extremo de la Unión al otro. El capitán Sander se ha salvado de esa ilusión probablemente gracias a su cuidadoso estudio de la campaña en la que el ejército de Grant perdió 108 000 hombres y no vaciló. La acusación no es justa en los casos en los que buenos oficiales están al mando. La mejor prueba de solidez es la disposición a retomar una batalla dudosa tras una gran pérdida. El ejército de Beauregard en Corinth se componía, sobre todo, de regimientos mal organizados aportados por Van Dorn. Tras una batalla malograda se retiró al segundo día con unas pérdidas de 11 000 muertos y heridos de 32 000, un 33 por ciento. En las batallas del 5, 6 y 7 de mayo de 1864, el Primer Regimiento de Michigan quedó reducido a 100 hombres y sobrevivieron a la acción veinticinco.

RESEÑA DE *LA LUCHA INTESTINA DE LA* *UNIÓN NORTEAMERICANA DE BLANKENBURG*

Heinrich Blankenburg, cuyo trabajo sobre la campaña de 1866 ha sido ampliamente leído, ha publicado una historia de la guerra en los Estados Unidos y de las batallas políticas que la acompañaron. Aunque el autor estaba en el cuerpo de oficiales prusianos, le ha prestado más atención a la parte política del asunto que a la militar. Toma una distante mirada de pájaro sobre las operaciones y parece haber hecho mayor uso de los periódicos alemanes que de las voluminosas publicaciones documentales de los Estados Unidos. Divide al general Joseph Johnston en dos partes y declara una mitad como el oficial más excelente de América. Como todos sus compatriotas, es un ferviente defensor del Norte, pero sus simpatías militares están del otro lado. Recuerda a sus lectores alemanes que los hombres a quienes maldijeron como líderes de la Secesión son los mismos que convirtieron la Unión en lo que era y la gobernaron durante los años en los que ganó la admiración de la Europa liberal. Celebra la victoria, pero condena la política de los republicanos, que, después de luchar por la Constitución, procedieron ellos mismos a derrocarla. Al atribuir la simpatía inglesa por el Sur nada más que a la codicia por el algodón, pasa por alto la

extraña combinación de motivos opuestos por los que los *tories* extremos y los liberales más consecuentes se unieron en una misma opinión. Los primeros esperaban que, con la Secesión, la democracia se hundiera y reventara. Los otros creían que con la independencia del Sur la democracia se purificaría y redimiría. Admiraban la Constitución de los confederados porque proporcionaba los remedios para los defectos que habían convertido a la democracia arbitraria de América en un ejemplo demasiado peligroso para la libertad europea. Sin duda que, después del colosal colapso de sus esperanzas, no les ha preocupado que haya que recordarles ese colapso. Ha habido, por fuerza, retractaciones y juramentos de olvido. Pero la Guerra de Secesión produjo una fase memorable e instructiva en el liberalismo inglés que los historiadores imparciales del continente harían bien en preservar.

Para el historiador de la libertad que lord Acton quiso ser, la irrupción de la democracia en el mundo moderno no fue un fenómeno completamente nuevo ni irresistible como había temido Tocqueville. Católico y liberal, miembro circunstancial de la Cámara de los Comunes y renovador en los últimos años de su vida de la historiografía moderna en Cambridge, decepcionado con la promulgación del dogma de la infalibilidad papal en el primer Concilio Vaticano y consejero del primer ministro Gladstone en el momento de expansión imperial de Gran Bretaña, lord Acton fue capaz de encontrar en la democracia una afinidad esencial con la causa liberal. En la estela de Edmund Burke, lord Acton observó con atención la democracia en América y vio en la Secesión y en la Constitución Confederada de los Estados del Sur una oportunidad para oponerse a la centralización y la burocracia de la administración del poder. Los seis documentos que integran esta edición compaginan la escurpulosidad del historiador con el afecto personal del corresponsal y ofrecen un contrapunto a la escritura constitucional americana. Son, en todos los casos, escritos de juventud (Acton tenía treinta y cinco años cuando se publicó el último) redactados antes de que una sensación de soledad y aislamiento se superpusiera al gran proyecto de redactar una *Historia de la libertad*, de la que los documentos que presentamos podrían haber sido una parte.



Seminario de
Historia Constitucional
Martínez Marina

eduno



Ediciones de
la Universidad
de Oviedo